OPERACIÓN BARCELONA



J. J. FERNÁNDEZ

CHRISTIAN No 2

OPERACIÓN BARCELONA

J. J. FERNANDEZ



Operación Barcelona

Copyright © 2026 by J. J. Fernández

ASIN**:** B0FRZFRXP1

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluida la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, negocios, lugares, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o con hechos reales es pura coincidencia.

ESTO OPINAN LOS LECTORES DE J. J. FERNÁNDEZ:

⭐⭐⭐⭐⭐ No querrás que acabe. La tensión que se genera a través de las emociones que va sintiendo el personaje te hacen sentir que estás cerca de él. Me encanta cómo escribe y tengo toda la saga. La devoras.

⭐⭐⭐⭐⭐ Wow!! Me ha tenido enganchada, no he podido parar de leer y el final me ha dejado con la boca abierta. Eres un mago del suspense. Muy recomendable toda la saga.

⭐⭐⭐⭐⭐ La intriga, el suspense y el amor son ingredientes que introduce en esta historia que enganchan muchísimo, y su final inesperado hace que quieras seguir leyendo el siguiente libro de la saga. 100x100 recomendable.

⭐⭐⭐⭐⭐ Tus libros no se leen, se ven. Me ha encantado. Me pasa como a Jero, tengo la cabeza bullendo con preguntas. Gracias!!!

⭐⭐⭐⭐⭐ Mantiene al lector con el corazón encogido, al menos a mí, sin poder parar de leer. En dos tardes te lo acabas. A por el siguiente.

⭐⭐⭐⭐⭐ Está tan bien escrito que no puedes dejar de leer y te mantiene en tensión hasta el final. Dejándote con ganas de más. Muy recomendable 👌

SUSCRÍBETE A MI LISTA

Suscríbete a mi lista de correo y recibe GRATIS la precuela ***Un crimen suicida*** de la serie *Crímenes imperceptibles*.

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:



OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

0. Un crimen suicida (precuela, relato corto)
1. Un crimen invisible
2. Un crimen imaginado
3. Un crimen contratado
4. Un crimen pasional
5. Un crimen prescrito
6. Un crimen vengado

SERIE CHRISTIAN VINTHER

1. Secretos de Estado
2. Operación Barcelona
3. La verdad hundida

NOVELA INDEPENDIENTE

Una muerte imperfecta

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35

Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53

Querido lector
¿Te ha gustado Operación Barcelona?
Serie crímenes imperceptibles
SUSCRÍBETE A MI LISTA
Acerca del Autor
OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

1

MIÉRCOLES, 22 DE JULIO DE 1992

17:50

EL PROBLEMA de tener sesenta minutos exactos para salvar tu vida es que pasas cincuenta y nueve intentando convencerte de que todo saldrá bien.

Christian Vinther bajó la vista a la esfera de su reloj. Cincuenta y ocho minutos. Apoyó la espalda contra una columna de mármol, cubriéndose la retaguardia.

La terminal de llegadas de El Prat hervía como un parque de atracciones en pleno julio. Apenas faltaba una semana para la inauguración de los Juegos Olímpicos del 92, y el vestíbulo era una masa caótica de familias agitando pancartas de bienvenida, turistas desorientados y periodistas sudorosos. El sol de media tarde, teñido de un ámbar plomizo, entraba a cuchillo por los ventanales y convertía el cristal en una lupa gigante.

Escaneó por tercera vez la hilera de chóferes y taxistas con letreros de cartón junto a las puertas de salida.

Nada.

Nadie sostenía un cartel con su nombre.

Había volado desde Londres para recoger unos documentos y regresar al día siguiente. Esa era su misión. Una paloma mensajera

vestida de tripulante de cabina de British Airways. Observaba, registraba y entregaba lo que otros utilizaban para mover el tablero.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y comprobó que el pasaporte seguía allí. El calor era asfixiante, pero no pensaba quitársela. Tenía que estar listo.

Cerca de las puertas automáticas, un niño cruzó arrastrando una maleta demasiado grande para él. La correa se le había soltado y el equipaje avanzaba a trompicones, a punto de volcarse. Christian se adelantó medio paso y, sin apartar la vista del frente, enderezó la maleta con la punta del zapato. El niño siguió caminando sin percatarse de nada.

Christian levantó la mirada al techo. Un cartel gigante mostraba los anillos olímpicos y la frase en varios idiomas:

«Barcelona '92. La espera ha terminado».

Una sonrisa irónica se dibujó en su rostro. Para él, su espera también había terminado.

Buscó una cabina telefónica en un rincón apartado. Sacó unas monedas y marcó de memoria un número de una oficina de exportaciones en Whitechapel, Londres.

—*Good afternoon*, *Ashcroft & Sons*.

—Necesito confirmar que el envío no llegó.

Colgó. Segundos más tarde, volvió a marcar el mismo número.

—¿Cómo que no ha aparecido? —preguntó su jefe John McCabe, con su acento americano y un tono más abrupto de lo habitual.

Christian arqueó una ceja.

—El viaje, muy bien, gracias. Sol, turistas, niños corriendo. Barcelona es un paraíso. Llevo una hora inspeccionando la zona, esperando a un chófer con un cartel a mi nombre. Si el objetivo era hacerme parecer un turista desesperado, misión cumplida.

McCabe resopló.

—Regrese al hotel y espere instrucciones.

—¿Qué cree que le ha pasado a mi contacto?

—Haga lo que le digo.

—Eso no es una respuesta.

—No, no lo es —admitió McCabe, tras unos segundos—. Por eso necesito que se mueva. Ahora.

—Mi conexión ha sido comprometida, ¿verdad?

—Quédese en el hotel.

—¿Estoy en peligro?

Christian se imaginó el bastón de McCabe golpeando rítmicamente el suelo, su mandíbula tensa y su mirada de acero gris sopesando la situación.

—Aún no lo sabemos. Haga lo que le digo.

Y colgó.

Tras el clic de la línea muerta, Christian soltó el auricular despacio. Salió de la cabina hacia el aire denso y asfixiante del vestíbulo. Miró su reloj por última vez y comprobó que su margen de seguridad había expirado. No vio a nadie mirándolo entre la multitud. Aun así, supo que la cuenta atrás para su propia supervivencia acababa de empezar.

2

18:03

En 1992 ser mujer y guardia civil era un acto de desafío, y Diana Valenti lo sentía en el roce áspero de su uniforme. El calor acumulado en el asfalto subía en oleadas densas mientras avanzaba por la parte más alejada del aparcamiento de El Prat. Los aviones pasaban tan bajos que el aire vibraba. Mientras el país celebraba la Expo de Sevilla y la inminente inauguración de los Juegos Olímpicos, a ella la habían relegado a cubrir el turno de seguridad de la tarde. No tenía destino estable. Cubría turnos sueltos de vigilancia pasiva como castigo no oficial por cuestionar una orden la semana anterior. Una orden tan simple como humillante. No esperaban nada de ella, y lo sabía.

Se ajustó el moño con las horquillas para domar su melena rizada bajo una visera diseñada para cabezas masculinas. Todavía esperaba su uniforme de mujer, así que tenía que conformarse con uno de hombre de talla pequeña. La guerrera le quedaba ancha de hombros y rígida en el pecho. Los pantalones se le arrugaban en la cintura y le tiraban de las rodillas al agacharse, y el cinturón, demasiado grueso, le marcaba la cadera con una incomodidad a la que ya empezaba a acostumbrarse.

Continuó con la ronda. Su compañero había desaparecido con la excusa de un café. «Cinco minutos», había dicho, pero ya habían

pasado quince. Contó los coches en silencio. A unos metros, un hombre apoyado en un sedán gris plomo fumaba despacio, sin apartar la vista de la rampa de entrada.

Diana consultó su reloj y volvió a mirar la rampa. Llevaba la emisora reglamentaria enganchada al correaje. Un viejo modelo de Motorola que el sargento de transmisiones siempre endosaba a los novatos. Los aviones seguían pasando, pero a nivel del asfalto había un silencio denso que no cuadraba. El hombre seguía fumando sin inmutarse.

El ruido hueco de una maleta rodando por el pavimento la hizo girar. Un niño de unos once años apareció tambaleante entre las columnas, buscando algo con la mirada. Llevaba una chaqueta de un colegio privado abrochada hasta arriba, la corbata torcida, y arrastraba un equipaje casi tan grande como él, que daba bandazos a cada paso mientras miraba a los lados.

—¿Te has perdido, campeón? —preguntó Diana.

El niño se detuvo, vacilando antes de responder.

—Estoy esperando a mi padre. Viene a buscarme aquí.

Ella giró la vista hacia el sedán gris plomo. El hombre tiró el cigarrillo al suelo e hizo señas con la mano.

—¿No será ese señor de ahí?

El niño asintió y echó a andar hacia él, con la maleta golpeando el suelo a cada paso.

El rugido áspero de un motor rompió la calma del aparcamiento como un disparo. Una furgoneta blanca salió disparada desde la rampa, quemando rueda, y clavó los frenos junto al niño. La puerta lateral se abrió de golpe. Un hombre encapuchado lo enganchó por el cuello de la camisa, le tapó la boca y lo arrastró hacia el interior mientras el crío pataleaba en el aire. La maleta salió rodando varios metros hasta estrellarse contra una columna.

—¡Alto a la Guardia Civil! —gritó Diana, llevándose la mano a la radio.

Pulsó el botón. Solo obtuvo un chisporroteo seco. Miró la pantalla un segundo. El indicador de batería parpadeaba en rojo, sin carga. Le habían asignado un equipo muerto.

La furgoneta arrancó con un chirrido. Diana echó a correr, con la mano ya en el arma. Vio al niño desaparecer por la puerta lateral abierta y, durante una fracción de segundo, dudó. No había apoyo. Nadie venía de camino. Y, aun así, siguió avanzando. El rugido del motor la empujó a desenfundar el arma sobre la marcha.

Cuando el vehículo giró para encarar la salida, Diana se cruzó en diagonal y logró golpear el portón trasero con el antebrazo. Consiguió rozar el borde y aferrarse a él con una mano. El arrastre le despellejó las palmas contra el metal mientras sus botas patinaban sobre el asfalto intentando trepar.

Desde dentro, un encapuchado apareció y descargó un puñetazo sobre su mano. El dolor la abrasó, arrancándole un jadeo. El arma salió despedida, rebotó en el asfalto y quedó atrás. Diana aguantó un segundo más. El siguiente golpe, directo a la sien, la desorientó y fragmentó su visión.

Sus manos se soltaron y cayó de espaldas, rodando sobre el suelo áspero mientras el aire escapaba de sus pulmones. Medio aturdida, la realidad encajó de golpe: el aparcamiento quedaba fuera del perímetro de la terminal, a esa hora el puesto se vaciaba durante el descanso y su compañero seguía ausente. Los raptores conocían aquella ventana ciega.

A lo lejos, escuchó el alarido desgarrador de un hombre:

—¡Daniel!

Era el grito de un padre desesperado. Diana intentó incorporarse, pero el asfalto dio un vuelco y la oscuridad se cerró sobre ella.

3

18:52

CHRISTIAN COGIÓ su maleta de mano, respiró hondo y avanzó con una calma controlada. Al llegar a una columna, desvió su trayectoria y se paró un instante. Nadie se detuvo con él. Nadie corrigió el paso. Volvió a respirar hondo y continuó.

Salió al exterior y se acercó a la parada de taxis. Subió a un coche con olor a Ducados, se sentó detrás del asiento del copiloto y dejó la maleta a sus pies. Dio la indicación más vaga posible:

—*Center, please.*

El taxista asintió y arrancó. Christian observó el tráfico por el retrovisor, atento a los vehículos que los seguían. Cuando estuvo seguro de que nadie iba tras ellos, le indicó el nombre del hotel Majestic.

El calor de la tarde se colaba por la ventanilla entreabierta y el ruido de la ciudad empezaba a imponerse al del aeropuerto.

Entró en recepción con paso decidido. Echó un rápido vistazo a las salidas, al botones y a los tres recepcionistas de turno. Eligió al que más le atraía: un joven de pelo azabache y mirada felina. Posó las manos sobre el mostrador de mármol mientras el recepcionista le daba la bienvenida con una sonrisa seductora. Christian presentó el pasaporte, rellenó el formulario e intercambió una segunda sonrisa.

—Que tenga una feliz estancia en Barcelona.

Él dudó de aquella afirmación, pero devolvió una tercera sonrisa. El recepcionista respondió con un guiño. El mensaje quedó claro.

Siguió al botones hasta el ascensor y de allí a su habitación, en el quinto piso. La estancia tenía un escritorio de caoba oscura, un ramo fresco de lirios blancos y una alfombra persa. Y la cama... tenía que ser una broma. Se quedó un segundo inmóvil en el umbral. Era una cama individual. Tan impecable como ridícula para un hotel de cinco estrellas. Entró en el baño lo justo para comprobar que estaba vacío. El botones seguía en la puerta. Christian le entregó un billete de mil pesetas con un gesto automático y le dio las gracias.

Esperó a que la puerta se cerrara y escuchó el pasillo unos segundos de más. Dejó el equipaje junto a la pared, sin estorbar la puerta, y se sentó en la cama. El colchón cedió con un suspiro suave. Tenía órdenes claras: permanecer allí hasta que McCabe llamara, sin salir ni contactar con nadie.

Abrió la ventana de golpe. El aire caliente del Mediterráneo entró cargado de ruido. A un lado, la silueta de la Casa Batlló parecía un decorado irreal bajo los banderines olímpicos. Dejó la ventana abierta, pero corrió la cortina para que nadie lo viera. Se duchó, se puso ropa cómoda y se sentó de nuevo. Esperó con la mirada fija en el teléfono de la mesita de noche.

Nada.

El silencio de la habitación empezó a asfixiarle. McCabe no llamaba, y la inactividad siempre dejaba demasiado espacio en su mente. Llamó a recepción. El chico de pelo azabache respondió al primer tono. Él pidió un sándwich de pollo y unas patatas fritas.

—¿Desea algo más? —preguntó el recepcionista con un acento español que a Christian le resultó muy *sexy*.

Tenía órdenes de no abandonar la habitación; no de estar solo. Era una forma de apagar el ruido mental.

—Tráigamelo usted mismo —respondió.

Colgó. Abrió el minibar, se preparó un *gin-tonic* y esperó en la penumbra. Cuando llamaron a la puerta, miró por la mirilla. Abrió, comprobó que nadie vigilaba el pasillo y lo invitó a pasar. La puerta se cerró. No hablaron de trabajo. Ni del mundo exterior. Barcelona quedó reducida a la cortina echada y a la urgencia de su propia piel.

Pero la anestesia duró apenas lo que tardaron en vestirse. Mientras el recepcionista se abrochaba la camisa frente al espejo, le sonrió a través del reflejo.

—No tengo turno hasta mañana —dijo el joven, con voz suave—. Podría enseñarte algunos sitios discretos.

La oferta flotó en el aire, cálida y peligrosa. Un vínculo. Christian sintió un rechazo inmediato. No hacia el chico, sino hacia sí mismo por haber abierto la puerta. Se puso los pantalones en silencio, activando el muro de hielo que usaba para sobrevivir.

—Ha sido un viaje muy largo... —respondió, con un tono tan plano que borró la sonrisa del espejo al instante.

Dejó un billete grande sobre la cómoda. Más de lo necesario. Un precio para que el otro entendiera que aquello había sido una transacción, aunque no lo fuera. El recepcionista miró el dinero sin tocarlo, apretó la mandíbula y salió de la habitación sin decir ni adiós.

La puerta hizo un clic seco al cerrarse. El eco de un mal recuerdo de Londres le golpeó con la fuerza de un tren. Corrió hacia la puerta, echó el pestillo y puso la cadena. Se apoyó contra la madera, frotándose la cara. *Imbécil*. Dos años atrás, el sexo esporádico en la habitación de un hotel en el Soho le había costado un secuestro, una orden de busca y captura y una pistola en la sien.

Imbécil, se volvió a repetir. Había dejado entrar a un desconocido por no soportar el silencio. Comprobó el doble fondo de la maleta. Todo seguía allí. Palpó el bolsillo interior de la chaqueta. El pasaporte y el dinero de emergencia seguían en su sitio. Fue entonces cuando lo vio. El auricular del teléfono colgaba del lateral de la mesita, balanceándose apenas sobre la alfombra. Lo había golpeado sin darse cuenta.

Se acercó y lo recogió del suelo. Al colocarlo en su base, la pequeña luz roja del terminal parpadeó constante en la penumbra: el piloto de recados. Alguien había dejado un mensaje en recepción.

Levantó el auricular de nuevo, escuchó el tono de línea y marcó el cero.

—Recepción —contestó una voz femenina.

—Tengo un mensaje. Habitación 512.

—Un momento, señor Vinther... Sí. Hace cuarenta minutos llamaron desde un número externo. Al estar su línea ocupada, nos pidieron que le dejáramos este recado: «La cita con el periódico queda cancelada».

—Gracias.

Colgó despacio. Hacia cuarenta minutos. Justo cuando él intentaba evadir sus pensamientos en esa misma cama. *La cita con el periódico*. Es decir, McCabe había llamado. El placer tenía un precio, y su negligencia acababa de quedar registrada en la central de Londres.

Apretó los dientes. Estiró la mano hacia el auricular para llamar de vuelta a la oficina en Whitechapel, pero antes de que sus dedos rozaran el teléfono, estalló en un timbrazo agudo. Miró el aparato un segundo, recompuso su expresión como si alguien pudiera verle y descolgó.

—*Yes?*

—McCabe —dijo la voz al otro lado, desprovista de emoción—. Me alegra ver que por fin está operativo.

Christian apretó el auricular.

—Estaba en el baño.

—Cuarenta y dos minutos en el baño, Vinther. Un récord incluso para usted. Escuche atentamente lo que le voy a decir...

4

19:25

DECLAN SUPO que James estaba muerto antes de disparar.

El problema en su negocio nunca era la traición en sí, sino reconocerla a tiempo. Lo supo incluso antes de aceptar secuestrar al hijo de una familia acomodada de Barcelona para financiar una causa que el resto de Europa daba por enterrada. Pero para Declan, la guerra no había terminado. Si el IRA moría en despachos de abogados, todo lo que habían dejado bajo tierra en Irlanda (amigos, hermanos, la sangre derramada en las calles de Derry) no habría servido de nada.

Conducía por una carretera secundaria a las afueras de la ciudad. La luz plana del atardecer dejaba las naves industriales del polígono Mas Blau como cajas de zapatos vacías. A lo lejos, el rugido de un avión despegando de El Prat le confirmó que ya estaban a kilómetros del punto de extracción.

James iba sentado a su lado. Demasiado recto. No miraba por la ventanilla. No hablaba.

Detrás, en el suelo de la furgoneta, el niño dormía bajo los efectos del narcótico. Respiraba con la boca entreabierta, pesado, como si el mundo no pudiera alcanzarlo.

No lo mires, pensó Declan.

No ahora.

Aparcó en una explanada desierta, a medio camino entre el aeropuerto y ninguna parte. No podían seguir circulando con aquella furgoneta blanca. El cambio de vehículo estaba previsto en el protocolo.

Cuando apagó el motor, Declan se giró hacia su copiloto.

—Abre la guantera. Dame el cuaderno de registros.

James lo hizo.

Pero tardó una fracción de segundo más de lo normal.

El cuaderno de anillas apareció entre los papeles del seguro.

Declan observó la reacción de su compañero antes de tomarlo. El parpadeo rápido. La mano suspendida en el aire. El leve temblor que James intentó disimular cerrando el puño y apoyándolo en la rodilla. Era el mismo cuaderno que Declan había encontrado horas antes, escondido en el doble forro de la mochila de James.

Levantó su arma y apoyó el cañón en la sien derecha del copiloto.

James se congeló. Una gota de sudor resbaló desde su frente hasta el borde de la mandíbula.

El niño seguía respirando despacio en la parte trasera.

—Declan... —tartamudeó James—. ¿Qué... qué haces?

Era el momento de la verdad, pero Declan nunca había confiado en él. Desde el primer *pub* en Belfast supo que tenía la cara equivocada para aquella guerra. Periodista, decía. Investigador. Cuando surgió la operación en Barcelona, James fue el primero en ofrecerse para ser el enlace logístico: acreditaciones, cámara, acceso total. Demasiadas facilidades.

Declan abrió el cuaderno con la mano izquierda, manteniendo el arma firme con la derecha. Su propio nombre apareció en la primera página. Luego, coordenadas. Movimientos. Incluso notas detalladas de conversaciones que habían mantenido en privado. Y en la última página, lo que firmaba su sentencia de muerte: una dirección de hotel en Barcelona.

Hotel Majestic. Habitación 512. Y un nombre subrayado dos veces: *Christian Vinther.*

El traidor había estado documentando cada paso para venderlos a la inteligencia británica.

—Maldito mentiroso —susurró Declan.

James respiraba deprisa ahora. Evitaba mirarle a los ojos.

—Puedo explicarlo —suplicó—. Escucha, los británicos saben...

Declan no necesitaba explicaciones. La historia la escribían los héroes, y los héroes no dudaban. Levantó el pesado cilindro del silenciador y le rozó la sien.

Disparó.

El ruido fue ronco, contenido dentro del habitáculo. La sangre salpicó la ventanilla del copiloto y unas gotas minúsculas y calientes mancharon la mejilla de Declan.

El cuerpo de James se sacudió una sola vez y quedó inmóvil.

En la parte trasera, el niño emitió un quejido leve y se removió, pero no despertó.

Guardó el arma. Se limpió la mejilla con el dorso de la mano y, por pura costumbre, comprobó el pulso en el cuello de James.

Nada.

A los traidores no había que tenerles pena. A los enemigos, tampoco.

Rebuscó en los bolsillos del muerto: tabaco, mechero, unas monedas, el pasaporte y la acreditación.

La llave de la puerta trasera de Magalhães no estaba. Tampoco le preocupó demasiado. Nadie ajeno a ellos sabía que aquel restaurante abandonado escondía algo más que polvo y cucarachas. El peligro no estaba en el candado, sino en lo que había detrás de la puerta.

Metió el cuaderno en su propia chaqueta y la acreditación, pero dejó el pasaporte como pista.

Se bajó de la furgoneta y abrió la puerta lateral. Arrastró el cuerpo de James como un saco de patatas, lo tumbó en la parte trasera y lo cubrió con una lona. Luego cargó al niño en brazos hasta el sedán de repuesto que había dejado aparcado allí esa misma mañana.

El crío pesaba más de lo que esperaba. Olía a jarabe y a sueño. Lo depositó con cuidado en el asiento trasero del coche limpio.

Antes de irse, volvió a la furgoneta con una cámara Polaroid que sacó de su mochila. Encuadró la parte trasera del vehículo. La

cámara hizo clic y escupió el cuadrado de papel. Declan lo abanicó hasta que la imagen se reveló nítida sobre el fondo de la nave industrial.

Con un rotulador negro, escribió en el reverso:

Come collect your shite.

Si el mensaje llegaba a las manos adecuadas, correrían hacia la furgoneta como perros tras una presa. Podían buscar en el polígono, en el aeropuerto o en la carroña. Para cuando entendieran lo que estaban viendo, el niño ya estaría lejos del ruido y de las luces.

Dejó el cadáver de James cubierto con una lona en la furgoneta. Se subió al sedán, arrancó y dejó atrás el polígono, rumbo al centro de Barcelona.

El aire de la ciudad olía a mar y a humedad estancada. Las luces rojas de los semáforos se reflejaban en el asfalto.

Declan sentía una certidumbre limpia, helada: todo lo que quedaba por hacer ya estaba decidido. Solo tenía que ejecutarlo con la frialdad de quien había dejado de pedir permiso. Aparcó a tres calles del paseo de Gràcia. Se aseguró de que el niño seguía sedado, cerró el coche y caminó con paso ligero hasta la entrada del Hotel Majestic.

El mármol del vestíbulo olía a lirios blancos y a dinero viejo. Entró con la seguridad de un huésped habitual y cruzó el vestíbulo hasta el mostrador principal. Una recepcionista le dedicó una sonrisa profesional.

—Buenas noches. ¿En qué puedo ayudarle?

Declan sacó un sobre blanco, lo posó sobre el mármol y lo deslizó hacia ella con dos dedos. En el anverso figuraban el nombre y la habitación que había encontrado en la libreta del traidor.

La recepcionista alzó la vista hacia él, pero Declan no dijo nada.

Se dio la vuelta y salió a la calle. Se perdió entre la multitud de la noche barcelonesa, listo para empezar su propia guerra.

5

21:09

CHRISTIAN APRETÓ el auricular con más fuerza. El tono de su jefe no admitía réplicas, pero él no estaba dispuesto a iniciar la conversación en desventaja, excusándose como un cadete de primer año.

—Me han dado una cama individual, jefe.

—¿Qué?

—Cinco estrellas, mármol en el suelo, y me toca dormir como un seminarista —continuó Christian, mientras paseaba la mirada por el exiguo colchón, usándolo como escudo para evitar la reprimenda—. No sé quién hace las reservas en Equilibrium, pero dígale que la próxima vez me envíe a una pensión de mala muerte. Así me ahorraré las propinas.

—Está donde debe estar: seguro y fuera de foco. La ciudad está al borde del colapso hotelero por las malditas Olimpiadas. Agradezca que no lo haya metido en un albergue. Y ahora, cállese. Su misión ha terminado. Vuelva a Londres.

La palabra *volver* cortó su insolencia de raíz.

—He volado hasta aquí para nada. La conexión ni siquiera se ha presentado en el aeropuerto. Llevo horas encerrado y usted me saca del tablero. ¿Qué está pasando?

—Lo que pasa es que usted no es un agente de campo. Es un informante. Y su zona ya no es segura.

Christian se levantó de la cama. Empezó a pasearse por la habitación, estirando el cable en espiral del teléfono.

—La conexión no se ha puesto en contacto —confirmó, más que preguntó—. ¿Está muerto?

—Tiene un vuelo mañana por la tarde. El billete estará esperándole en el mostrador de facturación del aeropuerto. No salga del hotel hasta entonces.

—Eso es un sí —sentenció Christian—. Y si la conexión ha caído en Barcelona, alguien más podría saber a qué venía y, por tanto, de mi presencia.

—No saque conclusiones, Vinther.

—No necesito sacarlas para sumar dos y dos —insistió, acelerando el paso y esquivando el sillón de caoba—. La organización está a ciegas ahora mismo. Yo estoy aquí. Puedo moverme, puedo observar...

—No conoce la ciudad. Ni siquiera habla el idioma.

Christian se detuvo frente a la ventana. El cielo sobre Barcelona ya se había oscurecido, pero la ciudad vibraba más viva que nunca con el bullicio del tráfico y las luces ámbar que iluminaban los banderines preolímpicos.

—¿Tiene que ver con los Juegos? —preguntó, apoyando la frente contra el cristal—. ¿Es por eso?

McCabe no respondió. El mayor problema con su jefe era que sus silencios eran tan elocuentes que casi se podían traducir.

—Claro que tiene que ver —continuó Christian—. Por eso la urgencia. Si fuera un simple intercambio de documentos, no abortaría la misión tan rápido.

—Basta —lo cortó McCabe—. Estoy perdiendo la paciencia. No me obligue a recordarle cuál es su sitio.

Christian se separó del cristal y se enderezó frente a su propio reflejo en la ventana.

—Mi sitio es donde soy útil. No me sacó de Londres para ser solo un buzón de correo.

—Lo saqué de aquel hotel en el Soho para que siguiera respirando —replicó McCabe con una frialdad quirúrgica—. Es impulsivo y le falta experiencia. Su sitio es seguir mis instrucciones.

Si no las sigue, puede volver a la recepción de donde salió y seguir perdiendo el tiempo con quien le venga en gana. ¿Queda claro?

Christian apretó la mandíbula. McCabe tenía razón. Le debía todo: una estructura, una red, una razón para levantarse. Pero el instinto que le gritaba que algo grave iba a pasar en esa ciudad era demasiado fuerte. Miró de nuevo por la ventana, hacia el caos de Barcelona.

—Totalmente claro, jefe —dijo al fin—. Vuelvo a Londres.

Colgó el auricular despacio, sabiendo que acababa de mentirle al único hombre en quien confiaba. Cuando McCabe lo sacó de Londres en aquel jet privado dos años atrás, rumbo a Dinamarca, Christian creyó que por fin tomaba las riendas de su propia vida. Ahora se daba cuenta de que solo había cambiado el desprecio asfixiante de su padre en Dinamarca por la correa corta de Equilibrium. Estaba harto de obedecer, harto de huir y, sobre todo, harto de ser únicamente el jodido chico de los recados.

6

22:43

El reloj digital sobre la mesa coja marcaba las 22:45. Declan cortó el sobrante de una brida de plástico negro con unos alicates de precisión. El chasquido seco rebotó contra los muros de ladrillo del sótano, oculto bajo el esqueleto de un antiguo restaurante en Poble-sec. En la silla metálica frente a él, el niño ahogó un sollozo a través de la gruesa cinta plateada que le sellaba la boca.

Declan no alzó la vista. Sus movimientos carecían de sadismo. Operaba con la economía de gestos de un técnico ajustando un mecanismo delicado. Comprobó la tensión de las ataduras de las muñecas introduciendo el dedo índice bajo el plástico. Estaban firmes, pero no cortaban la circulación. Un rehén con las extremidades necrosadas era un problema logístico, no un activo.

El sótano olía a aceite de motor y a la profunda humedad de Barcelona. A través de una rejilla cerca del techo se filtraba el zumbido lejano del tráfico preolímpico. En la esquina, el niño dejó caer la cabeza sobre el pecho y cerró los ojos, vencido por el agotamiento nervioso y los restos del narcótico.

Declan se apartó en silencio. Caminó hacia su mesa de trabajo, iluminada por el halo amarillento de una lámpara portátil a pilas, y se limpió pacientemente los restos de grasa de los nudillos con un trapo sucio. En la pared del fondo, un cable gris subía desde el

rodapié hasta un tosco teléfono de dial giratorio. Declan lo había puenteado la noche anterior, conectándolo a la caja de registro general del edificio. Si la policía lograba rastrear la línea, solo encontrarían el número de una ferretería cerrada hacía años en el piso superior.

Descolgó el auricular de baquelita y giró el disco, dejando que el mecanismo de retroceso marcara los números memorizados. Esperó, inmóvil en la penumbra. Al tercer tono, la línea se abrió y alguien descolgó de golpe. Hubo un segundo de silencio, seguido de una respiración entrecortada y asustada en el otro extremo de la ciudad.

Declan no se presentó. Miró su reloj de pulsera y habló durante apenas diez segundos. Dictó una cifra y un ultimátum con voz plana, sin inflexiones ni emoción. Acto seguido, añadió la única condición innegociable de la transacción: al primer avistamiento de un uniforme policial, el niño moriría.

Al otro lado de la línea, la respiración se convirtió en una súplica atropellada. Una voz exigió escuchar al niño, rogando una prueba de vida para retenerlo al teléfono un segundo más. Declan no concedió ni la respuesta ni el consuelo. Bajó el auricular en mitad de la súplica y lo dejó caer sobre la horquilla, cortando la comunicación.

Se agachó y de un tirón, arrancó los cables de cobre de la roseta de la pared, matando la línea para siempre. Dejó los hilos muertos en el suelo. Su parte estaba hecha.

7

JUEVES, 23 DE JULIO DE 1992

07:30

Diana despertó con un dolor agudo en la sien y la garganta reseca. Parpadeó varias veces hasta que la luz de los fluorescentes del techo dejó de cegarla. Quiso mover la mano derecha, pero un latigazo le recorrió el brazo y se le escapó un gemido ahogado. Estaba en una cama de hospital, vestida solo con una bata de tela fina. Tenía una vía clavada en el dorso de la mano y los nudillos vendados. La memoria regresó en ráfagas: la furgoneta blanca, el niño, el puñetazo, la caída contra el asfalto.

Levantó la mano y se rozó la frente, pero retiró los dedos por el dolor. Giró la cabeza. Al otro lado de la habitación, su uniforme colgaba de una percha, arrugado y cubierto de polvo gris.

La puerta se abrió y entró una enfermera con ojeras de final de turno y un bolígrafo BIC en el moño. Se acercó a la cama y sus zapatillas de goma chirriaron contra el suelo encerado.

—*Bon dia.* Veo que ya estamos de vuelta —dijo, acercándose a comprobar el suero.

Diana intentó incorporarse, pero un dolor agudo le atravesó el pecho, obligándola a recostarse otra vez.

—Tranquila. Estás en el Clínic. Llegaste anoche en ambulancia desde el aeropuerto con un traumatismo leve y magulladuras múltiples —explicó la mujer, con tono aséptico.

—¿Y el niño? —preguntó con voz rasposa.

—No sé nada de ningún niño. Llegaste sola. El médico de guardia quiere dejarte en observación hasta mañana por la noche.

Diana dejó caer la cabeza contra la almohada. *Lo perdí.* Lo había tenido a un metro y se había soltado.

—No me quedo hasta mañana —murmuró.

—Eso tendrás que firmarlo en el alta voluntaria —replicó la enfermera sin alterarse—. Pero antes tienes visita. Hay un superior tuyo esperando fuera desde hace media hora.

La mujer no esperó respuesta. Salió sin molestarse en cerrar. El sargento Ramón Cifuentes entró en la habitación, arrastrando un fuerte olor a tabaco Ducados y loción de afeitado Old Spice. Llevaba la guerrera abrochada hasta el último botón a pesar del calor de julio. Se quitó el tricornio, se secó la frente con un pañuelo de tela y recorrió la habitación con la mirada antes de fijarla en ella.

—Sargento —dijo Diana, esforzándose por sentarse recta en la cama, conteniendo el dolor—. No esperaba su visita.

—Tranquila, Valenti. —Levantó una mano—. Le tendremos que buscar otro uniforme.

—Que sea de mujer, esta vez —se atrevió a decir ella.

Cifuentes resopló.

—De mujer, claro. Otra cosa más para logística —murmuró. Sacó un documento de debajo del brazo y lo dejó sobre las sábanas—. Aquí tiene el parte de incidencias. Lo he redactado yo. Me han enviado desde comandancia. Con las Olimpiadas a la vuelta de la esquina, todo incidente debe estar documentado para que no salpique a los medios. ¿Lo entiende?

Diana miró los folios sin tocarlos.

—Mi sargento..., en la academia nos enseñaron que cada agente redacta su propio informe.

Cifuentes apoyó las manos en los pies de la cama y se inclinó hacia ella.

—¿Quiere hablarme de protocolos, Valenti? —La voz del sargento bajó una octava y perdió cualquier rastro de amabilidad—. No avisó por radio. Se expuso en solitario. No esperó refuerzos. Se lanzó detrás de un vehículo como una temeraria y mire cómo ha terminado. Aquí no se improvisa. Se obedece. Así que no me hable de protocolos. —Le tendió un bolígrafo negro—. Firme aquí y me ahorro un viaje.

Diana hojeó el documento. Al pasar la primera página con cuidado, leyó en el margen superior, mecanografiado en tinta azul: *Menor afectado: Daniel O'Connor. Domicilio familiar: Pedralbes, Barcelona.* Luego bajó la vista a la descripción del incidente.

—Pone «furgoneta mediana» —dijo Diana, frunciendo el ceño—. Era blanca y con la puerta lateral corredera.

—Pues anótelo en el margen, si quiere. ¿Algo más?

—Vi parte de la matrícula. No la recuerdo entera.

Cifuentes la observó un instante.

—Cuando se acuerde, me lo comunica a mí. Directamente a mí.

—¿Y el niño?

—Eso es lo que le gustaría saber a los padres.

Diana dudó, con el bolígrafo suspendido sobre la línea de puntos. El sargento chasqueó la lengua.

—Firme, Valenti. Faltan hombres, faltan horas y yo soy el primero que quiere que termine este circo olímpico para volver a la normalidad.

Ella apretó los labios, tomó aire y firmó el documento oficial.

—Eso es. Buena chica. —Cifuentes cerró la carpeta con un golpe seco—. El médico dice que necesita reposo. Tiene una semana de baja. Descanse y vuelva a comandancia cuando se le pase.

El comentario le ardió más que las heridas del asfalto.

—Estoy bien, mi sargento.

Él la miró de arriba abajo con gesto sardónico.

—No está ni para batir huevos en la cantina. Si se acuerda de algo más sobre esa matrícula, me lo comunica a mí. Directamente a mí. ¿Queda claro?

—Sí, mi sargento.

Cifuentes se dio la vuelta y salió al pasillo, cerrando la puerta tras de sí. Diana miró su uniforme magullado en la percha. La matrícula seguía en la punta de su lengua, como un código a punto de descifrarse. El mareo le advirtió de que el diagnóstico del hospital era real: su cuerpo necesitaba detenerse. Pero si se quedaba en esa cama bajo las órdenes de Cifuentes, el niño al que le había fallado desaparecería para siempre en las sombras de la ciudad.

Diana apretó los dientes, se arrancó el esparadrapo de la vía con un tirón seco y bajó los pies desnudos al suelo frío.

Era hora de irse.

8

10:04

Eran poco más de las diez de la mañana cuando Diana aparcó el Seat Panda frente a la imponente verja de los O'Connor, en el exclusivo barrio de Pedralbes.

La dirección se le había grabado a fuego desde que leyó el encabezado del parte oficial que Cifuentes la obligó a firmar un par de horas antes en el Clínic.

El sol empezaba a castigar las fachadas de la zona alta de Barcelona. Al bajar del coche, el bochorno se le pegó al uniforme. La guerrera verde, todavía tiesa y marcada por el polvo gris del asfalto del día anterior, era una armadura pesada sobre sus costillas magulladas.

Avanzó por el camino de entrada. La grava blanca crujía bajo sus botas de dotación con demasiada fuerza en aquel silencio residencial. No tenía orden judicial ni autorización de su sargento. Solo una culpa que le quemaba el pecho y una intuición que no sabía explicar sin parecer una novata temeraria.

Tocó el timbre.

Durante los segundos que tardaron en abrir, el recuerdo la asaltó de nuevo: el niño en el aeropuerto, la corbata del uniforme torcida, la maleta golpeando el suelo y los ojos asustados buscando un rostro familiar.

La puerta de roble se abrió.

Una mujer de poco más de treinta años apareció en el umbral. Llevaba un vestido ligero de lino claro sin mangas y una pesada escayola en la pierna derecha que le cubría desde el tobillo hasta la rodilla. A simple vista era una mujer de la alta sociedad barcelonesa, pero las ojeras violáceas delataban que no había dormido ni un solo minuto.

Al ver el uniforme verde de Diana, la mujer dejó de respirar. El pánico le cruzó el rostro. Se apoyó en el marco de la puerta y sus uñas, pintadas de carmesí, casi arañaron el quicio.

—¿Sí? —logró decir, con un hilo de voz.

Diana mostró su placa, tapando estratégicamente con el pulgar sus nudillos vendados.

—Me llamo Diana Valenti. Quería hablar con usted un momento. Es sobre su hijo.

La mano de la mujer se aflojó.

—No —dijo de inmediato, dando un paso atrás—. Acordamos no tratar con la policía. Ni con ustedes. Márchese, por favor.

Diana mostró las palmas, despacio.

—Fui la última persona que vio a su hijo antes de que se lo llevaran. Solo quiero explicarle lo que presencié.

Los labios de la mujer temblaron.

—¿Usted... lo vio? —susurró.

Ella asintió.

Por unos segundos, sus miradas flotaron en el aire tenso de la mañana. La mujer observó hacia el pasillo, como comprobando que nadie escuchaba. Al no oír nada, suspiró y abrió la puerta lo justo para dejarla pasar.

—Me llamo Montse. Entra. Y háblame de tú, por favor.

Era una casa de techos altos y diseño impecable. Una de esas propiedades donde el dinero no se grita, se susurra. El mármol alivió el calor que Diana traía de la calle. Sobre una consola de nogal había un teléfono negro y un cenicero de cristal desbordado de colillas recientes, aplastadas con fuerza.

Montse avanzó por el pasillo mientras su escayola raspaba rítmicamente el suelo. Se detuvo en el salón y señaló un sillón

tapizado en tela clara.

—Eres muy joven para ser de la Guardia Civil —dijo, dejándose caer en el sofá frente a ella con un sordo quejido de cansancio.

—Acabo de salir de la academia. Me destinaron aquí por la Operación Verano de los Juegos.

Los ojos de Montse bajaron a los vendajes de la mano de Diana, y luego a la brecha amarillenta que asomaba bajo su flequillo.

—¿Te lo hiciste... allí?

Diana asintió de nuevo.

—Hice todo lo que pude, Montse. Pero la furgoneta arrancó antes de que pudiera abrir la puerta.

Montse tragó saliva, llevándose una mano a la boca para contener el llanto.

—Daniel estudia en un internado en el extranjero. Es un niño muy independiente —explicó, con la voz rota—. Normalmente soy yo quien va a recogerlo a la terminal de llegadas. Pero con la pierna así... Patrick fue a buscarlo.

—¿Por qué al aparcamiento y no a la puerta de llegadas? —preguntó Diana bajando la voz—. ¿Era la rutina habitual?

—No. Cambiamos la rutina hace poco. Hace tres o cuatro semanas. Patrick dijo que el aparcamiento era más rápido para evitar el caos de las obras olímpicas.

No había reproche en la voz de la madre, solo agotamiento absoluto.

—Aparcó lejos —constató Diana, encajando las piezas en voz alta —. Su hijo salió solo de la terminal, arrastrando la maleta mientras lo buscaba entre las filas.

La madre cerró los ojos, torturándose con la imagen.

—Nos han pedido doscientos millones de pesetas —dijo al fin, soltando el aire—. Doscientos. En menos de cuarenta y ocho horas o no volveremos a verlo.

La puerta doble del salón se abrió de golpe.

Un hombre apareció en el umbral. Llevaba una camisa de algodón cara, abierta en el cuello, y la corbata colgada del antebrazo. Tenía el pelo húmedo, como si acabara de salir de la ducha.

—Montse —dijo con un marcado acento británico—. ¿Qué sucede?

—Patrick, es Diana Valenti. La agente que estuvo con Daniel en el aeropuerto.

El hombre parpadeó, sorprendido. Su postura se tensó al instante.

—Sí, me acuerdo. —Se cruzó de brazos y avanzó un paso—. Mi abogado ya ha hablado con sus altos mandos. Todo lo relevante ya consta en el atestado oficial. No debería estar usted aquí. Nos dijeron muy claramente que, si intervenía cualquier cuerpo de seguridad, matarían a nuestro hijo. Lo entiende, ¿verdad?

Diana se levantó despacio. El dolor de las costillas le dio una punzada, pero la ignoró, manteniendo la espalda recta.

—No he venido a interferir en la investigación oficial. Solo a explicarle a su mujer lo que vi.

—Eso ya no nos sirve de nada. El daño está hecho —dijo él con frialdad. Luego se volvió hacia su mujer y, cambiando al inglés, su contención estalló en un tono bajo y mordaz—. *¿Cómo has permitido que esta niñata entre en casa? No necesitamos a una novata estúpida husmeando. Échala ahora mismo.*

Un calambre helado le recorrió la nuca, pero Diana mantuvo una expresión neutra. Los años que pasó creciendo bajo la tutela de su abuela galesa en Barcelona le habían dejado un inglés nativo e impecable, pero él no tenía por qué saberlo.

No pestañeó. No delató que le había entendido cada maldita palabra.

—Debo irme —dijo Diana en español, dirigiéndose únicamente a Montse.

—Sí —respondió Patrick, recuperando su tono forzado—. Será lo mejor. Yo la acompaño.

—No hace falta. Sé cómo salir.

Caminó hacia la puerta sin volverse. La mirada hostil del padre se mantuvo clavada en su nuca hasta que cruzó el umbral y el pesado pestillo de la puerta sonó a sus espaldas.

Al salir a la calle, el calor le devolvió el aliento. Se apoyó contra el capó ardiente del Panda, sacó su pequeño bloc de notas y escribió

dos palabras en la primera página en blanco.

Aparcamiento.

Rutina.

Mientras arrancaba el motor, Diana repasó la actitud de Patrick O'Connor .

Era lógico que un padre estuviera aterrorizado al ver un uniforme en su casa tras un ultimátum. También lo era que la odiara por haber fallado en la terminal y no haber salvado a su hijo.

Pero el cambio de rutina no era lógico.

Cuatro semanas atrás no había obras olímpicas en esa zona específica del aeropuerto que justificaran alejar a un niño de once años de la puerta principal. Alguien lo había puesto en bandeja de plata.

Debía volver a ese aparcamiento y ver por sí misma lo que Patrick había visto.

9

10:59

DIANA APARCÓ el Seat Panda en un lateral del aparcamiento de El Prat, lejos de la garita y de las miradas de los vigilantes.

El coche era pequeño y terco. Como ella.

Apagó el motor y se quedó con la frente apoyada en el volante un segundo. No era mareo; era rabia. La mano derecha vendada le tiraba con cada giro del volante y la sien todavía latía bajo la brecha, pero necesitaba comprobar algo antes de irse a casa.

Bajó del coche con cuidado y cerró la puerta con la cadera. Cada pocos minutos, el rugido de un avión al despegar le atravesaba el pecho, recordándole lo que había perdido allí el día anterior.

Se detuvo en el pasillo central y miró a su alrededor con los ojos entornados por el sol. Turistas arrastrando maletas, taxis frenando en seco. Ni una sola valla de construcción. Ni un andamio. Ni rastro de las supuestas obras olímpicas que, según Patrick O'Connor, le habían obligado a aparcar tan lejos.

Caminó hacia la garita de control. El cartel con los horarios colgaba con cinta adhesiva, en el mismo lugar que recordaba de sus rondas.

Un hombre con camisa clara y sudor en la frente levantó la vista desde el interior. Tenía los hombros caídos y el aburrimiento crónico de quien solo ve pasar coches.

—Buenos días —dijo Diana—. ¿Estaba usted aquí ayer?

El hombre negó con la cabeza.

—No —respondió—. Tenía libre.

—Necesito saber si se registró algún incidente grave.

El hombre arqueó una ceja, recostándose en la silla giratoria.

—¿Y usted de parte de quién viene, señorita?

Diana sacó la placa con la mano izquierda y la apoyó contra el cristal de la garita.

—Guardia Civil.

El hombre parpadeó, sorprendido al ver la identificación oficial en manos de una joven uniformada. Sin embargo, la frialdad de los ojos de Diana no invitaba a bromas.

—Perdone. Ahora lo miro. —Abrió el cuaderno de anillas y pasó un par de páginas con lentitud. Leyó en silencio, negó con la cabeza y le dio la vuelta al registro para mostrarle la página de la tarde anterior—. Nada. Aquí no consta nada. Todo tranquilo.

Diana miró las líneas vacías.

—¿Quiere que llame a la central a ver si desde allí saben algo? —ofreció él, acercando la mano al teléfono de la pared.

Diana estuvo a punto de aceptar, pero retrocedió un paso.

—No —dijo—. No hace falta.

Si el hombre hacía esa llamada, la pregunta desde la central no sería qué había pasado en el aparcamiento, sino por qué ella husmeaba estando de baja médica.

Se alejó de la garita y continuó la inspección del nivel inferior.

Calculó la distancia visual: unos sesenta metros desde las barreras hasta el punto del secuestro. Avanzó hasta el lugar exacto. Las marcas de los neumáticos de la furgoneta seguían allí, cuatro líneas negras de goma quemada, grabadas en el hormigón como cicatrices recientes.

Se agachó frente al pilar. Miró la rampa de acceso, la columna y la salida directa a la autopista.

El lugar era impecable. El portón lateral de la furgoneta se había alineado perfectamente con el pilar de hormigón. Desde el nivel superior y desde la garita del vigilante, la acción de arrastrar al niño al interior del vehículo habría quedado completamente invisible.

Un punto ciego perfecto. La precisión del secuestrador le produjo un escalofrío. Quien se llevó al niño sabía dónde situarse para que nadie lo viera.

Se enderezó, apretando el puño vendado contra la cadera. Levantó la vista hacia la rampa, ahora desierta. La imagen del niño forcejeando la asaltó de nuevo, devolviéndole la asfixia del fracaso. Contó hasta tres antes de seguir adelante.

Avanzó hacia la zona donde había caído la maleta del niño y palpó el suelo sucio en busca de cualquier rastro. Nada. Ni un botón, ni un hilo, ni una pista olvidada.

El chirrido agudo de unos neumáticos rasgó el aire del aparcamiento.

Un Seat Ibiza azul oscuro bajaba la rampa demasiado rápido y frenó bruscamente antes del giro. Las letras negras de su matrícula trasera reflejaron la luz fluorescente del techo.

El sonido agudo de las ruedas contra el asfalto desbloqueó algo en la memoria de Diana: el golpe sordo contra el suelo, el olor a goma quemada de la furgoneta blanca huyendo por esa misma rampa, y la puerta trasera que se alejaba a toda velocidad, perdiéndose hacia la luz del exterior.

B... 19...

Diana cerró los ojos, aferrándose a la secuencia numérica antes de que el dolor de cabeza volviera a sepultarla. Lo tenía: la matrícula completa, con esas letras repetidas al final.

Sacó su pequeño bloc de notas y un bolígrafo. Apoyó el papel contra el muro y, con un temblor en la mano izquierda por la adrenalina, escribió con claridad, bajo las palabras «aparcamiento» y «rutina» que había anotado media hora antes:

B-1947-NN

Dobló el papel con cuidado y lo guardó en el bolsillo, como si fuera oro líquido.

Ya no era una corazonada ni vagas descripciones. Tenía una prueba real; una matrícula completa cambiaba las cosas. Con ese dato oficial, sus superiores tendrían que abrir una vía de investigación, les gustara o no.

Dio media vuelta y caminó hacia el Panda con paso firme. Tenía que informar a su sargento de inmediato.

10

12:11

La mítica Comandancia de la Guardia Civil de la Travessera de Gràcia se alzaba en un imponente y sobrio edificio de piedra, con el escudo coronado de laureles sobre el arco principal y dos tricornios de hierro forjado en la verja de entrada. Diana cruzó el enorme patio interior al mediodía, ignorando el sol de justicia que castigaba los Land Rover aparcados en batería y el asfalto recalentado.

Dos agentes fumaban a la sombra de un olivo reseco. Al verla pasar con el uniforme lleno de polvo del día anterior y la brecha en la frente, asintieron con extrañeza y retomaron su charla.

A veces tenía la sensación de ser un experimento con botas. Los veteranos no sabían qué hacer con ellas, mandándolas a tareas de relleno: rondas absurdas, vigilancia de garitas abandonadas. Un trabajo perfecto para no estorbar.

Empujó la puerta principal.

Tras el mostrador de madera de la entrada, un cabo primero rellenaba a mano el libro de guardia sobre un atril.

—Buenas tardes —dijo Diana, cuadrándose y mostrando su carné —. Agente Valenti. Necesito ver al sargento Cifuentes.

El cabo primero, con la camisa desabrochada en el cuello y una mancha de tinta en el bolsillo, prestó más atención al chichón de Diana que a su identificación.

—Registre aquí su entrada —dijo, empujando el libro—. El sargento está reunido.

—Es urgente.

—Está en la reunión del pincho de tortilla, en el rancho —aclaró el hombre, sin disimular el sarcasmo—. Tendrás que esperar.

Sin pedir permiso, Diana se dio media vuelta y caminó por el pasillo central hacia el comedor.

El rancho era una sala amplia de techos bajos con largas mesas corridas y ventiladores que giraban perezosamente. Olía a garbanzos y a tortilla. Una docena de guardias charlaban animadamente entre vasos de Duralex.

En un rincón, el bigote inconfundible del sargento Cifuentes sobresalía por encima de una bandeja de aluminio casi vacía. Tenía un Ducados encendido en la mano izquierda y escuchaba a otros dos suboficiales.

Diana se detuvo en el umbral. Apretó el puño vendado contra la pernera del pantalón y se acercó.

—Sargento.

Las conversaciones en la mesa se apagaron poco a poco.

Cifuentes se giró despacio. Al reconocerla, la sorpresa dio paso a una irritación profunda.

—¿Qué cojones hace usted aquí? —preguntó, bajando la voz—. Hace apenas cuatro horas tenía un gotero enchufado. Le di una baja médica.

—Mi sargento, tengo información urgente —dijo ella, manteniendo la espalda recta—. Tengo la matrícula completa de la furgoneta.

Uno de los hombres de la mesa soltó una risa nasal.

—Eso es jurisdicción de Tráfico. ¿No os enseñan a delegar en la academia?

Cifuentes observó a sus compañeros un segundo, cerrando los ojos con fastidio. Luego clavó la mirada en Diana y se puso en pie.

—Vaya a mi despacho —le ordenó—. Ahora voy yo.

Dos minutos más tarde, la puerta del despacho de Cifuentes se cerró con un chasquido sordo. El sargento tomó asiento tras su mesa metálica. Diana permaneció en posición firme.

—Sabe muy bien que tuvo mucha suerte al ser destinada a Barcelona —empezó él, frotándose la sien como si le doliera la cabeza—. Se hicieron excepciones en las pruebas físicas por las Olimpiadas para inflar los números. Se supone que usted debe estar descansando. ¿A qué ha venido?

Diana sacó la hoja del bloc de notas del bolsillo y la dejó sobre la mesa.

—La matrícula: B-1947-NN. La apunté en cuanto la recordé, repasando los hechos.

Cifuentes miró el papel sin hacer amago de tocarlo.

—Bien. Ya está entregada. Puede irse.

Diana rompió la postura de firmes, incapaz de ocultar su incredulidad.

—¿Eso es todo? ¿No va a dar parte por radio? Tenemos la matrícula de los secuestradores de un niño.

—Siéntese —la cortó él, con un golpe de voz que no admitía réplica.

Ella obedeció.

—¿Ha oído hablar de la familia O'Connor? —preguntó Cifuentes.

El corazón de Diana dio un vuelco. La imagen de Montse llorando en el sofá y de Patrick echándola de la casa se le apareció. Abrió la boca, pero antes de que pudiera responder con un «no», su sargento continuó.

—Alta burguesía catalana. La hija está casada con un empresario extranjero; su hijo es el secuestrado. El comandante en jefe me llamó esta mañana. —Cifuentes se reclinó en la silla, entrelazando los dedos—. Anoche recibieron la primera llamada de los secuestradores. Dejaron claro que, si ven un solo uniforme, devolverán al crío en una bolsa de plástico. Hay órdenes estrictas: Barcelona no puede permitirse un escándalo mediático a dos semanas de los Juegos. Así que la familia negocia y nosotros nos mantenemos al margen.

—¿Van a dejar que unos secuestradores decidan el protocolo? —preguntó Diana, sintiendo que le faltaba el aire.

—Vamos a dejar que el niño viva —replicó él con frialdad—. Estamos todos muy tensos, Valenti. Si esto sale mal, vendrán las

comisiones de investigación y rodarán cabezas. Así funciona esto. Su deber ahora mismo es el silencio absoluto. Ha cumplido con su trabajo. Yo confío en mis mandos. Usted debería confiar en mí.

Diana apretó los labios, como si tratara de tragarse una gran bola. Se puso en pie y se cuadró ante su superior.

—Por supuesto, mi sargento.

Cifuentes apagó el cigarrillo aplastándolo sin piedad en el cenicero de cristal.

—Buena chica. Ahora vuelva a casa.

Diana salió del despacho. Al cerrar la puerta, un mareo repentino la obligó a sentarse en una de las sillas del pasillo. Las paredes grises le parecieron más estrechas que antes.

—¿Estás bien? —preguntó una voz a su lado.

Alzó la vista. Era Rivas, un cabo de automovilismo que a veces le cedía el turno de la cafetera. Tenía una carpeta bajo el brazo y la miró de arriba abajo.

—Estoy bien.

Él miró el chichón de su sien, luego la puerta de Cifuentes, y negó con la cabeza.

—Te estás jugando demasiado, Valenti. Llevas medio día de baja y ya vienes a discutir con el sargento por un parte rutinario. No sé qué viste en ese aparcamiento, pero no merece la pena quemarse. Ellos siempre encuentran la forma de que los cabezas de turco seamos los de abajo. Si Cifuentes te dice que vayas a casa, vete a casa.

Diana se separó de la pared despacio. La decepción que sentía se convertía en una rabia helada.

—Agradezco el consejo, Rivas —respondió ella con calma—. ¿Sabes si la Jefatura de Tráfico sigue abierta?

El cabo parpadeó, descolocado por la pregunta.

—Eh... creo que sí, pero cierran a las dos. Si pasas ahora, no hagas cola. Pregunta por Manolo del registro, es de mi promoción. Dile que vas de mi parte.

Diana asintió.

—Gracias, Rivas.

Salió de la comandancia a la luz cegadora del mediodía. Rivas tenía razón: estaba a punto de echar a perder su carrera y ni siquiera había empezado. Pero la matrícula seguía en su bolsillo. La institución había dado un paso atrás por miedo, y el padre parecía tener sus propios intereses. La única persona que buscaba a aquel niño era ella.

11

13:31

Tras un infierno de atascos, Diana logró aparcar el Seat Panda cerca del edificio de la Jefatura Provincial de Tráfico en la Gran Vía de les Corts Catalanes, conocido popularmente como «La Campana». La sede bullía de colas de gente y resoplidos de frustración. Al ver su uniforme verde y el chichón en la frente, el guardia de seguridad asintió y la dejó pasar, evitándole la fila.

Diana se ajustó la guerrera y se acercó a la ventanilla de registro.

Un funcionario gordo, con la camisa amarillenta por el sudor y una mancha de nicotina en los dedos, la miró con desgana.

—Usted dirá.

—Necesito el titular de esta matrícula —dijo ella, deslizando una hoja de su bloc por la pequeña abertura del cristal.

El hombre miró el número y luego a ella.

—¿Tiene el oficio?

Diana sacó su placa y la apoyó contra el cristal.

—Tengo prisa.

—Todos tienen prisa. ¿Dónde está la orden de su unidad?

—Están redactando la diligencia ahora mismo en la comandancia —mintió, con voz calmada pero firme—. Si espero a que el comandante firme el oficio y lo envíe por fax mañana, el vehículo que rastreo estará en otra provincia.

—Sin oficio, no hay papel. Y tengo faena para dar y repartir.

Diana se tomó un segundo.

Apoyó los codos en el mostrador, acercándose al cristal.

—Mire..., sé que está hasta arriba. Yo también. Estamos todos doblando turnos por la seguridad de las Olimpiadas. Si me voy ahora sin ese nombre, mi sargento llamará a su director provincial. Se generarán tres oficios, me harán volver mañana a primera hora, usted tendrá que buscarlo igualmente y los dos perderemos una hora de vida.

El funcionario detuvo el bolígrafo.

—Búsqueme la matrícula —insistió Diana en voz baja—. Apunto el nombre en mi libreta, me voy por donde he venido y mañana le mandan el oficio por fax para que lo archive tranquilo.

Tras un breve silencio, el hombre bufó, resignado, y arrastró un grueso tomo de registro hacia sí.

—Dígame la matrícula otra vez.

Diana contuvo una punzada de alivio.

—B-1947-NN.

El hombre recorrió con el dedo la lista interminable de caracteres mecanografiados hasta detenerse en una línea.

—No es un particular —anunció.

Diana alzó la vista.

—¿Cómo que no?

—Es una empresa de alquiler. De esas que dan servicio a los guiris.

Cogió un papel y anotó tres líneas con letra torpe:

TITULAR: Transfer Catalunya, S.A.

DOMICILIO: Camino del Remolar, s/n – El Prat de Llobregat

VEHÍCULO: Peugeot 405 blanco /

Matrícula B-1947-NN

—¿Algún historial raro? —preguntó ella.

El funcionario miró otra columna, arrastrando el dedo manchado de nicotina por el registro.

—Un par de multas de aparcamiento. Y un anexo de uso de suelo. Como no todos los coches caben en su nave del aeropuerto, AeroRent tiene alquiladas parcelas traseras en las naves del polígono

Mas Blau para el excedente. Es una campa de tierra, nada del otro mundo. Diana anotó los números de las naves en su libreta, la dobló y la guardó en el bolsillo del uniforme.

—Gracias.

Salió de la jefatura con el pulso acelerado. Si daba parte oficial de aquello, Cifuentes o quien correspondiera llamaría a la empresa de alquiler para pedir los registros del conductor. La empresa avisaría al cliente. Y si el secuestrador seguía libre, desaparecería con el niño antes del anochecer.

La institución le había dado la espalda al caso. No podía confiar en el sistema. Tenía que ir ella misma.

12

18:20

CHRISTIAN BAJÓ a recepción con su maleta de cabina. Se había cambiado de ropa y llevaba unos pantalones chinos de corte impecable, una camisa clara con los primeros botones desabrochados y una chaqueta de lino. En pleno mes de julio en Barcelona, el uniforme de tripulante llamaba demasiado la atención. Además, prefería vestir bien, pues la elegancia y el lujo siempre habían sido un buen escudo.

Arrastró la maleta hasta el ascensor. Entró, pulsó el botón de la planta baja y respiró hondo el perfume impregnado en su muñeca: *Christian No. 1*.

Entregó la llave de la 512, pero su vuelo no salía hasta las nueve de la noche. No tenía ganas de sentarse en la terminal de El Prat a comerse un sándwich, así que cruzó el vestíbulo hacia el restaurante del hotel Majestic.

El comedor era elegante, sin ostentación. Madera oscura, luces cálidas y un murmullo suave. Pidió una mesa cerca de la cristalera, no por las vistas del paseo de Gracia, sino porque le permitía vigilar la sala entera a través de su reflejo. Era una vieja costumbre, una forma de no dar nunca del todo la espalda.

Unas mesas más adelante había un grupo de hombres compartiendo una amena charla, riendo en inglés. Por las

acreditaciones que colgaban de sus cuellos y las libretas sobre el mantel, era evidente que eran periodistas de algún rotativo americano enviados a cubrir las Olimpiadas. Una profesión muy interesante, pensó Christian.

Cuando llegó el camarero, eligió un arroz caldoso de bogavante servido en cazuela de barro, y de postre pidió crema catalana. Le recordó al *custard* inglés de su infancia, aunque era más suave y delicada, con un ligero toque amargo del azúcar quemado en la superficie que le resultó delicioso.

Había bebido solo una copa de vino. Pero cuando el camarero llegó con la cuenta, Christian llevaba diez minutos mirando el vaso vacío, debatiéndose si pedir una segunda era debilidad o simple honestidad. McCabe le había dicho una vez que los informantes que se mentían a sí mismos eran los más peligrosos. Christian se negaba a admitirlo, pero en el fondo lo sabía por qué medía cada gota que bebía y cada paso que daba: le aterraba descubrir que llevaba en la sangre la misma inestabilidad que mantenía a su madre recluida en una clínica de Royal Tunbridge Wells.

Habían pasado dos años desde que aceptó trabajar para McCabe. Dos años de intenso entrenamiento y misiones discretas como informante, infiltrándose como tripulante de cabina en vuelos privados y de British Airways. Ya no era solo el chico rebelde que se perdía en las noches del Soho londinense buscando problemas. En 1992, ser abiertamente homosexual y no disculparse por ello era un arma de doble filo, y Christian lo sabía bien cada vez que sonreía, como si el mundo le perteneciera.

Desafiar expectativas había sido casi un hábito para él desde adolescente. Había aprendido a observar sin ser visto, a recopilar y memorizar información, a manipular y seducir cuando convenía. Pero empezaba a cansarse de ser solo un peón en un tablero que no entendía.

Es un informante, Christian. Nada más.

Las palabras de su jefe le seguían zumbando en la cabeza. Miró su copa vacía. Estuvo tentado de pedir otra, desafiando sus propias reglas, pero se contuvo. Sabía que debía pagar, irse al aeropuerto y volver a casa.

El camarero regresó y lo sacó de sus pensamientos. Sostenía una pequeña bandeja de plata con la cuenta y un sobre encima.

—Señor Vinther... —dudó un segundo, lo justo para que Christian captara la anomalía—. En recepción me han pedido que le entregue esto. Lo dejaron anoche en su casillero y olvidaron dárselo al hacer la salida.

Él miró fijamente el sobre. Era pequeño, del tamaño de una postal. No llevaba remitente ni sello. Solo el número de habitación y su nombre escritos a mano.

Room 512, Christian Vinther.

—¿Está seguro? —preguntó.

—¿Ve? Tiene escrito el número y su nombre.

Christian acercó la mano despacio.

—¿Quién lo dejó?

El camarero se encogió de hombros.

—No sabría decirle. ¿Quiere que pregunte en conserjería?

Christian echó un vistazo al comedor a través del cristal. Los periodistas americanos ya no estaban y aquel sector se había quedado vacío. Nadie parecía prestarle atención.

—No será necesario, gracias.

Esperó a que el camarero se alejara antes de cogerlo. Introdujo un dedo en la solapa y rasgó el papel. Para su sorpresa, dentro encontró una foto Polaroid: una furgoneta blanca aparcada frente a una verja de malla y un muro de chapa.

Sin más contexto. Sin más lógica.

Le dio la vuelta a la imagen. En el reverso había cuatro palabras garabateadas en inglés:

Come collect your shite.

«Ven a recoger tu mierda».

El estómago se le hundió como si le hubieran pegado un puñetazo. La incredulidad y la confusión se mezclaron a partes iguales. Tardó dos, quizá tres segundos en recordar cómo respirar.

Co-me co-llect your-shite.

No entendía el mensaje exacto, pero reconocía el acento oculto entre esas letras. Un americano habría escrito *pick up your shit*. Un británico, quizá, *pick up your rubbish*.

Pero *shite*... eso olía a los barrios católicos de Belfast.

Se levantó, dejó unos billetes en la mesa y se dirigió a recepción. A mitad de camino, se dio cuenta de que iba con las manos vacías: había olvidado la maleta. Volvió sobre sus pasos, la agarró con fuerza y caminó decidido. La sensación de estar expuesto, vigilado, le recorrió la espalda como un escalofrío.

Tenía que comunicarse con McCabe urgentemente.

Al llegar a recepción, se dirigió al mostrador de conserjería sin disimulo y pidió utilizar un teléfono.

Puso la foto sobre el mármol y, a la intensa luz de las lámparas, examinó la imagen de nuevo. Había tres detalles clave: una matrícula que empezaba por la letra B, un prefijo telefónico 93 en el lateral del vehículo y las letras *Trans*—, pues el encuadre cortaba el resto del nombre de la empresa de alquiler.

La matrícula y el prefijo eran de Barcelona. La empresa, por supuesto, también lo sería. Fuese quien fuese el que había dejado esa foto, se lo ponía demasiado fácil. Era un cebo.

Marcó el número de emergencia de McCabe y apoyó la espalda contra la pared, vigilando que nadie se acercara. Al segundo tono, la línea conectó.

—*Good afternoon, Ashcroft & Sons* —respondió la voz suave de la operadora de la tapadera en Londres.

Christian abrió la boca, pero antes de decir nada, colgó.

Su mirada se desvió hacia el recepcionista, que en ese momento atendía a una pareja de turistas alemanes. Tenía abierto un mapa sobre el mostrador y les daba indicaciones, marcando una ruta con un bolígrafo.

Se le ocurrió una idea. Una excusa.

Si llamaba a McCabe, su jefe le diría, una vez más, que él era solo un chico de los recados, sin derecho a hacer preguntas. Le ordenaría subirse a ese avión pasara lo que pasara.

Pero los de Belfast le habían dejado ese mensaje a él. A Christian Vinther.

Cuando el recepcionista de rostro afable se quedó solo, Christian se acercó y apoyó los nudillos en el mármol.

—Disculpe —dijo, sacando la Polaroid y tapando el reverso con el pulgar—. ¿Le suena este lugar?

El hombre acercó la foto a la lámpara del mostrador y ladeó la cabeza.

—Parece un polígono industrial de las afueras.

—¿Y esta empresa? —Christian señaló las letras *Trans*.

El recepcionista se encogió de hombros.

—Podría ser Transportes, Transval, TransMaresme... Hay docenas en la provincia. Con las obras de los Juegos, todas han comprado furgonetas blancas idénticas. Lo siento, no sabría decirle.

Él asintió, decepcionado, y guardó la imagen en el bolsillo interior de su chaqueta.

—Pero lo que sí puedo sugerirle —lo detuvo el recepcionista, inclinándose hacia él— es que hable con los taxistas que hacen parada en la puerta. Ellos se pasan el día entero en los polígonos. Quizá alguno reconozca la valla o el prefijo de la empresa.

Christian le dio las gracias con una sonrisa que no le llegó a los ojos y pidió que cancelaran su salida para quedarse una noche más.

Subió de nuevo a la 512, dejó la maleta sobre la cama individual y

volvió a salir a la calle.

Se había hecho de noche. Hacía ya un rato que su avión había despegado rumbo a Londres sin él.

La noche de Barcelona era pegajosa y vibraba con el tráfico constante del paseo de Gracia. Iba a buscar esa «mierda» que le habían dejado. Si McCabe ocultaba algo sobre lo que había pasado con su contacto, solo había una forma de saberlo: verlo con sus propios ojos.

13

21:54

AL SALIR de la marquesina del Majestic, la noche de Barcelona lo envolvió. Junto a la acera, tres taxis esperaban alineados, con las luces verdes de *lliure* encendidas. El primer taxista era un hombre mayor, de bigote poblado y camisa arremangada. Levantó con desgana la vista del periódico que leía.

—*Good evening... excuse me* —dijo Christian, inclinándose hacia la ventanilla abierta. Le mostró la foto Polaroid, tapando la frase del reverso—. ¿Conoce este lugar?

—No inglés, señor —dijo el hombre, negando con la cabeza y apartando la foto.

Christian no insistió y pasó al siguiente. Un conductor joven, moreno, fumaba apoyado en la puerta con la radio sintonizada en Los 40 Principales.

—*Good evening. English?*

—No... lo siento.

Christian le enseñó la Polaroid de todos modos. El joven se inclinó para verla a través del humo del cigarro, pero se encogió de hombros y le devolvió una mirada de disculpa.

Quizá McCabe tenía razón y se metía en un callejón sin salida.

Mientras guardaba la foto en la chaqueta, una voz fuerte y grave a su derecha lo detuvo.

—*Maybe I help.*

El tercer taxista acababa de bajar la ventanilla del Renault 25. Era un hombre de rostro enjuto y acento duro, del este de Europa.

Christian se acercó rápidamente y le entregó la foto. Si el tercero tampoco reconocía nada, se habría quedado sin opciones.

El hombre la acercó tanto a la luz amarillenta del plafón del coche que la esquina empezó a doblarse. Christian contuvo el impulso de quitársela de las manos.

El taxista entrecerró los ojos y negó despacio.

—*Not the van...* —murmuró—. *...the wall. Look. Behind.* ¿Ve? Aquí, este cartel... roto.

Christian se inclinó sobre la foto, acercándose al cristal del coche. Detrás de la furgoneta blanca, pegado al muro desconchado de chapa ondulada, había un rótulo cubierto de óxido del que solo sobrevivían tres letras: «NAV» y, debajo, apenas visible por el contraste del flash de la cámara: 12.

—Nave 12 —leyó el taxista en español, como si pronunciara una evidencia—. Yo trabajaba en la zona. Hace cuatro años descargaba camiones en el polígono de Mas Blau para una empresa de paquetería.

—¿Está muy lejos de aquí?

El taxista asintió despacio y le devolvió la imagen.

—Se lo he dicho: polígono Mas Blau, cerca del aeropuerto de El Prat. Antes de conducir el taxi, yo repartía por esa zona. En mi país decimos: si el ladrillo es el mismo, el lugar también. No al cien por cien, pero sí a un ochenta.

—Me basta un ochenta por ciento —dijo Christian sin entender muy bien el comentario—. Lléveme.

Abrió la puerta trasera y entró con prisa. El motor del Renault 25 vibró y el vehículo abandonó el paseo de Gracia, enfilando hacia la Gran Vía en dirección sur.

—¿De visita por Barcelona? —preguntó al cabo de unos minutos, buscando conversación a través del espejo retrovisor—. ¿Trabajo o placer?

—Trabajo —improvisó él, mirando por la ventana—. Periodista.

—Ah, claro. Las Olimpiadas. Locura total. —El taxista se rio con una carcajada ruda—. Yo soy de Budapest. La noche en el centro ahora es una fiesta constante, pero en los polígonos del sur... esa es otra historia. Allí no hay luces olímpicas, amigo. Solo naves cerradas, putas en las rotondas y perros de guarda.

Christian no entró en la conversación. Rozaba la Polaroid entre sus dedos mientras miraba por la ventanilla el paisaje urbano que se diluía rápidamente, sustituido por tramos oscuros y guardarraíles. La autovía hacia el aeropuerto estaba casi vacía a aquella hora de la noche. Se mantenía sereno mientras se repetía que todo aquello era demasiado fácil. Quienquiera que le mandara la Polaroid lo hizo para que no le resultara difícil llegar allí.

—Estamos cerca —anunció el conductor un cuarto de hora después.

Dejaron atrás la última gran rotonda iluminada y entraron en un entramado de calles anchas y rectas, con más polvo que asfalto. A ambos lados comenzaron a perfilarse gigantescas moles industriales con vallados metálicos altos y oscuridad absoluta.

Christian se desabrochó el primer botón de la camisa y miró por la ventanilla.

El taxista redujo la velocidad a menos de veinte, escudriñando las sombras.

—Nave 12 —murmuró el hombre, señalando hacia el fondo de una callejuela sin salida, de tierra y grava, sin farolas—. Cuando usted quiera, paro. Pero tenga cuidado. De noche, la policía nunca pasa por aquí.

—Déjeme en la próxima esquina.

El taxi se detuvo bajo el único poste de luz que funcionaba en todo el cruce, proyectando un círculo pálido sobre el suelo.

Christian pagó con dos billetes, dejó una propina generosa y abrió la puerta.

—Periodista... ¿Me espero? —preguntó el húngaro, extrañado por la desolación del lugar—. Por aquí no pasan autobuses. ¿Cómo va a volver al centro?

Él observó las naves vacías. Estuvo tentado de decirle que sí, para asegurarse una vía rápida de escape, pero fuera lo que fuera

que los de Belfast hubieran dejado en aquella furgoneta para él, necesitaba que no hubiera testigos inocentes alrededor.

—Me recoge un coche de prensa de mi periódico en la nave de arriba —mintió con frialdad—. Gracias.

El taxista no parecía muy convencido, pero se encogió de hombros ante el dinero en su mano.

—Buenas noches, entonces.

El taxi se alejó despacio, casi con cautela, hasta que sus luces rojas de freno desaparecieron tras la rotonda, dejando que el sonido del motor diésel fuera engullido por el polígono.

Se quedó solo.

El silencio allí tenía un grosor extraño, casi físico. Una oscuridad que parecía absorber el calor del asfalto en lugar de reflejarlo. A lo lejos, el rugido apagado de un avión maniobrando en las pistas de El Prat le sirvió de orientación.

No llevaba armas. McCabe nunca permitía que sus mensajeros volaran armados, y las aduanas olímpicas eran un muro infranqueable. Todo lo que tenía era su intuición y sus manos.

Se desabrochó otro botón de la camisa como si así tuviera mayor libertad de movimiento, cerró los dedos hasta formar dos puños tensos, y comenzó a caminar.

14

22:29

El polígono de Mas Blau engulló a Christian en cuanto el taxi desapareció. Era un entramado de calles inmensas pensadas para camiones de doce ruedas, pero a aquellas horas estaba desierto. No había farolas, solo focos industriales pegados a las fachadas que teñían la grava de un naranja sucio. Algunas parcelas seguían en obras por las ampliaciones de los Juegos con montañas de tierra flanqueadas por vallas dobladas.

Caminó por el centro del asfalto hasta doblar la esquina que le había indicado el taxista. Al fondo de una callejuela sin salida, la estructura de la Nave 12 se recortaba contra el cielo sin estrellas.

Y allí estaba. La furgoneta blanca de la fotografía.

Christian se detuvo. El estómago se le tensó como si hubiera tragado cristal molido.

El vehículo estaba aparcado con un ángulo extraño. La nariz apuntaba directamente hacia la salida, lista para huir, mientras que la parte trasera estaba empotrada casi contra la valla de malla, ocultando las puertas desde la avenida principal. Era un punto ciego perfecto, elegido por alguien metódico.

Se acercó pisando donde la grava estaba más compacta para no hacer ruido.

Acercó el dorso de la mano izquierda al capó de chapa. Estaba completamente frío. Llevaba horas allí parada. Ni rastro de calor del motor, ni olor a tubo de escape.

Rodeó el vehículo, alerta a cualquier sonido, pero solo lo acompañaba el ladrido ahogado de un perro guardián tres naves más abajo. Se fijó en la carrocería lateral y vio la abolladura en media luna.

Asomó el rostro a la ventanilla del copiloto. A través del polvo del cristal vio los asientos vacíos, el vinilo gris agrietado y un mapa de carreteras de Cataluña tirado en el suelo de goma. Nadie.

Rodeó la parte trasera. Estaba tan pegada al muro que tuvo que ponerse de perfil para deslizarse por el hueco.

Al acercar el rostro a la rendija de las dos puertas traseras batientes, algo lo golpeó.

Un olor. Denso, dulzón y oxidado.

Sangre seca. Y mucha.

Las órdenes de McCabe habían sido claras: *Sube a ese avión. Eres un informante, Christian. Nada más.* Si daba media vuelta y volvía al aeropuerto sin saber qué había pasado, su jefe lo cortaría del mapa para siempre. Pero si abría esas puertas y averiguaba qué le había pasado a la conexión de Barcelona, demostraría que era mucho más que un simple chico de los recados.

Se envolvió los dedos con un pañuelo de tela que sacó del bolsillo y agarró la manilla trasera. El seguro estaba sin echar. La puerta cedió con un gemido metálico.

El interior de la caja de carga estaba a oscuras. El olor a óxido y vísceras se volvió físico, obligándole a respirar por la boca.

Trepó al interior, rozando el techo de chapa con la cabeza. La luz naranja que se filtraba desde el callejón iluminó un bulto en el suelo, bajo una lona industrial sucia.

Christian agarró el extremo de la tela con el pañuelo y tiró de ella despacio.

El cuerpo de un hombre apareció bajo la luz tenue. Tenía un agujero ennegrecido en la sien derecha. El disparo había sido a quemarropa. La piel cetrina y la rigidez de los músculos del cuello le

dijeron a Christian que llevaba muerto desde el día anterior. Los ojos abiertos y vacíos miraban fijamente al techo de forma grotesca.

De repente, las palabras de la foto polaroid cobraron todo el sentido del mundo.

Come collect your shite. Ven a recoger tu mierda.

La «mierda» era la conexión que nunca se presentó en el aeropuerto.

Contuvo una arcada y dejó caer la lona de nuevo, pero algo asomando en el bolsillo de la chaqueta del muerto lo detuvo. Se agachó y tiró de una funda de plástico transparente. Era un pasaporte de cubierta verde oscuro con un arpa dorada estampada. República de Irlanda.

Se guardó el pasaporte en el bolsillo interior de la chaqueta. Cuando se disponía a salir para buscar una cabina telefónica, el sonido de unos neumáticos triturando la grava del exterior lo paralizó.

Se quedó quieto en la oscuridad de la caja de carga. Tenía las puertas traseras abiertas de par en par; si saltaba, lo verían inmediatamente. Si se quedaba dentro, estaba acorralado sin un arma con la que defenderse. El silencio volvió a caer, pero era un silencio denso. Alguien estaba caminando ahí fuera.

15

22:34

Diana detuvo su Seat Panda al fondo de un callejón sin salida, con las manos apretando el volante. El aire de la noche barcelonesa entraba por la ventanilla, cargado de humedad y olor a queroseno. Llevaba casi una hora recorriendo el polígono de Mas Blau, guiándose por intuición en aquel laberinto de naves cerradas y focos industriales que teñían la grava de un naranja sucio.

Y entonces lo vio.

Aparcada en una esquina, oculta tras una verja de malla metálica, estaba la furgoneta blanca. La matrícula trasera reflejó la luz: B-1947-NN.

Una sensación de frío irreal le bajó por la nuca. La había encontrado.

Según los manuales de la academia, la opción lógica era buscar un teléfono público, solicitar refuerzos y establecer vigilancia. Pero si llamaba a comandancia, Cifuentes la apartaría al instante. ¿Qué pasaría si el niño estuviera ahí dentro, asfixiándose, mientras sus superiores discutían sobre la jurisdicción para encubrirlo todo?

Apagó el motor. La oscuridad se tragó el interior de su coche. Salió con sigilo, cerrando la puerta con suavidad. Sus botas apenas crujieron sobre la gravilla. Un perro ladró a lo lejos, en otra nave.

Diana deslizó la mano hacia su cadera y desabrochó la funda. Sacó su arma y el contacto del acero la ancló al presente. Se pegó a la pared de la nave y avanzó hacia la parte trasera de la furgoneta, agudizando el oído.

Notó algo que la paralizó en seco.

Las puertas traseras estaban abiertas. Alguien estaba ahí. Agarró la linterna con la mano izquierda vendada, manteniendo el arma lista en la derecha. Su visión se redujo a un túnel. Contuvo el aliento y se preparó para asaltar la oscuridad.

16

22:39

CHRISTIAN SE QUEDÓ QUIETO. Se hallaba acorralado en una caja de chapa, sin arma y con las puertas abiertas. Tenía que huir hacia la oscuridad. Se agachó, preparándose para saltar a la desesperada.

Pero en cuanto asomó los hombros fuera de la furgoneta, un haz de luz blanca y cegadora barrió la noche, inmovilizándolo al instante.

—¡Guardia Civil! ¡Quieto ahí! —bramó una voz de mujer desde la negrura.

La mujer añadió algo más rápido y tajante, pero Christian, que no entendía español, no pudo comprenderla. Levantó las manos vacías a la altura de los ojos, parpadeando contra la luz. En su segundo día en Barcelona, se encontraba atrapado en una furgoneta robada, desarmado y con un cadáver a sus pies.

—*I don't speak Spanish*. *Please... don't shoot.*

—*Don't move*.

La linterna bajó lo justo para dejar de cegarlo y reveló a una joven agente de la Guardia Civil con el uniforme verde arrugado.

—*You speak English?* —preguntó ella con un acento británico impecable.

Era más joven de lo que Christian habría esperado para una operación táctica. Aun así, sostenía una arma con la firmeza de un veterano.

Él asintió despacio.

—Baje la linterna, por favor —pidió con calma—. Me está quemando las retinas.

—Mantenga las manos donde pueda verlas y baje de inmediato —ordenó ella.

Él obedeció y saltó a la grava del callejón. Observó el perímetro de reojo. Ella estaba sola.

—Daba un paseo y me desorienté —improvisó—. Estoy de visita por Barcelona.

Ella no respondió. En su lugar, movió la linterna y apuntó al interior de la furgoneta. El haz de luz cortó las sombras de la caja de carga hasta detenerse sobre la lona industrial.

Todavía apuntando al pecho de Christian, avanzó un paso y usó la linterna para apartar la esquina de la lona. El rostro del cadáver quedó expuesto: pálido, rígido, con el agujero de la sien negro como el carbón.

—*Jesus Christ*... —susurró, dando un respingo.

El cañón del arma tembló un milímetro. Christian retrocedió antes de poder pensarlo.

—¡Quieto! —La agente volvió a levantar el arma—. ¡Ni un paso más! ¿Me oyes?

—No me muevo —dijo él, levantando las palmas un poco más—. Pero míralo: la rigidez y el color de la piel. Lleva muchas horas muerto.

Ella tragó saliva sin dejar de apuntarle.

—¿Eres médico?

—No. Leo mucho.

Hubo un segundo de silencio denso, solo roto por el rugido lejano de un avión que aterrizaba en El Prat. Christian contuvo la respiración. En los ojos de la agente, vio reflejada una mezcla de duda y curiosidad.

—Entonces —preguntó él—, ¿qué harás conmigo, agente?

—Esperar a que lleguen mis refuerzos.

Christian ladeó la cabeza. Observó la brecha amarillenta en la frente de la chica, los nudillos vendados y la ausencia de equipo de comunicaciones.

—Mal plan —replicó él con suavidad—. Si ellos llegan, tú pierdes.

—¿Cómo dices?

—Venías buscando esta furgoneta, ¿verdad? Pero no estás de servicio. No llevas radio. No has pedido refuerzos a nadie.

Ella apretó la mandíbula tan fuerte que Christian creyó oír un crujido.

—¿Dónde está el niño? —soltó la agente de golpe.

—¿Qué niño?

—No te hagas el inocente —dijo, dando un paso al frente hasta que el arma estuvo a medio metro de su pecho—. Ayer secuestraron a un niño de once años. Yo estuve allí. Se lo llevaron en esta furgoneta. Y ahora tú estás aquí, dentro, con un cadáver, ¿dando un paseo?

Christian la observó en silencio. El puzle acababa de dar un giro violento. Las palabras de McCabe resonaron en su cabeza: *Su misión ha terminado. Vuelva a Londres.*

No le habían contado lo del secuestro.

—No sé de qué niño me hablas —respondió él—. Pero si me cuentas qué pasó, quizá podamos ayudarnos.

—¿Ayudarnos? ¿Me tomas el pelo?

Él respiró hondo. Necesitaba una historia creíble que justificara su ignorancia.

—Trabajo por libre. Consigo contactos y muevo información para periódicos de Londres. Soy un *fixer*.

—¿Un intermediario?

—Es legal y no hago preguntas. El hombre muerto ahí dentro era mi contacto. Tenía algo para mí. Algo que debía llevar a Londres ayer, pero no apareció.

—¿El qué?

—No lo sé. Es parte del trabajo no preguntar.

—No me jodas. ¿Y cómo has encontrado esta furgoneta a oscuras en mitad de un polígono si no sabes nada?

Christian metió la mano en el bolsillo con una lentitud calculada e hizo una pausa para que ella no disparara.

—¿Puedo?

Ella asintió, tensa. Christian sacó la foto Polaroid y se la tendió. Ella la tomó con dos dedos, la iluminó y comprobó el fondo de chapa desconchada de la Nave 12.

—Quienquiera que matara a mi contacto y se llevara a ese niño quiso que yo lo encontrara —explicó Christian—. Me dejaron esto en el hotel.

La agente miró la foto, luego el cadáver, y bajó la linterna un instante, como si la situación la abrumara.

—Bien, señor intermediario. Tendrás que explicarle todo esto a mi sargento en la comandancia.

—No —dijo Christian, dando un paso hacia ella—. Eso sería un error catastrófico.

—No des ni un paso más.

—He visto esto antes —continuó él, suavizando la voz—. Los secuestradores siempre ponen condiciones: «Si vemos a la policía, el niño muere». Ejecutaron a mi contacto no porque supiera dónde estaba el menor, sino para cortar el rastro y evitar que yo hiciera preguntas incómodas. Si das el aviso y este lugar se llena de patrullas, quienquiera que vigile a ese niño sabrá que el pacto se ha roto y lo matarán.

La agente miró el cadáver en la furgoneta. Miró la Polaroid en su mano. Luego clavó los ojos en Christian. Suspiró y bajó el arma.

—¿Cómo te llamas?

—Christian Vinther.

—Christian —repitió ella—. Si intentas engañarme, te prometo que no fallaré el tiro. ¿Entendido?

Él sonrió con cautela.

—Entendido. Hay algo que me muero de curiosidad por saber: tu acento en inglés. No puedo creerme que lo aprendieras en el colegio.

—Mi abuela materna es de Gales. Es una larga historia. ¿Y cómo llegaste hasta el polígono?

—En taxi. Lo mandé de vuelta.

La agente resopló.

—¿Y pensabas volver andando al centro?

—Me guié por el instinto. Aún no me has dicho cómo te llamas.

—Valenti. Diana Valenti.

Christian notó cómo ella pasaba la linterna a su mano izquierda, tratando de ocultar el vendaje de los nudillos. Tenía golpes por todo el cuerpo, pero su voluntad era de titanio.

—¿Y ahora qué, Diana Valenti? No toques la furgoneta. Dudo que encuentres algo más que un olor persistente.

—Ahora nos vamos de aquí antes de que venga un coche patrulla de verdad —dijo ella, con tono práctico—. Mi coche está en la calle de al lado.

—¿Y el cadáver? —preguntó Christian, probándola.

—Tengo que dar un aviso a la central desde una cabina —murmuró para sí—. Es una escena del crimen.

—Si haces eso, condenas al niño a muerte —la cortó Christian.

—Puedo hacerlo de forma anónima. Sin decir mi nombre.

—No importa que la llamada sea anónima; lo que importa es quién responda. Si tu sargento sabe que esta matrícula se vincula al secuestro y, de repente, aparece un cadáver dentro, ¿quién crees que será la primera sospechosa de la filtración? Irá a por ti.

Diana lo miró, tensa.

Él no había terminado.

—Y lo que es peor —continuó, bajando la voz—: si la Guardia Civil acordona la nave esta noche, los secuestradores lo sabrán por la mañana. Asumirán que los padres han roto el trato.

Diana cerró los ojos un segundo. Christian notó cómo la respiración de la agente se aceleraba. Tenía que darle la razón a un desconocido extranjero, pero la lógica era aplastante. Aquel cadáver era una trampa mortal, y ella estaba a punto de caer por seguir el reglamento.

—El muerto se queda aquí —sentenció ella, abriendo los ojos con una dureza repentina—. El niño es mi prioridad. Y si mi institución no puede intervenir, necesito otra vía.

—Entonces nuestros caminos van en la misma dirección —dijo Christian, bajando las manos—. Quienquiera que secuestró a ese niño también mató a mi contacto.

—¿Y tú qué ganas con esto?

—Los documentos que mi informante traía consigo valen mucho dinero en Londres —fingió—. Yo quiero recuperar mi inversión, y tú, sola, no puedes encontrar a ese niño sin alertar a tus jefes.

Diana lo evaluó de arriba abajo.

Christian vio cómo sus ojos se estrechaban, procesando la información. Aceptar que él estaba allí por un puñado de billetes parecía tranquilizarla. La codicia era un idioma fácil de entender.

—Antes de decidir si trabajamos juntos o si te pongo las esposas, voy a comprobar que no me has mentido en nada. Dame tu pasaporte.

—¿Perdona?

—Tu pasaporte —repitió ella, extendiendo la mano vacía—. Quiero comprobar que me has dicho tu nombre verdadero. Voy a llevarte a tu hotel. Si la reserva coincide, si de verdad acabas de llegar de Londres, entonces hablaremos. Hasta ese momento, eres sospechoso de un homicidio.

Christian apretó los dientes. La agente era meticulosa.

Metió la mano en el bolsillo interior de la chaqueta, procurando no rozar el pasaporte irlandés del muerto que acababa de robar. Sacó el suyo propio, el británico, y se lo entregó.

Diana lo abrió, iluminándolo con la linterna.

—Christian Vinther. Veintisiete años.

—La flor de la vida —añadió él con ironía.

Ella se lo guardó en el bolsillo de la guerrera verde.

—Camina —ordenó, señalando hacia el final del callejón, donde la esperaba su coche.

Christian echó a andar por la grava oscura hacia la salida, con Diana caminando un par de pasos por detrás, manteniendo el arma cerca de su espalda. No eran amigos ni socios todavía. Sabía lo que era aquello: un pulso táctico. Estaba tranquilo. La prueba de fuego no sería el hotel. La verdadera prueba sería sobrevivir al viaje en coche con ella sin que descubriera cuánto más sabía de lo que aparentaba.

17

23:01

Diana conducía el pequeño Seat Panda con las manos rígidas sobre el volante, alejándose del polígono de Mas Blau. El interior del coche era tan pequeño que Christian tenía que encoger las piernas. Estar atrapado en aquella caja de cerillas azul celeste con una mujer armada y enfadada le provocaba una claustrofobia que nunca antes había sentido. La observaba de reojo, incómodo por no tener su pasaporte. Para un operativo internacional, perder su documentación era el equivalente a saltar de un avión sin paracaídas puesto que era su única garantía de vida.

—¿Tienes claro hacia dónde vamos? —preguntó él al cabo de unos minutos.

—A tu hotel —respondió ella sin apartar la vista de la carretera—. Quiero comprobar tu reserva. Quiero saber que eres quien dices ser.

Christian asintió con lentitud y se cruzó de brazos. El silencio cayó de nuevo entre ellos. Odiaba el silencio. Le daba a la gente demasiado tiempo para pensar. Necesitaba desequilibrarla un poco, sacarla de su modo táctico.

—Mi hermana murió cuando yo tenía once años —murmuró, mirando la oscuridad por la ventanilla—. Pensé en ella esta noche. Supongo que por asociación.

Diana pisó el freno involuntariamente, provocando un leve tirón antes de que el coche recuperara la velocidad. Lo miró de reojo.

Él no se giró. Había conseguido el efecto que buscaba.

—Esta mañana fui a la casa de los padres —confesó ella—. Me salté las órdenes de mis superiores y me presenté allí de uniforme. Una estupidez. Hablé con la madre, Montse. Está aterrorizada. Les han pedido doscientos millones de pesetas de rescate.

Christian alzó una ceja, procesando la cifra.

—Doscientos millones. ¿Y no quieren a la policía husmeando?

—Obvio. Si no encontramos a quien se ha llevado a ese niño, lo matará el silencio de sus propios padres.

—¿Eso piensas?

Diana giró un instante la cabeza.

—Así es —constató sin dejar espacio a la duda.

Él entendió entonces que la desesperación de la agente no venía solo del deber institucional, sino de una implicación personal que le quemaba por dentro.

—¿Y el padre? ¿Dónde estaba durante todo esto?

—Estaba allí —dijo ella, endureciendo el tono—. Apareció a mitad de la conversación y me gritó que me largara. Está a la defensiva, como si las autoridades fuéramos el enemigo. Supongo que están reuniendo el dinero por su cuenta.

—¿A qué se dedica para tener doscientos millones en efectivo y no querer a la ley cerca?

—Es empresario, supongo. Es irlandés, casado con una mujer catalana.

La sangre de Christian pareció detenerse en sus venas por una fracción de segundo.

Irlandés.

El eco de la palabra le golpeó con la fuerza de un martillo. Metió la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta y palpó a escondidas la cubierta verde del pasaporte del muerto. Un informante irlandés con un tiro en la cabeza y el hijo de un empresario irlandés secuestrado en la misma furgoneta. Las casualidades no existían en su mundo.

—¿Pasa algo? —preguntó Diana, notando su repentino silencio.

—No.

Ella asintió despacio poco convencida.

Entraron en Barcelona por la Gran Vía, y el Panda se detuvo pronto frente a la escalinata del hotel Majestic.

—Vamos —dijo ella, abriendo la puerta.

Subieron juntos la escalinata y cruzaron el lujoso vestíbulo. A esas horas de la madrugada, la recepción estaba vacía a excepción de un empleado. Christian lo reconoció de inmediato. Era el joven moreno de mirada felina que había subido a su habitación la tarde anterior y no había salido de la 512 hasta bien entrada la noche.

Su cuerpo se tensó, pero mantuvo las manos en los bolsillos, aparentando total normalidad.

Diana se acercó al mostrador, sacó su placa y habló en un español rápido y con tono oficial. Christian no entendía ni una palabra, pero la escena lo decía todo. Vio al recepcionista dar un respingo al ver la placa de la Guardia Civil. Luego, el joven miró a Christian, se sonrojó hasta las orejas y asintió con la cabeza.

Ella le hizo un par de preguntas más, con el tono incisivo de un interrogatorio policial. El pobre empleado sudó. Miró a Christian con pánico y soltó una retahíla de explicaciones en voz baja, moviendo nerviosamente las manos. Ella frunció el ceño. Escuchó al joven durante diez segundos interminables. La expresión dura de la agente se descompuso. Parpadeó un par de veces, sorprendida, y sus ojos pasaron del recepcionista a Christian.

—¿Qué? —preguntó él en inglés, con inocencia fingida—. ¿He pasado la prueba?

Diana volvió a mirar al recepcionista, que ahora clavaba la mirada en el teclado del ordenador, deseando desaparecer.

—Vamos —le dijo a Christian, señalando la puerta.

Caminaron en silencio de vuelta a la calle. Cuando estuvieron a solas bajo la marquesina, envueltos en el calor pegajoso, Diana se detuvo y le tendió el pasaporte.

—Aquí tienes. Supongo que estás limpio.

Christian cogió el documento, rozando con el pulgar el sello dorado de la corona británica, y se lo guardó. Su seguro de vida había vuelto.

—¿Qué te ha dicho? Parecía a punto de sufrir un infarto.

—Me ha confirmado que tienes una coartada de hierro para la hora del asesinato —dijo ella, cruzándose de brazos.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo estaba tan seguro de mi inocencia?

—Porque ha jurado por su vida que él mismo te subió una botella de vino a la habitación a las siete de la tarde... y no salió de tu cama hasta bien entrada la noche.

Christian fingió ajustarse los puños de la chaqueta con estudiada parsimonia. Sabía de qué habían hablado y disfrutaba en secreto de la incomodidad de la agente.

—El servicio de habitaciones de este país es extraordinario.

Diana negó con la cabeza. No se rio, pero la comisura de sus labios se torció en lo que Christian interpretó como una mezcla de incredulidad y alivio. Un asesino metódico no usaría sus horas críticas para seducir a un recepcionista de veintitantos años y dejar testigos vivos de su estupidez.

—Mañana temprano pasaré a buscarte —dijo ella, recuperando el tono profesional.

—¿No trabajas?

—Lo sabes bien, Christian Vinther. Estoy de baja forzada.

—Otra incongruencia en tu historia. ¿Cuál es el plan?

—Averiguar quién y cómo alquiló esa furgoneta. Iremos a la empresa de alquiler. Mantente localizable.

—Te esperaré con impaciencia —dijo él.

—¿Siempre eres tan gracioso, o es un mecanismo de defensa?

Él se encogió de hombros.

—Nunca se han quejado.

Ella cerró los ojos un instante y suspiró.

—Christian Vinther —enfatizó cada sílaba, guardando el nombre en su memoria.

—Diana Valenti —respondió él con un acento británico deliberadamente marcado—. Aún no me crees del todo.

—Ni un cinco por ciento —Diana se giró hacia la puerta del coche y lo miró una última vez—. Intenta no acostarte con nadie más de la plantilla esta noche. Necesito que mantengas la cabeza fría.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—*Good night*, Diana.

El Panda celeste se perdió entre las luces del paseo. Christian se quedó solo en la acera. En cuanto los faros traseros desaparecieron, la sonrisa se borró de su rostro como tiza bajo el agua. Se apresuró hacia el interior del hotel y subió a su lujosa habitación individual. Las palabras de Diana seguían martilleándole el cerebro.

El padre es irlandés.

Cerró la puerta de la habitación 512 con el codo y dejó la llave sobre el escritorio. Descolgó el teléfono de la mesilla y marcó el número de la empresa ficticia Ashcroft & Sons, siguiendo el estricto protocolo de la organización. Al segundo tono, escuchó la voz de su jefe.

—¿Ha llegado ya a Londres? —preguntó McCabe.

—Cambio de planes.

18

23:07

Jordi Casals aparcó su Mercedes blanco en el camino de grava de la familia O'Connor. Apagó el motor y se quedó un instante mirando su reflejo en el retrovisor. Se quitó la corbata, la arrojó al asiento del copiloto y se remangó la camisa de seda. Necesitaba aparentar tener el control. Patrick sabría qué hacer; Jordi, qué decir y Montse, qué creer. Era el papel que habían estado interpretando desde que los tres se conocieron en la universidad de Dublín, quince años atrás.

Sacó la llave y entró por la puerta trasera, desactivando la alarma por pura costumbre. El olor a ambientador de limón y rosas del vestíbulo le revolvió el estómago. Las voces subían de tono desde el salón. Discutían de nuevo. Jordi se detuvo frente a la puerta doble y la empujó. Montse estaba en el borde del sofá, con la pierna escayolada, apoyada con rigidez sobre un taburete. Patrick paseaba de un lado a otro sobre la alfombra persa. Pasaban de las once de la noche, e imaginó que Patrick ya iba por su enésimo vaso ancho con tres dedos de whisky. Tenía las cuencas de los ojos hundidas, la piel cetrina y la camisa arrugada, como si no se la hubiera cambiado desde el secuestro.

—Discutir entre vosotros no va a traer a Daniel de vuelta —dijo Jordi, avanzando hacia el interior.

La expresión de Montse se suavizó al verlo, como un náufrago que ve un tablón de madera. Patrick se detuvo en seco, miró el vaso y se lo bebió casi de un trago.

—¿Quieres uno? —le ofreció, con voz rasposa—. Te ayuda a apagar el ruido. Solo un rato, pero ayuda.

—No, gracias. ¿Alguna novedad?

—Hemos tenido visita esta mañana —escupió Patrick, señalando a su mujer con el vaso vacío—. La Guardia Civil ha venido a la puerta.

—Era la chica que presenció el secuestro —replicó Montse, con los ojos inyectados en sangre, pero con tono firme—. Solo quería contarme lo que vio.

Patrick caminó con paso pesado hacia el mueble bar. La botella de Terry tintineó contra el vaso mientras se servía otro trago.

—Nos lo dejaron muy claro por teléfono. Si las autoridades se involucran, no veremos a Daniel con vida. *Jesus Christ*. Como si no hubiera jodido ya suficientes cosas...

—¿A qué te refieres? —preguntó Montse, frunciendo el ceño.

—A que el niño estaba en ese aparcamiento esperándome por mi maldita culpa —le interrumpió él rápidamente, girándose con agresividad para ocultar su lapsus—. Por mi culpa. Y ahora tú traes a una guardia civil al salón.

—¡No la he traído yo! —estalló ella—. Le expliqué por qué esperabas en el aparcamiento en lugar de subir a la terminal. Por mi pierna rota, habías empezado con esa estúpida rutina. ¿Acaso es un secreto de Estado? ¿Qué querías que le dijera? ¡Nos piden doscientos millones de pesetas, Patrick! La empresa de mi padre está a punto de declararse en suspensión de pagos y esa gente ha elegido a la familia equivocada. Si no podemos pagarles... —Montse se tapó la boca con las manos, ahogando un sollozo seco.

—Basta —intervino Jordi, acercándose para poner una mano sobre el hombro de la mujer—. Vamos a calmarnos.

Patrick golpeó el mueble bar con la palma abierta, haciendo temblar los vasos.

—¡Me ahogo aquí dentro! —gruñó, caminando hacia la cristalera —. Salgo al jardín.

Cuando la puerta corredera se cerró de golpe, aislando a Patrick en el exterior, Montse levantó la vista hacia Jordi.

—Dime que tenemos opciones, Jordi. Por favor. Dime que hay una salida, porque él se hunde y yo no sé de dónde sacar doscientos millones.

Él se quitó las gafas de montura fina y las limpió con el faldón de la camisa. Vio a una madre destrozada, lista para agarrarse a un clavo ardiendo.

—Hay algo de lo que Patrick y yo hemos estado hablando —dijo despacio, midiendo el peso de la mentira—. Algo que él no quería decirte para no darte falsas esperanzas hasta que yo lo confirmase con Londres.

—¿Confirmar el qué?

Él se sentó a su lado, bajando la voz.

—Hace años, cuando la empresa generaba beneficios reales, Patrick contrató una póliza de seguros corporativa. Una cobertura especial K&R: secuestro y extorsión.

Montse dejó de llorar. Parpadeó, procesando las palabras.

—¿Un seguro contra secuestros? ¿Eso existe?

—Para ejecutivos internacionales, sí. La póliza cubre la totalidad del rescate. Los doscientos millones, Montse.

—Pero, entonces, ¿por qué Patrick actúa así? ¿Por qué no me lo dijo cuando llamaron?

—Porque la póliza tiene un protocolo blindado. La aseguradora reembolsa el dinero *solo* si se utilizan sus canales privados de negociación. La cláusula se anula automáticamente si interviene la policía oficial, si la Guardia Civil inicia una investigación o si el caso se hace público. Por eso Patrick entró en pánico cuando vio a esa agente en la puerta.

Montse miró hacia el jardín. A través del cristal, su marido caminaba de un lado a otro sobre el césped, con el vaso pegado al pecho.

—Si esa chica sigue husmeando, la aseguradora se lavará las manos —susurró Montse, atando cabos.

—Exacto.

—Entonces pagaremos. Con los negociadores privados. Traeremos a Dani a casa.

Jordi asintió, colocándose de nuevo las gafas. Había echado la red y Montse había caído en ella. Ahora solo tenían que encontrar el maldito dinero antes de que se acabara el tiempo.

19

23:22

Montse movió la pierna escayolada, buscando una posición para aliviar el dolor.

—Toma —dijo Jordi, mientras le servía un vaso de agua y le dejaba una pequeña pastilla blanca en la mano.

—¿Qué es?

—Un ansiolítico suave. Me tomo uno cuando tengo que volar —dijo, sentándose frente a ella. El tenue destello de la lámpara se reflejó en sus gafas—. Te ayudará a pensar con claridad. En caliente se toman decisiones de las que uno se arrepiente.

Ella dudó un segundo, miró hacia el jardín donde Patrick seguía dando vueltas, y, con un sorbo de agua, se tragó la pastilla. Jordi le retiró el vaso con suavidad.

—Llamarán, Montse. Los negociadores del seguro se encargarán.

—Es tan raro, Jordi... —susurró ella, ignorando sus palabras, con la mirada perdida—. Dani no es como los otros niños. Nunca juega al fútbol ni grita. Se pasa las horas en silencio, desmontando radios viejas, apuntando secuencias de números en cuadernos, mirando cómo funcionan los engranajes de los relojes. Es su forma de aislarse. Si los secuestradores le gritan..., si se bloquea y se queda callado mirándolos, pensarán que los desafía y le harán daño.

Jordi le cogió la mano. La sintió fría como el mármol.

—Nadie le va a hacer daño. Esa gente es profesional. Quieren los doscientos millones y se los daremos.

—¿Pero los tenemos ya? ¿El seguro ha enviado los fondos?

Él tragó saliva. Llevaba todo el día haciendo llamadas desde su despacho, vaciando cuentas satélite de la empresa, cobrando favores antiguos y desviando fondos, para rascar aquellos doscientos millones en menos de veinticuatro horas, sin levantar las alarmas del banco ni de la policía. Era un milagro financiero que solo él podía orquestar.

—Las aseguradoras tienen sus tiempos burocráticos —dijo sin inmutarse—. Yo voy a adelantar el dinero con los fondos líquidos de tu empresa. Me estoy encargando de todo. Pero necesito que me prometas que no volverás a hablar con esa chica de la Guardia Civil.

Le apretó la mano un poco más.

—Confiabas en mí antes de conocer a Patrick, Montse. ¿Te acuerdas de Dublín?

A ella se le escapó un suspiro cansado mientras se limpiaba una lágrima.

—Éramos unos críos locos en 1977.

—Sí. Noches de lluvia, cerveza barata y aquel puente donde gritábamos de madrugada hasta quedarnos afónicos. Hasta aquella tarde en el *pub* de Grafton Street, cuando apareció el irlandés encantador y, como dice el refrán: «dos son compañía, tres son multitud».

Montse esbozó una sonrisa triste y adormecida.

—Te robó el protagonismo.

—Lo hizo —admitió Jordi, bajando la voz a un murmullo íntimo—. Pero fuiste tú quien volvió a casa en autobús conmigo esa misma noche. Siempre he estado ahí para arreglar lo que se ha roto, Montse. No te pido que te quedes de brazos cruzados, sino que me dejes llevar el timón. El rescate lo recibirá Patrick, pero yo me encargaré de la logística para protegeros. No soy solo vuestro abogado. Soy tu amigo.

Ella cerró los ojos un segundo. El ansiolítico empezaba a disolverle los bordes de la realidad.

—Gracias —murmuró.

Él se inclinó y le dio un beso en la mejilla, rozando su piel con la nariz más de lo necesario. Cuando hizo ademán de incorporarse, ella lo agarró de la muñeca. Su agarre era débil, pero firme.

—¿Me ayudarías a tramitar los papeles del divorcio?

Jordi se quedó congelado. El pulso le golpeó en la base del cuello con tanta fuerza que pensó que ella podría escucharlo.

—Llevo un tiempo pensándolo —continuó Montse, arrastrando las palabras un poco—. Patrick y yo... hemos cambiado demasiado. Cuando Dani vuelva, cuando todo esto pase, quiero saber quién está realmente a mi lado.

Una victoria doble. Un pensamiento oscuro y afilado cruzó la mente de Jordi. Recuperaría al niño, se colgaría la medalla de salvador y Dios pondría por fin las cosas en el sitio que debieron ocupar quince años antes.

Se pasó las manos por los muslos, alisando el pantalón, ocultando el temblor de la adrenalina.

—Montse. Primero, que Daniel vuelva. Luego, te prometo que nos sentaremos a hablar de nosotros. ¿Confías en mí?

Ella asintió, mucho más dócil, soltándole la muñeca.

—Intenta dormir. Hará efecto en unos minutos y dormirás del tirón toda la noche.

Jordi se levantó despacio. A través de la cristalera, vio a Patrick, detenido en el césped, observándolos desde el jardín. Él asintió hacia él con una sonrisa tranquilizadora, indicando que Montse estaba sedada y bajo control. Patrick le devolvió el gesto, levantando su vaso vacío en un gesto cínico. Dos hombres unidos por el engaño a una madre que se adormecía en el sofá.

20

23:33

La habitación 512 olía a lino caro, a cera de muebles y a silencio. Christian se dejó caer en la cama aún vestido, mirando el techo en la penumbra.

—¿Cómo que cambio de planes? —dijo John McCabe con tono irritado—. Debería estar de vuelta en Londres.

—Sigo en el hotel —respondió Christian—, pero permítame explicarle. Cuando salía hacia el aeropuerto, alguien me dejó un «regalito» en el hotel: una foto Polaroid y un mensaje. Nuestro contacto está muerto.

En un minuto, explicó la situación: la nave industrial en el polígono de Mas Blau y el cadáver abandonado en la furgoneta.

—¿Un disparo en la cabeza? ¿Tenía su documentación encima?

—La tenía. Me llevé el pasaporte, así que las autoridades españolas tardarán mucho más en identificarlo, si es que lo encuentran.

—Quiero que lo destruya.

—¿Perdón?

—Quémelo. Rómpalo. Sumérjalo en cloro —ordenó McCabe sin vacilar—. No quiero que ese pasaporte exista.

Christian no respondió. Guardó silencio, escuchando la respiración de su jefe al otro lado de la línea.

—Como quiera.

—Y el mensaje de la Polaroid —añadió el jefe—. Repítalo.

Christian cerró los ojos.

—*Come collect your shite*.

McCabe soltó un resoplido bajo, un ruido ronco que arrastraba décadas de cansancio acumulado.

—Eso no es un mensaje. Es una firma. Nuestro hombre tenía contactos en Irlanda del Norte: un grupo disidente del IRA que actúa por libre.

Christian se quitó los mocasines y los empujó bajo la cama.

—Huele a Belfast —confirmó—. Han matado a nuestro enlace, lo han metido en una furgoneta y sabían dónde dormía yo. McCabe, tiene que explicarme la lógica de todo esto. Porque la furgoneta no solo transportaba un cadáver.

Silencio.

—¿Qué más había, Vinther?

Christian saboreó la pequeña venganza de darle la vuelta al tablero.

—Ayer, esa misma furgoneta se usó para secuestrar a un niño de once años.

El crujido de una silla de cuero resonó en la línea.

—¿Qué sabe del niño? —preguntó McCabe. La urgencia en su voz era nueva.

—Una familia adinerada que vive en Pedralbes, una urbanización de alto poder adquisitivo. Les han pedido doscientos millones de pesetas a cambio de no avisar a la policía. La madre es catalana. El padre se llama Patrick O'Connor.

—O'Connor... —murmuró McCabe. Estaba conectando los puntos —. ¿Sabe la policía española algo de esto?

—No. La única persona que sabe de mi existencia es la agente de la guardia civil que vio el secuestro. Actúa por su cuenta, una novata impulsiva.

McCabe exhaló, como si cediera a regañadientes ante un desastre inevitable.

—Si el IRA ha orquestado este secuestro a unos días de los Juegos... no sabemos si quieren financiación, cobertura o hacer

ruido.

—Y yo soy el único activo que tiene sobre el terreno.

—Cuarenta y ocho horas —dictó McCabe—. Se queda en Barcelona. Se pega a esa mujer como una sombra. Será mis ojos y mis oídos. ¿Entendido?

Christian sintió algo que llevaba meses sin sentir. Una chispa limpia en el pecho. La puerta entreabierta de la que tanto huía.

—Y destruya ese pasaporte —sentenció McCabe.

Christian se quedó con el auricular en la mano. Lo colgó despacio. Sacó el pasaporte del muerto. Lo abrió bajo la luz anaranjada de la calle que se filtraba por la ventana. Su jefe le había dado una orden directa. Se levantó, abrió el armario de caoba y lo dejó encima de unas camisas dobladas. Ya estaba harto de ser solo el mensajero.

21

23:50

Diana dio una vuelta más antes de aparcar el Seat Panda en una calle lateral de Sants, a varias manzanas del mercado.

Apagó el motor, apoyó la frente sobre el volante de plástico duro y cerró los ojos. Aún le latía el chichón al ritmo de su pulso. Se frotó la cara, pero el olor dulzón y metálico del cadáver de la furgoneta se le había impregnado en las yemas de los dedos.

Había cruzado la línea: ocultado una escena del crimen y robado la documentación a un civil extranjero.

Pensó en Christian Vinther. Ese británico cínico del traje impecable y aire misterioso. No era ningún aliado; era una herramienta peligrosa, un mal necesario al que tendría que atar en corto si quería llegar hasta el niño antes de que los secuestradores cumplieran su amenaza.

No puedo fallar.

Abrió la puerta del Panda. Eran casi las doce de la noche. La calle olía a humedad, a tubería vieja y a calor retenido en el asfalto. Desde un balcón cercano todavía salía el murmullo enlatado de un programa de radio. Comprobó dos veces que el coche estaba bien cerrado y cruzó la calzada.

El edificio era de principios de siglo, con la fachada ocre desconchada y balcones de hierro oxidado. Subió las escaleras

despacio, evitando los escalones que crujían. El ascensor seguía sin funcionar.

La alfombrilla de fibra de coco con la palabra «*WELCOME*» descolorida la esperaba en el descansillo, y por la puerta de madera se filtraba la tos seca de su abuela. Nanny la había cuidado desde el accidente de tráfico que les arrebató a sus padres cuando Diana tenía apenas ocho años. La mujer enviudó y dejó su vida en Gales para criarla en un piso de Sants.

Abrió sin hacer ruido. La única luz venía del pequeño televisor del salón. Dejó la mochila en la entrada y se quitó la goma del pelo. La melena oscura cayó sobre los hombros, liberando parte de la tensión acumulada.

—¿Diana? —la llamó su abuela desde el sofá, con la voz rota—. *Love*, ¿eres tú?

—*Yes. I'm here, Nanny.*

La luz de la pantalla iluminaba la mesa de comedor de melamina, la vitrina con tazas inglesas que nunca se usaban y el retrato en blanco y negro de sus padres. Su abuela descansaba recostada, con el inhalador sobre la mesita. En la tele, un presentador del telediario nocturno repetía imágenes de la inminente Barcelona olímpica.

—Llamé al hospital a las doce del mediodía —dijo la abuela—. Me dijeron que te habían dado el alta, que tenías una baja médica por un traumatismo craneal y que volverías a casa. Son más de las once de la noche, Diana. Te he guardado la cena.

Diana iba a decir que no tenía hambre, pero su cuerpo la traicionó con un vacío punzante. Fue a la cocina. La luz fluorescente tardó un par de segundos en estabilizarse. Sobre la encimera reposaba una olla con caldo aún templado. El olor a pollo, ajo y laurel le aflojó el nudo de la garganta.

Sirvió dos platos y volvió al salón. Sabía que la abuela fingiría que ya había cenado, pero se lo comería igualmente para no dejarla sola.

—Lo siento —dijo Diana, dejando la bandeja sobre la mesa baja, incapaz de sostenerle la mirada—. Tenía cosas que resolver en comandancia. El papeleo de ayer...

—Mentira —dijo la abuela, y dejó la cuchara en el plato con un golpe seco—. Conozco esa cara, *love*. Es la misma cara que ponía tu padre cuando se metía en líos. No me importa qué papeles tengas que rellenar. Ayer casi te matan en ese aparcamiento y hoy has desaparecido todo el día.

Ayer. Parecía que había pasado un siglo. La imagen del niño arrastrado hacia la furgoneta y el golpe brutal contra el asfalto cruzaron su mente. El chichón le palpitó en respuesta.

—No me va a pasar nada, Nanny —dijo Diana.

—Cuando hablé contigo por teléfono, me dijiste que con la baja te ibas a quedar en casa y a descansar —le reprochó la anciana, tosiendo levemente—. Y ahora llegas a estas horas, pálida como un fantasma y oliendo a tubo de escape y a... —arrugó la nariz— a saber a qué. Me preocupa no saber en qué te estás metiendo.

—No estoy de servicio —admitió Diana, rindiéndose a medias y bajando la vista hacia la sopa—. Pero el caso de ayer... hay algo que tengo que terminar. Si puedo ayudar a ese niño, tengo que hacerlo.

La abuela la observó en silencio. El enfado se desinfló, dejando solo el miedo de una mujer que ya había enterrado a demasiada gente.

—No tienes que salvar a todo el mundo, Diana.

—Quiero hacerlo.

—Mírame.

Diana obedeció. Su abuela levantó una mano frágil y le apartó un mechón de la frente, rozando el borde del chichón amarillento con infinita suavidad. Sus dedos bajaron hasta detenerse un segundo sobre el pecho de la joven, donde el corazón latía deprisa.

—*My love*..., si dejas que el dolor de los demás ocupe todo esto, un día no quedará sitio para ti.

A lo lejos, rompiendo la calma de la noche, se oyó el traqueteo sordo de un tren entrando en la estación de Sants.

Más tarde, Diana la ayudó a levantarse y la llevó despacio hasta la habitación. Le dio un vaso de agua y se aseguró de que tomara las pastillas de la noche que fingía olvidar. Luego la recostó y abrió la ventana ligeramente para que entrara algo de aire fresco.

—Diana...

—¿Sí, Nanny?

—No quiero que te quedes sola.

Diana se quedó un instante paralizada junto a la ventana.

—¿Qué dices? Yo no estoy sola. Te tengo a ti.

La abuela sonrió apenas, cerrando los ojos.

—Eso es justo lo que me preocupa.

—Si me faltaras..., no sé qué haría.

—Yo sí sé lo que harías. Por fin vivirías tu vida.

Diana sintió un escozor en los ojos, pero asintió y besó la frente de la anciana.

—*Good night.*

Volvió al comedor, recogió los platos y los lavó. Al pasar de nuevo por el pasillo, su abuela ya dormía. Se quedó un momento de pie en la penumbra de su casa, escuchando el frágil silbido de esa respiración. Aunque había perdido a sus padres sin poder hacer nada, sabía que aquel niño seguía vivo en algún lugar de la ciudad. Y, aun arriesgando su uniforme y su libertad, y por mucha desconfianza que aquel británico le inspirara, iba a encontrar a ese crío.

No puedo fallar.

22

VIERNES, 24 DE JULIO DE 1992

00:40

La casa quedó sumida en un silencio tenso. Pasaba la medianoche y Patrick fumaba en el jardín. Un hábito al que recurría cada vez que la ansiedad lo consumía. Desde el sofá, Montse lo siguió con la mirada hasta que su silueta desapareció tras el seto, bajo la luz de la farola exterior.

—No voy a irme —dijo Jordi, sin elevar la voz—. Esta noche no.

Ella alzó la vista, aún aturdida por el ansiolítico que él le había dado poco antes.

—¿Te quedas?

—Sí. No es buena idea que la llamada os encuentre solos.

Acto seguido, se levantó.

—¿Adónde vas?

—Tengo que hacer una llamada.

Atravesó el pasillo en penumbra. Al pasar frente a la habitación de Daniel, se detuvo un instante. La puerta estaba entreabierta y la empujó suavemente. La luz del pasillo reveló la cama hecha al milímetro. La colcha mostraba a Terminator empuñando un arma. Junto a la cama, había un pupitre pequeño con lápices de colores alineados y una radio desmontada.

Jordi tragó saliva, sintiendo una opresión en el pecho. Si los secuestradores fallaban, o si el dinero no se blanqueaba a tiempo, el niño de esa cama jamás volvería a dormir en ella.

Cerró la puerta sin hacer ruido y avanzó hasta el despacho de Patrick. Ya en el interior, encendió la pequeña lámpara de latón, que dejó los rincones sumidos en una cómoda penumbra, y sacó una grabadora del maletín y la enchufó. Comprobó el piloto rojo de grabación. Abrió la agenda y marcó un número privado en el teléfono del despacho.

Al tercer tono, una voz espesa y malhumorada respondió al otro lado.

—¿Sí?

—Sargento, soy Jordi Casals.

Llegó un silencio pesado y luego, un carraspeo nervioso.

—¿Ha habido contacto? —preguntó Cifuentes. El tono era casi un susurro, como si hubiera alguien durmiendo cerca al otro lado de la línea y no quisiera despertarlo.

—Ha habido una visita esta mañana en casa de los O'Connor, una joven guardia civil. Quiero saber por qué se ha saltado usted nuestro trato.

El silencio esta vez fue hostil.

—Valenti no tenía autorización para ir —se defendió Cifuentes—. Está de baja médica. Yo no la mandé, Casals. Le estoy cubriendo las espaldas tal como acordamos.

—Me da igual si está de baja, de vacaciones o jubilada —replicó Jordi—. Dejé claro que no queríamos a la Guardia Civil cerca. Nada de visitas. Nada de uniformes.

—Entiéndame... Si alguien la vio en el vecindario, no tenía por qué sospechar...

—Iba uniformada y mostró la puta placa en una urbanización de ricos, Cifuentes. —Jordi se levantó y caminó despacio por el despacho—. Si los secuestradores tienen la casa vigilada y alguien sospecha que hemos roto el aislamiento, esto no es un error de su departamento. Matarán al niño, y yo me aseguraré de que usted caiga con nosotros.

Al otro lado de la línea, la respiración del sargento se aceleró.

—Nadie aquí va a joder esto, Casals.

Jordi se detuvo frente a la ventana. El reflejo en el cristal le devolvió una imagen afilada de sí mismo. Se quitó las gafas y se frotó el puente de la nariz.

—¿Cuántas personas saben de esa matrícula?

—Solo nosotros. Tal como usted me pidió para justificar los papeles del seguro. Por eso Valenti estaba sola en el hospital y fui yo mismo a recoger su firma.

—¿Y no sospechó?

—A esa cría le pegué cuatro gritos, le redacté la declaración y la mandé a casa con una baja médica por el golpe en la cabeza. Es novata. Es fácil de manejar. Está aislada y no volverá a acercarse al asunto.

Jordi cerró los ojos un segundo.

—Mantenga a su gente con la correa corta —dictó—. No le pago por su buena voluntad. Le pago por la distancia.

Colgó antes de que Cifuentes pudiera responder.

Apagó la grabadora, la guardó en el maletín y permaneció un instante a oscuras. A través de la ventana, escuchó unos pasos arrastrándose sobre la grava.

Abrió la puerta del despacho y regresó al salón.

Montse dormía con la cabeza ladeada. Patrick había vuelto del jardín. Bebía en silencio, con la mirada vacía, perdido en sus propios fantasmas. Jordi se preguntó si sabía de los planes de divorcio de su mujer y de que su castillo de naipes estaba a punto de derrumbarse.

—¿Quieres una copa? —preguntó Patrick, con la voz pastosa, sin levantar la vista de su vaso.

Jordi se sentó en la butaca de orejas, justo frente al teléfono principal, y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Quiero un café.

Patrick soltó una risa que no le llegó a los ojos.

—¿Y ahora qué, Casals?

Jordi clavó la vista en el teléfono silencioso.

—Ahora llamarán.

23

1:17

A LAS 01:17, el teléfono sonó. El primer tono rasgó el silencio de la casa. El segundo disparó las pulsaciones de los tres adultos en el salón. Jordi Casals levantó la mano, pidiendo silencio absoluto antes de descolgar. La adrenalina lo invadió.

—¿Sí? —dijo Jordi, activando el altavoz para que Patrick y Montse escucharan.

—*Are we ready, Casals?* —dijo una voz al otro lado con un tono innecesariamente tranquilo.

—Tenemos un acuerdo —respondió Jordi en inglés, mascando las palabras y enfatizando la palabra «acuerdo»—. Solo necesitamos tiempo para reunir los doscientos millones sin levantar las alarmas de los bancos.

—El tiempo se acaba. Vosotros cooperáis y el chaval volverá a casa. Si veo un solo coche de policía cerca de vuestra calle, le corto la garganta.

—Quiero escuchar a mi hijo —exigió Patrick, acercándose al aparato.

—¿Quién es ese? ¿El padre? —La voz soltó una carcajada áspera —. *Hello, Patrick.* A estas alturas, ya deberías saberlo.

El comentario pareció golpear al padre físicamente. Retrocedió un paso, blanco como la cal. Aquello no formaba parte del plan.

Montse, desde el sofá, pasó la mano por el brazo de su marido, interpretando su terror como el de cualquier padre.

—Déjenos escuchar a Daniel —intervino Jordi, intentando recuperar el control del timón—. Necesitamos una prueba de vida. Es el procedimiento.

—Yo dicto el procedimiento, abogado.

Se oyó un ruido de fricción, plástico contra tela, seguido de un forcejeo contenido, como si le acercaran el auricular hacia alguien que se resistía.

Una voz pequeña, frágil y rota llenó el salón:

—¿Mamá? ¿Papá?

A Montse se le llenaron los ojos de lágrimas y dejó escapar un sollozo roto. A Patrick le tembló el labio inferior.

—¡Dani, cariño! ¿Estás bien? —gritó Montse, inclinándose hacia el teléfono.

Pero la voz del niño desapareció, reemplazada por la respiración pausada del irlandés.

—Eso es todo. Así sabéis que respira.

—Espere —interrumpió Jordi, con el pulso latiéndole en las sienes —. Necesitamos hablar más con él. Tiene necesidades especiales, no reacciona bien si se le presiona...

La línea se cortó.

No hubo chasquido. Solo el zumbido muerto del auricular.

Nadie se movió.

—¿Hola? —dijo Jordi, con la boca seca.

Patrick avanzó un paso y se detuvo, como si el suelo se hubiera vuelto inestable. Sus manos buscaron un asidero.

—¿Por qué ha colgado? —preguntó Montse, aterrorizada—. ¡Jordi! ¿Por qué ha colgado?

Jordi miraba el aparato como si fuera una bomba a punto de estallar. La certeza de que la situación había tomado un rumbo oscuro e impredecible le oprimió el estómago. Había presionado en exceso, o quizás el irlandés los había engañado desde el principio.

Los segundos empezaron a acumularse con un peso físico. Uno. Dos. Tres.

Patrick se pasó las manos por la cara sudorosa.

—No... —murmuró el padre, con la mirada perdida—. *Jesus*, no ahora.

—Llamará —dijo Jordi, con un tono más firme de lo que sentía—. Es una táctica de presión para desestabilizarnos.

Nadie respiró. Durante un minuto, la idea de lo irreversible se hizo realidad. Entonces, el teléfono volvió a sonar.

Jordi pulsó el botón casi antes del primer tono.

—¿Sí?

—Mañana a medianoche. Doscientos millones en billetes usados. Nada de tintas térmicas. Nada de billetes secuenciados. Os diré dónde llevar el maletín una hora antes. Si el dinero no está, el crío no vuelve.

El clic metálico selló la sentencia.

Jordi mantuvo el dedo sobre el botón de colgar durante tres segundos.

—Está vivo... —repetía Montse desde el sofá, abrazándose a sí misma—. Está vivo...

—Lo está —confirmó Jordi—. Y tenemos hasta mañana por la noche.

El silencio volvió a adueñarse del salón. Montse miró el teléfono y buscó los ojos de su marido.

—Hablaba en inglés —murmuró ella—. Y te ha dicho «A estas alturas, ya deberías saberlo». ¿Por qué?

Patrick apartó la mirada.

—No lo sé.

—Patrick... —La voz de Montse tembló—. ¿Tú conoces a ese hombre?

—¡Que no conozco a nadie! —estalló él.

Caminó con pasos pesados hacia la repisa del salón, huyendo de la mirada de su mujer. Allí descansaban la botella de *whisky* a medio terminar y el frasco de ansiolíticos. Desenroscó con violencia la tapa blanca.

—Patrick, déjalo —intervino Jordi, dando un paso hacia él—. No es el momento.

Él se echó dos pastillas blancas en la palma de la mano.

—No me jodas, Casals —escupió, señalando a su mujer con la barbilla—. Ella estaba inconsciente en el sofá por tus putas pastillas cuando llamó la primera vez. Yo tuve que escuchar cómo amenazaba con despedazarlo.

Se tragó las pastillas y dio un trago largo de whisky a morro.

Montse se encogió en el sofá como si le hubieran dado una bofetada, silenciada por la culpa de haber estado durmiendo mientras su hijo estaba en peligro.

—Ese hombre hablaba en serio, Casals —continuó Patrick, dándoles la espalda y mirando por la ventana hacia el jardín devorado por las sombras—. Si fallamos con el dinero... si no le damos todo lo que pide...

—¿De qué hablas? El dinero estará. Yo me encargaré de sacarlo de la empresa.

Patrick asintió despacio, sin girarse, abrazando la botella contra su pecho como si fuera un salvavidas.

—La empresa. Los números. Los acreedores. Todo el puto imperio de los O'Connor se hunde, y ahora vienen a cobrar la última factura. Tiene que estar, Jordi, porque si mi hijo muere por culpa de nuestras deudas, te juro por Dios que la ciudad entera va a arder con nosotros.

Montse bajó la mirada, avergonzada por la mención a la ruina familiar.

En los ojos de Jordi ya no había calma. Su mente de abogado intentó racionalizar lo escuchado, convenciéndose de que el secuestrador solo sobreactuaba e intensificaba la presión con una farsa impecable ante los padres. Pero bajo esa excusa latía el terror de quien teme que el monstruo que habían invitado a entrar hubiera dejado de obedecer. Solo había una forma de saber si aún controlaba la situación. Tendría que ir a comprobarlo él mismo.

24

08:30

Diana llegó a la Comandancia de Barcelona a las ocho y media de la mañana. Subió las escaleras hasta la segunda planta, vestida de paisano. Llevaba una camisa de lino holgada para disimular el vendaje abultado en el hombro y unos vaqueros desgastados que desentonaban con la rectitud militar del lugar.

El despacho del sargento Cifuentes estaba al final de un pasillo de baldosas de cerámica marrón. Respiró hondo antes de llamar con un golpe seco.

—Adelante —ordenó Cifuentes.

Ella abrió y se cuadró en el umbral por puro instinto.

—Mi sargento.

—Cierre la puerta.

Las paredes del despacho tenían el color crema de la nicotina acumulada. Frente al escritorio colgaba la fotografía oficial del Rey y, a su lado, un calendario de pared con una imagen de la Virgen del Pilar. En una esquina descansaba un marco de plástico barato con la foto de Cifuentes, cuando era un cabo joven sin canas y sin barriga.

—Siéntese.

Diana obedeció. Encima de la mesa, carpetas apiladas flanqueaban una máquina de escribir Olivetti roja y un cenicero metálico rebosaba colillas.

Cifuentes se recostó en la silla de cuero agrietado, que se quejó bajo su peso. Jugaba con el anillo de oro en su dedo anular como si el divorcio de hacía dos años nunca hubiera ocurrido.

—¿Visitó a la familia O'Connor ayer por la mañana al salir del hospital? —preguntó sin preámbulos.

Diana mantuvo la mirada al frente.

—Sí, mi sargento. Fui por iniciativa propia. Quería informarles de que había sido testigo...

—La iniciativa propia en la Guardia Civil tiene un nombre, Valenti: insubordinación —la cortó Cifuentes. Se inclinó hacia la mesa y sacó un cigarrillo—. Usted está de baja médica. Debería estar en su casa tragando analgésicos. En su lugar, se presenta en un domicilio sin autorización, interroga a civiles y se mete donde no la llaman.

—Mi intención era ofrecer apoyo. Un niño ha desaparecido.

Cifuentes encendió el Ducados y dejó salir el humo por las fosas nasales.

—Voy a serle muy claro, Valenti. Y le aconsejo que escuche atentamente, por el bien de su carrera. A partir de ahora, este asunto no existe para usted.

Cifuentes abrió una carpeta nueva y escribió algo en un formulario sin mirarla.

—Voy a documentar esto como violación leve de protocolo por su inexperiencia. Le recomiendo que dedique el resto de sus días en este cuerpo a entender que hay órdenes que no se cuestionan y líneas que no se cruzan.

Cifuentes firmó con rabia, arrancó el duplicado y se lo tendió a través de la mesa.

—Si vuelve a actuar por su cuenta, saldrá por la puerta de esta comandancia y no volverá a entrar. Vuelva a casa.

Diana tomó el papel, se puso en pie y cerró la puerta a sus espaldas.

Bajó las escaleras sintiendo cómo la rabia y la impotencia le quemaban la garganta. Con el parte disciplinario apretado en la mano, empujó la puerta principal. La luz implacable de julio la golpeó de frente al salir a la calle. Pensó en Daniel O'Connor, en la

furgoneta que escapaba y en el sargento que le había ordenado mirar hacia otro lado.

Caminó hacia su coche. Y entonces lo vio. Apoyado contra su Seat Panda azul celeste, con una tranquilidad casi insultante, había un hombre alto vestido con unos pantalones chinos beis impecables y un polo azul marino de corte caro que se ajustaba a su complexión vikinga.

Al verla, Christian Vinther se quitó las gafas de sol y le dedicó una sonrisa de anuncio publicitario.

—*Good morning* —saludó, extendiéndole un periódico enrollado —. Tenemos trabajo que hacer.

Diana frunció el ceño, deteniéndose a dos metros de él.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme?

Él ladeó la cabeza, divertido.

—Me aburrí de esperar en el hotel. Y además... —añadió, dando dos golpecitos al capó del Seat Panda—. Es difícil que este cacharro pase desapercibido.

Con el pulso aún acelerado por la bronca de Cifuentes, Diana dio un pequeño paso atrás.

—Llegas en mal momento, Vinther. Me acaban de amenazar oficialmente con la expulsión si sigo haciendo preguntas.

—Los malos momentos son los más productivos —replicó él, sin perder la sonrisa—. ¿Me llevas a desayunar?

—No me estás entendiendo. Si me ven contigo...

—Huevos con beicon, Diana. Deberías comer algo. Por cierto, el chichón de la cabeza apenas se te nota ya —la interrumpió Christian —. He encontrado una noticia interesante en la prensa española de hoy y necesito que me hagas de traductora y guía. Y, francamente, eres la única policía que conozco en Barcelona dispuesta a saltarse las reglas.

—No soy policía... Soy guardia civil.

Bajó la vista al periódico, luego al parte disciplinario que apretaba en su mano izquierda. Volvió a alzar la mirada hacia Christian. Era insufrible, seguro de sí mismo y, con toda probabilidad, un peligro andante.

Apretó el puño, haciendo una bola perfecta con el formulario de Cifuentes, y lo tiró a una papelera cercana.

—Conozco un sitio para guiris en Gràcia donde hacen el beicon como Dios manda —dijo ella, sacando las llaves del coche.

Christian hizo una mueca de victoria y rodeó el Panda hacia el asiento del copiloto.

—Sabía que acabarías diciendo que sí.

Diana arrancó el motor. Mientras se alejaban de la comandancia y se perdían en el tráfico de Barcelona, fue plenamente consciente de haber cruzado la línea roja que Cifuentes le había marcado. Pero por primera vez desde que vio desaparecer a aquel niño, no se sentía sola en el lado equivocado.

25

10:07

DECLAN DEJÓ ATRÁS el calor pegajoso de la calle Magalhães y el olor a fritanga del Poble-sec, adentrándose en el callejón. Cerró la pesada puerta de metal de la entrada de servicio y echó el cerrojo. Luego, volvió a colocar la trampa silenciosa que protegía el perímetro exterior: una botella de cerveza en equilibrio milimétrico contra la hoja de la puerta. Todo intacto.

Cruzó la antigua cocina a oscuras, respirando el persistente tufo a grasa muerta y polvo, y avanzó por la sala principal del restaurante, sorteando mesas apiladas y sillas rotas. Se agachó detrás de la barra de roble y revisó la trampilla de madera incrustada en el suelo. La taza de cristal, su segunda alarma descansaba intacta sobre la bisagra. Retiró la taza, levantó la trampilla y bajó los doce peldaños de madera con sigilo.

El lugar era el antiguo almacén de un restaurante que había quebrado antes del *boom* de las Olimpiadas. James y él habían tardado tres noches en sellar las rejillas y acondicionar aquel agujero ciego. A muchos les habría resultado asfixiante el olor a humedad y aceite rancio. A Declan le recordaba a los pisos francos de Derry. El hogar no siempre era un lugar geográfico; a veces era solo un olor a supervivencia.

Dejó las bolsas de la compra sobre la mesa de trabajo que había montado en la primera estancia. Una contenía pan de molde y zumos; la otra, botes herméticos, polvo para limpiar metales, pilas industriales y cables finos. Los había comprado en ferreterías distintas, pagando en efectivo.

Se secó el sudor con el antebrazo. Encima de la mesa, bajo el halo amarillento de una lámpara de pilas, reposaba un recorte doblado del *Evening Standard*. La foto mostraba a hombres con chalecos rebuscando entre los escombros de Londres. La leyenda hablaba de pérdidas millonarias, como si los ladrillos fueran la verdadera tragedia.

Declan pasó el dedo por el borde roído del papel. *No soy un monstruo*, se dijo. Era el estribillo que los hombres violentos se repetían para no escuchar su propio eco. Pero para él, la verdadera monstruosidad tenía otra cara: la de los burócratas que firmaban la paz como si fuera un trámite, borrando el nombre de los muertos mientras sonreían a las cámaras.

Cogió una botella de agua, un zumo y unas galletas, y caminó hacia el fondo del local.

La antigua cámara frigorífica era ahora la celda del niño. Giró la llave y, antes de abrir, se ajustó el pasamontañas negro. Quería aterrorizar al gobierno británico, no ser el monstruo en las pesadillas de un crío. El autoengaño resultaba agotador.

Había sujetado al rehén a una tubería del desagüe con cinta industrial, lo justo para que no pudiera levantarse sin lastimarse. El niño estaba hecho un ovillo sobre un colchón delgado. Llevaba la misma ropa de colegio del día anterior, sucia de polvo, con su rodilla manchada de sangre seca por el roce contra el asfalto.

Declan se quedó de pie en el umbral. La respiración del niño era corta y rítmica.

De pronto, una presión le cerró la garganta. Por un segundo microscópico, la luz del techo no le mostró a un rehén catalán, sino una cama pequeña en el barrio de Bogside, diez años atrás. Vio la rodilla raspada de su hijo, Thomas. Sintió el fantasma del peso del niño en sus brazos. La mano de Declan tembló bajo el guante

táctico. El instinto de arrancar la cinta industrial y pedir perdón casi lo puso de rodillas. Era solo un crío. No tenía culpa de las fronteras.

Entonces, el niño se removió y abrió los ojos. Al ver la figura negra encapuchada, soltó un quejido ahogado y se encogió contra la pared de azulejos, con los labios temblando de pánico.

Esa mirada rompió el espejismo. Derry se desvaneció. Declan levantó de nuevo su muro de hormigón. *La guerra exige sacrificios*, se repitió.

Se agachó despacio y le tendió la botella de agua. Su voz sonó ronca a través de la lana.

—*It's all right. You're safe. I won't hurt you.*

Los ojos grandes y marrones no perdieron el terror. El niño no respondió. Declan suspiró; por supuesto que no lo entendía.

El crío agarró la botella y bebió con avidez, derramando agua por la barbilla. Pero mientras bebía, su mirada se desvió por encima del hombro de su captor. La puerta de la cámara estaba entreabierta. A través de la rendija, se veía la mesa iluminada del exterior.

Allí, un temporizador digital de lavadora manipulado parpadeaba con grandes números rojos. Junto a él, una libreta donde Declan había anotado secuencias de cuatro dígitos. Un cable rojo y otro verde.

Declan notó que el niño había dejado de temblar. Siguió su mirada. Los ojos marrones del crío escrutaban los colores de los cables y el temporizador con una fijeza insólita, casi robótica. Sus labios se movían en silencio.

Declan se giró y bloqueó la visión con su cuerpo.

—Se acabó el espectáculo —cortó en inglés.

El niño bajó la cabeza hacia la manta al instante.

—Mañana cambiaré el colchón —murmuró el irlandés, incorporándose—. ¿Te gustan los fuegos artificiales?

No esperó respuesta. Salió, cerró la puerta blindada y giró la llave.

De vuelta en su mesa, Declan se sentó a observar el temporizador. Todo estaba listo. Una lástima que James resultara ser un traidor. Su antiguo compañero se había encariñado en exceso con su papel de turista en Barcelona. Incluso había dejado una copia de

la llave del callejón en un estúpido *pub* irlandés que frecuentaba, por si alguna noche la perdía. Un error imperdonable de aficionado. A Declan le irritó descubrirlo al revisar sus cosas, pero no iba a abandonar su mejor escondite por eso. Probarla en todas las cerraduras de una ciudad de tres millones de habitantes era imposible. Además, él siempre echaba el cerrojo interior de acero; nadie cruzaría la puerta de servicio sin que él lo oyera.

En la quietud del sótano, los aviones del Prat pasaban cada pocos minutos como un metrónomo distante.

Entonces, llamaron a la puerta. Arriba, en la entrada de servicio de la calle. Dos golpes secos contra el metal. Pausa. Otro golpe. El código acordado.

El corazón de Declan bajó de revoluciones de inmediato. Lanzó una lona gruesa y engrasada sobre su mesa de trabajo, ocultando el temporizador, los cables y las anotaciones. Cogió la Browning de nueve milímetros, le quitó el seguro y subió los escalones de cemento sin hacer el más mínimo ruido. Se pegó a la puerta y miró por la mirilla. Reconoció al abogado por la forma en que se pasaba un pañuelo por la frente. Era él. Su contacto. Jordi Casals. El hombre que, si intentaba alguna estupidez, moriría antes de que sus rodillas tocaran el suelo.

26

10:30

DECLAN BAJÓ el arma a su costado, giró la llave y abrió la pesada puerta trasera lo justo para que Jordi pasara. Éste entró casi a trompicones en la antigua cocina. Declan comprobó que la callejuela estaba desierta y echó el cerrojo interior de acero.

El abogado llevaba una camisa clara, con rodales de sudor en las axilas y en la espalda. La humedad del Poble-sec y el calor mediterráneo lo devoraban vivo. Miró a su alrededor con una mezcla de asco y urgencia.

Con un gesto de la cabeza, Declan le indicó que caminara. Atravesaron en silencio la sala principal y bajaron por la trampilla oculta tras la barra de roble. Al llegar al sótano, la mirada de Jordi pasó por la mesa cubierta con la lona sin detenerse un segundo.

—Vengo solo porque la familia está a punto de colapsar —dijo Jordi, con la voz baja—. Necesito asegurarme de que el niño sigue vivo y en buen estado.

Declan no contestó. Se limitó a señalar con la cabeza el fondo del local, la puerta blindada de la cámara frigorífica.

Jordi dio un paso, pero vaciló, mirando hacia las sombras de la primera estancia.

—¿Y el otro? El compañero que viajó contigo. James.

Declan se apoyó en la mesa de trabajo, junto a la lona, cruzando los brazos sobre el pecho.

—Haciendo comprobaciones —mintió, sin inmutarse—. No volverá. A partir de ahora, solo te entiendes conmigo.

Declan observó cómo la nuez de Adán del abogado subía y bajaba. Jordi asintió despacio, desviando los ojos hacia el suelo. El instinto de supervivencia de los cobardes era siempre el mismo: ante una respuesta oscura, preferir la ignorancia a la verdad. Jordi no hizo más preguntas.

—El dinero estará listo mañana por la tarde: doscientos millones de pesetas de la póliza de la empresa. Yo mismo supervisaré la entrega para evitar a la policía. Solo necesitamos ceñirnos al plan.

—Hay un cambio en el plan —dijo Declan.

El abogado parpadeó.

—¿Un cambio?

—Quiero renegociar mi parte.

Jordi soltó una risa nerviosa. Se ajustó las gafas con un gesto automático.

—Esto no es un mercado. La póliza tiene un límite. No puedo pedirle a la familia más dinero por el rescate de un día para otro sin levantar sospechas en el banco o en la aseguradora.

—No he dicho que pidas más a la familia —lo interrumpió Declan, acercándose un paso. Sus botas de suela gruesa no hicieron ruido contra el cemento—. He dicho que quiero renegociar mi parte. El trato era a medias: cien para vosotros, cien para nosotros. Ahora quiero ciento veinte.

El abogado se quedó inmóvil. El aire pareció desaparecer del sótano.

—¿Qué...? Eso es absurdo. —Alzó las manos, a la defensiva—. ¡Yo soy quien ha montado esto! ¡Asumo el riesgo legal, doy la cara frente a la familia, manipulo las pruebas...!

—Tú te has encargado del papeleo —lo cortó Declan—. Yo estoy enterrado en este agujero. Yo asumo el riesgo real. Yo tengo al niño. Quiero esos veinte millones extra.

—No puedo renunciar a veinte millones. Sería... No. Simplemente no.

—¿No? —repitió Declan, saboreando la sílaba. Dio otro paso, invadiendo el espacio personal del abogado. La diferencia de envergadura entre ambos era absoluta—. Míralo bien, Casals. Yo decido si el crío vuelve o si lo meto en tres bolsas de basura. Yo decido si llamo mañana a la familia o si desaparezco. Tú solo tienes tu avaricia.

No hubo un silencio, sino puro cálculo. Solo se escuchaban el zumbido del pequeño ventilador a pilas y la respiración de Jordi, cada vez más acelerada.

Declan lo vio apretar los dientes. Observó cómo el abogado miraba hacia la puerta blindada, después a la salida, y por último a sus propios zapatos brillantes manchados de polvo.

—No puedo —dijo Jordi al fin.

Pero esta vez, la convicción había desaparecido por completo de su voz.

Declan no respondió. Solo se le quedó mirando.

Diez segundos.

Quince.

El abogado no repitió el «no». Y la ausencia de palabras firmó el nuevo contrato.

—Bien —sentenció Declan, retrocediendo y rompiendo la tensión física—. Ciento veinte millones. Y ni se te ocurra intentar jugármela en la entrega, abogado.

Jordi bajó la mirada hacia el suelo, con los hombros caídos por la derrota. Declan lo observó con desprecio puro. A Casals debía de dolerle en el alma perder esa fortuna para sus lujos de niño rico, pero a Declan no lo movía la codicia. Para él, esos veinte millones extra eran detonadores, temporizadores y fusiles de asalto. Era el precio necesario para recordarle al mundo que Irlanda seguía ardiendo.

27

10:34

CHRISTIAN OBSERVÓ la fachada del *Bernie's Dinner Grill* en el Carrer de Verdi. A medida que las Olimpiadas se acercaban, Barcelona parecía llenarse de réplicas de plástico para complacer a los turistas estadounidenses.

Al cruzar la puerta, una canción de Sinatra ahogó el ruido del tráfico de Gràcia. El lugar era minúsculo y prefabricado: seis mesas de fórmica roja, bancos de vinilo contra la pared y una barra de cromo con taburetes giratorios. Pósteres de *Casablanca* decoraban las paredes junto a un James Dean fumando, que parecía juzgar a los clientes que entraban.

Eligieron una esquina apartada de los grandes ventanales. Una camarera joven, de pelo rojo desteñido y uniforme rosa pastel, se acercó a tomar nota. Al ver a Christian, dio los buenos días en inglés.

—Huevos fritos poco hechos, beicon, *hash browns* y café solo —pidió él.

—Lo mismo —dijo Diana.

Cuando la camarera se alejó, Christian se recostó en el banco de vinilo, apoyando un brazo en el respaldo. Sus ojos azules estudiaron a Diana a través de la mesa. Seguía tensa, con la espalda recta como una tabla de planchar.

La camarera volvió enseguida con los cafés. Christian dio un sorbo al suyo.

—¿Cuánto tiempo llevas en la Guardia Civil? —preguntó.

Diana levantó la vista del café.

—Seis meses —respondió con voz a la defensiva—. O me mandaban al País Vasco o de vuelta a Barcelona, con la excusa de los Juegos. Además, yo soy de aquí.

—¿Y no hubieras preferido algo más administrativo? Eres demasiado inteligente para estar patrullando el puerto.

—Pasarme la carrera escribiendo multas de tráfico sería un desperdicio de la academia, de las prácticas y de toda una vida de... —Se detuvo de golpe.

—¿De qué?

—De preparación.

Christian ladeó la cabeza.

—¿Preparación para qué, exactamente?

Diana volvió a bajar la mirada hacia su vaso de agua. Pasó el dedo índice por la condensación del cristal.

—Mis padres murieron cuando yo tenía ocho años, en un accidente de coche. —Bajó la voz—. Yo estaba en el asiento de atrás. Sobreviví con unos pocos rasguños. Ellos no.

Christian asintió, asimilando la gravedad de su expresión, y bajó su taza de café.

—¿Y desde entonces crees que tu culpa es proporcional a tu capacidad de controlarlo todo?

Ella tardó varios segundos en responder.

—No es culpa, Vinther. Es responsabilidad. Si hace un par de días hubiera estado más atenta en aquel aparcamiento, si hubiera reaccionado dos segundos antes, quizás habría logrado proteger al hijo de esa familia.

—¿Lo sabes con certeza?

—No. Pero es posible.

—Posible no es lo mismo que probable.

—Para mí lo es.

Christian asintió, dándole espacio. Era la misma herida de siempre: los supervivientes nunca se perdonaban a sí mismos.

—¿Quién te crió? —preguntó él en voz más baja.

—Haces demasiadas preguntas.

—Soy muy curioso.

Diana suspiró.

—Mi abuela paterna era galesa. Se mudó a Barcelona para cuidarme después de perder a su marido. Así que éramos dos personas rotas bajo el mismo techo, tratando de no rompernos más.

—¿Y cómo se hace eso?

—Con disciplina. Rutina. Control estricto.

—Entiendo.

Diana se cruzó de brazos y se reclinó hacia atrás, cambiando la dinámica por completo. Su turno de interrogatorio había terminado.

—¿Quién eres tú realmente? —disparó ella.

Él sonrió con la mitad de la boca.

—Ya te lo he dicho. Trabajo por libre como *fixer* para periódicos de Londres. Me pagaron para volar a Barcelona, recoger unos documentos de un contacto y llevarlos de vuelta a Inglaterra para un reportaje de investigación.

—¿Investigación de qué?

—No hago preguntas. Por eso me contratan.

Diana enarcó una ceja, escéptica.

—O sea, que no tienes ni idea de qué documentos son, ni de quién era el contacto que debía entregártelos.

—Tiene que ser algo grande. Posiblemente relacionado con las Olimpiadas.

—Posible no es lo mismo que probable —replicó ella, devolviéndole su propia frase.

Christian hizo una mueca, derrotado por su propia lógica. Necesitaba que Diana confiara en él si querían investigar juntos, así que no vio otra opción que soltar lastre.

—Quien secuestró a ese niño tiene también mis documentos. Aunque no entiendo la relación entre un secuestro local y un paquete de información clasificada.

—¿Y la Polaroid que te dejaron en el hotel?

Christian dio otro trago de café y miró por la ventana, hacia la calle.

—Quería dejar un mensaje. Sabía en qué hotel me alojaba y me obligó a encontrar la furgoneta con el cadáver de mi contacto. Su intención no era asustarme para que volviera a Londres, sino demostrarme que sabe quién soy y que no le importan las reglas.

—¿No tienes miedo de quedarte?

—De eso, no.

—Pero de algo tienes miedo —presionó ella.

Christian la miró. No esperaba que fuera tan incisiva. Respiró hondo antes de responder.

—Tengo miedo de que, si actúo por impulso y sin pensar en las consecuencias, alguien más acabe en una bolsa para cadáveres.

—¿Y ya ha sido así alguna vez?

—Ahora eres tú la que hace demasiadas preguntas, agente Valenti.

—Yo también soy muy curiosa.

La camarera llegó con el desayuno, rompiendo la tensión. Huevos, beicon crujiente y *hash browns*.

Comieron en silencio durante unos minutos, recuperando energías tras una madrugada agotadora, hasta que Diana volvió a la carga con la boca medio llena.

—Eres danés, ¿verdad? Pero tu pasaporte es británico.

Christian asintió mientras cortaba el beicon.

—Soy del norte de Copenhague. Pero me crié en Inglaterra. Mi madre se mudó a Londres cuando yo tenía once años.

—Interesante. ¿Y tu padre?

—¿Qué pasa con él?

—¿Tienes contacto con él?

—No. No le gusta mi estilo de vida.

—¿No soporta que seas un *fixer*?

Christian negó con la cabeza y detuvo el tenedor en el aire.

—Mi padre no soporta tener un hijo maricón.

Diana se quedó inmóvil. El trozo de tostada que iba a morder se quedó a medio camino de su boca.

—Oh. Eso... supongo que complica algunas cosas.

—Se las complica a él, no a mí.

—Fíjate que antes de hablar con aquel recepcionista pensé que eras el clásico mujeriego arrogante.

Christian soltó una carcajada, abierta y genuina.

—Lo soy, cariño. Pero no con el sexo opuesto.

El rostro serio de Diana se relajó por primera vez en toda la mañana, y una levísima sonrisa asomó en la comisura de sus labios.

—Vale. Entendido.

La camarera pasó en ese momento preguntando si todo estaba a su gusto. Ambos asintieron con perfecta sincronización.

Al terminar el desayuno, Christian empujó su plato vacío hacia un lado y desdobló el periódico local que había traído sobre la mesa de fórmica roja. Señaló un artículo pequeño en el margen de una página impar.

—Mira, ¿ves la foto de la furgoneta? ¿Qué dice el artículo?

Diana se inclinó sobre la mesa y leyó en silencio. Cuando terminó, Christian vio la confusión en su rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Habla del hallazgo de la furgoneta robada y del cadáver de un hombre por identificar... pero no menciona el secuestro de ningún niño.

—Eso es lo que me extrañaba —dijo Christian, tamborileando los dedos sobre la mesa.

—La familia O'Connor habrá exigido máxima discreción a las autoridades. Es el protocolo estándar en secuestros para no alterar a los captores.

—No me lo trago.

—¿Cómo que no te lo tragas?

—Diana, la familia puede pedir toda la discreción del mundo, pero un secuestro en un peaje y un cadáver cerca del aeropuerto de El Prat no se silencian así como así. A menos que haya alguien tirando de los hilos.

Diana apretó la mandíbula al escuchar eso.

—Mi sargento Cifuentes me citó esta mañana en su despacho —confesó al fin, rendida a la evidencia—. Me acusó de insubordinación, me abrió un parte disciplinario y me amenazó con expulsarme del cuerpo si volvía a hacer preguntas.

Él asintió, pensativo. Las piezas empezaban a encajar.

—Porque no soportas la idea de quedarte de brazos cruzados, ¿verdad? Dime que aún te acuerdas de la matrícula de la furgoneta que viste en el peaje.

—Por supuesto. —Diana le pidió un bolígrafo a la camarera que pasaba y anotó la secuencia alfanumérica en una servilleta de papel —. Hice una consulta rápida ayer por la tarde en Tráfico. Pertenece a una empresa de alquiler de vehículos del aeropuerto.

Christian dobló la servilleta con cuidado y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Entonces nuestro siguiente paso es obvio. Vamos a averiguar a nombre de quién se alquiló ese vehículo de mierda. Y de paso, comprobaremos si alguien oficial ya se nos ha adelantado haciendo las mismas preguntas.

—¿Porque si no hay nadie oficial preguntando...?

—Porque si a tu sargento no le interesa investigar al muerto de la furgoneta, significa que alguien ya le ha pagado para que mire hacia otro lado.

28

12:30

La oficina de *Transfers Catalunya* ocupaba la planta baja de una nave industrial deslucida en la Autovía de Castelldefels, a escasos kilómetros del aeropuerto de El Prat. Al pasar por la Nave 12, Diana notó la ausencia de la furgoneta.

—Ya no está —murmuró—. La policía se la ha llevado. Y el cadáver estará en la morgue, pero dudo que lo hayan relacionado con el secuestro del niño.

Christian mantuvo el rostro inescrutable. Tenía guardado el pasaporte en su habitación del hotel.

—Vamos dentro —dijo.

Él entró primero, empujando la puerta de cristal. Diana lo siguió un paso por detrás, tal y como habían acordado: él llevaría la voz cantante y ella mantendría un perfil bajo para no exponerse ante sus superiores.

El interior olía a ambientador de pino barato. Sobre un escritorio de melamina se apilaban carpetas abiertas, albaranes y talonarios de facturas. Dos teléfonos sonaban a la vez.

El gerente acababa de terminar una llamada y, mientras descolgaba la siguiente, levantó la vista hacia ellos. Tendría unos cincuenta y tantos años y llevaba una corbata con un lamparón de café en la punta.

—Un momento —les dijo, y luego habló por el auricular—. Sí, mamá. Sí...

El segundo teléfono dejó de sonar. El gerente colgó, exhalando un suspiro cargado de frustración.

—*English?* —preguntó Christian.

—*Yes* —respondió el gerente. Se enderezó en la silla y adoptó un tono más profesional.

Christian estiró los labios en una sonrisa de falsa empatía.

—Han encontrado una de sus furgonetas abandonada cerca de un polígono. Creemos que es suya.

El gerente frunció el ceño.

—¿Qué furgoneta?

Christian sacó la servilleta doblada del bolsillo, la alisó con dos dedos y la deslizó sobre el mostrador.

—Esta matrícula.

El hombre la leyó una y otra vez. Al instante, levantó la vista, mucho más alerta de lo que quería aparentar.

—A mí nadie me ha informado de nada.

Christian dejó que el silencio cayera con todo su peso. Oyó, a su espalda, el mínimo roce de la ropa de Diana al desplazarse. No la miró.

—Puede que a usted todavía no. Pero ya ha salido en la prensa.

Luego, puso el periódico sobre el mostrador y lo abrió en la página del artículo. La foto de la furgoneta ocupaba media columna.

Durante el par de segundos que Christian mostró el artículo, el gerente se inclinó. Sus ojos se movieron de la imagen a la matrícula anotada en la servilleta.

—Sí... parece de nuestra flota.

—Necesito confirmar quién la había alquilado.

El gerente enderezó la espalda.

—No doy datos de clientes.

—No le pido un expediente médico. Le pido un nombre.

—No. Sin un oficio judicial... sin policía... nada de nada.

Christian asintió y se acercó un paso al mostrador.

—Los Juegos Olímpicos están a pocos días. La ciudad está repleta de periodistas de medio mundo. Si se enteran de que un

vehículo de *Transfers Catalunya* aparece abandonado en circunstancias extrañas... —Dejó la frase flotando en el aire—. Usted sabe cómo funciona.

—Aquí no queremos periodistas merodeando.

—Pues ya tiene a uno delante —mintió—. Déjeme plantearlo de otra manera: si esto sale mal, hoy mismo tendrá un equipo de televisión plantado en la puerta, espantando a sus clientes. Si me da el nombre del contrato, yo apago ese fuego. Escribiré que la empresa colabora de forma proactiva y que no tiene relación con la trama.

El gerente soltó un bufido sarcástico.

—Váyase a apagar fuegos a otro sitio. Yo no doy nombres a extranjeros que entran por esa puerta.

Christian asintió como si aceptara la derrota y dio un paso lateral, dejándole espacio. Y entonces, con la misma voz con la que pediría un café, soltó la bomba.

—Hay un cuerpo en el interior de la furgoneta.

El gerente se paralizó.

—¿Qué?

—Un cadáver. Por lo visto, la policía todavía no ha empezado a llamar a las puertas. Pero lo hará. Y cuando lo hagan, la primera pregunta será: «¿A quién se la alquiló usted?».

Los ojos del gerente volaron hacia la puerta interior marcada con el letrero de ADMINISTRACIÓN, y luego regresaron a Christian, cargados de pánico.

—No, a mí no me han informado de ningún muerto. Déjeme llamar a mi supervisor.

Tomó el auricular del teléfono.

—Si llama, en diez minutos esto se llena de uniformes y precintos. Y alguien filtrará algo. Siempre pasa.

—No puedo... no puedo dar...

—No me dé datos. Solo el nombre y el documento con el que alquiló. Eso es todo.

El gerente miró el teléfono, luego a Diana, por primera vez con verdadera atención.

—¿Y ella quién es?

Christian notó cómo se le estrechaba el margen de maniobra; se le acababan los trucos. Antes de que pudiera improvisar otra mentira, el gerente tomó una decisión.

—Váyanse. Ahora mismo.

El dedo del hombre se dirigió al botón de marcar. Christian vio cómo la oportunidad se esfumaba.

Y entonces Diana dio el paso que él llevaba diez minutos intentando evitar. Sacó su cartera de cuero y mostró la placa. El escudo metálico brilló bajo la luz fluorescente.

—Guardia Civil —dijo Diana en español, captando la atención del gerente, antes de pasar al inglés—. Necesitamos esa información.

El gerente congeló la mano.

Christian la miró de reojo. En ese instante, supo que era cuestión de tiempo antes de que las autoridades les pararan los pies en cuanto su sargento se enterara de la visita.

El gerente dejó caer el auricular sobre la horquilla como si quemara.

—Esto... esto no funciona así.

—Funciona así cuando hay un muerto —dijo Diana, sin elevar la voz—. Estamos hasta arriba de trabajo. Mis compañeros llegarán más tarde para el papeleo. Nombre, documento y el teléfono que dejó en el contrato. Ahora.

El hombre apretó los labios, calculando a toda velocidad cuánto le convenía resistirse a una agente de paisano. Unos segundos después, señaló la puerta trasera con un gesto brusco.

—Espere.

Pasaron tres, cuatro minutos. Christian y Diana no se miraron. La tensión entre ambos era eléctrica.

El gerente volvió acompañado de un empleado más joven que llevaba una carpeta de archivo. El joven tenía cara de no querer estar allí.

—La matrícula corresponde a nuestra flota —dijo el joven, a la defensiva, mirando la placa de Diana—. Pero no es un alquiler comercial, es un...

Diana alzó el mentón, impaciente.

El joven abrió la carpeta y leyó en un contrato impreso.

—Furgoneta BB-1947-NN. Alquilada el dieciséis de julio a las ocho de la mañana. Cliente: James O'Sullivan. Pasaporte irlandés.

Christian se quedó callado. Ahora Diana también conocía la identidad de su conexión. El empleado siguió leyendo.

—Periodista. Medio de comunicación: *Evening Herald*.

Diana anotó metódicamente cada detalle en su libreta. Christian forzó los músculos de la cara para mantener una expresión de absoluta indiferencia.

—No saltó ninguna alarma porque la devolución de la furgoneta estaba prevista para dentro de dos días —se justificó el gerente desde atrás.

Ella levantó la vista de la libreta.

—¿Ha venido alguien antes a preguntar por este contrato? ¿Policía Nacional? ¿Alguien de mi unidad?

El gerente negó con la cabeza.

—Ustedes son los primeros.

Diana cerró la libreta de un manotazo. Christian, al ver la rigidez de sus hombros, supo que ella también había comprendido la magnitud de ese «nadie»: Cifuentes encubría aquella situación. Salieron a la calle en silencio. La luz blanca y cegadora de Barcelona les cayó encima como un mazo. A lo lejos, el tráfico de la autovía seguía rugiendo, mientras la ciudad entera se movía hacia el gran espectáculo olímpico como si nada estuviera podrido por debajo.

Ella caminaba deprisa hacia el Panda, aunque fuera del edificio parecía mucho más pequeña.

—Si esto llega a Cifuentes... —murmuró, agarrando las llaves del coche con fuerza.

—Va a llegar —respondió Christian, mirando por encima del hombro hacia los cristales de la nave—. Ese gerente estará haciendo llamadas en cuanto arranquemos. Hay que darse prisa.

Diana se detuvo junto a la puerta del conductor.

—¿Qué hace un periodista irlandés alquilando una furgoneta de una empresa local de traslados?

—Eso es justo lo que vamos a averiguar —dijo Christian—. Pero no aquí. Vamos.

—¿Adónde?

Abrió la puerta del copiloto y se dejó caer en el asiento, con la mente trabajando a mil por hora.

—Adonde están todos los malditos periodistas. Si O'Sullivan tenía acreditación olímpica, alguien en el centro de prensa internacional tiene que conocerlo o haberlo visto. —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. Arranca. Tenemos que encontrar el rastro de O'Sullivan antes de que alguien empiece a preguntar por nosotros. Diana metió la llave en el contacto y el viejo motor del Panda celeste tosió antes de rugir. Barcelona seguía contando los días para su gran fiesta, pero ellos dos acababan de entrar en una cuenta atrás mucho más peligrosa.

29

15:03

DECLAN se plantó frente a la mesa de trabajo metálica. Los objetos que había comprado se extendían por la superficie como piezas de un lenguaje que solo unos pocos sabían leer: rollos de cables, herramientas, pequeños dispositivos que solo cobraban sentido al ser conectados en el orden adecuado. Colocó una bandeja metálica sobre la mesa. Abrió uno de los recipientes sellados. El olor sintético y denso a disolvente industrial y almendras amargas le asaltó la nariz. Lo cerró de inmediato. Aquella masa plástica sería suficiente para demoler el hormigón. Colocó tres latas de acero reforzado, cada una del tamaño de un bote de leche condensada, listas para recibir el explosivo.

Mientras amasaba el compuesto, su mente viajó a los años en que todo aquello aún tenía sentido para él. Recordó las reuniones en pisos fríos de Derry y a los hombres mayores que le hablaban de patria y sacrificio.

Se obligó a volver al presente.

Tomó unos alicates pequeños del fondo de la caja, peló apenas unos milímetros de cobre y aisló el extremo con cinta negra, lo justo para evitar un cortocircuito al contacto con metal.

Nunca des por sentado que funciona porque funcionó la última vez.

Lo había aprendido en un cuarto húmedo, con uno de los veteranos del IRA señalándole un cable chamuscado tras la muerte de tres compañeros.

Preparó el contenedor, se aseguró de que no hubiera holguras internas que pudieran delatar su contenido al moverlo, y dejó el espacio suficiente para el pequeño corazón eléctrico que haría el trabajo sucio.

El segundo aparato fue más rápido.

El tercero lo montó casi automáticamente. El problema de la costumbre, pensó, es que se asemeja demasiado a la confianza. Y la confianza, en su mundo, era otra palabra para debilidad. Hizo una pausa. Volvió a la mesa. Puso tres relojes delante de él. No eran iguales, pero compartían una característica: podían falsear la hora, pero contaban el tiempo con precisión. Tomó el primero y adaptó el circuito de la alarma.

Fue entonces cuando la mano le tembló.

No fue un temblor exagerado, sino un desajuste milimétrico en el pulgar en el momento de acercar una de las conexiones al temporizador. El cable pelado rozó el borde metálico. Un chasquido seco. Fue un típico cortocircuito por descarga estática. Un destello azul iluminó la penumbra y, enseguida, el olor penetrante del plástico quemado se superpuso al del explosivo. Si ese chispazo hubiera alcanzado el interior de las latas reforzadas, la llamarada habría incendiado la mesa y arruinado la operación, reventándoles los pulmones a él y al niño de la cámara.

Se apartó de golpe. La silla rechinó contra el suelo de cemento. El silencio se volvió repentinamente denso. El fallo no había detonado nada. Aún no. Pero uno de los componentes estaba carbonizado en el borde, un perezoso hilo de humo ascendía hacia la bombilla desnuda del techo.

—¡Joder! —susurró.

El corazón le latía contra las costillas con inusitada fuerza. Ese pequeño error lo había devuelto de golpe al pasado.

Se levantó, se dirigió al fregadero de acero oxidado, abrió el grifo y dejó correr el agua. Se lavó las manos con fuerza. Mientras se secaba con un trapo sucio, su mente emprendió un recorrido propio.

Vio a su hermano Sean en el suelo con la cara destrozada por una bomba mal calculada, junto al olor a carne quemada y metal caliente. Nadie en el Movimiento quería admitir que, a veces, el enemigo era también su propia torpeza. Recordó el asco que le revolvió el estómago cuando los mismos hombres que los mandaban a morir empezaron a firmar acuerdos de paz. «El futuro», decían, dejando atrás a quienes yacían bajo tierra.

Volvió a la mesa y miró el pequeño desastre: el componente quemado y el cable ennegrecido. Era recuperable. Podía sustituirlo. Reconstruyó el primer temporizador. Esta vez sostuvo el cable con dos dedos y fijó el pulso como hacían los francotiradores con la respiración: tomar aire, una breve pausa, soltarlo, contacto. Ajustó los tiempos mentalmente. Visualizó dónde iría cada carga: la primera en la escalera de servicio, la segunda en la rampa de evacuación y la tercera, arriba, entre los tubos de ventilación que nadie miraba. No necesitaba apuntarlo en ningún plano. Cada ubicación se fijaba como un clavo en la pared de su cabeza.

El último tornillo del temporizador se resistió. La rosca estaba mal hecha o lo había introducido torcido. Presionó de más y la cabeza del tornillo saltó, rodando con un leve traqueteo sobre el metal de la mesa hasta caer al suelo.

—Perfecto... —murmuró con sarcasmo.

Buscó otro en la caja de herramientas. Encontró uno que no encajaba del todo, pero bastaría. Lo apretó hasta el fondo, dejando una minúscula cicatriz en el aislamiento que nadie vería. Se echó hacia atrás y observó el conjunto. Los tres artefactos estaban listos. Los colocó con un cuidado exquisito dentro de una caja corriente, una de esas que alguien podría confundir con equipo fotográfico de prensa.

30

16:52

Diana apagó el motor del Seat Panda y se quedó un segundo con las manos sobre el volante, como si apretar el cuero pudiera sujetar el resto del mundo.

—¿Estás segura de esto? —preguntó Christian, con la mano ya en el tirador de la puerta.

—¿Tienes alguna opción mejor?

Él no respondió.

Ella se ajustó la guerrera verde frente al retrovisor. Habían pasado por su apartamento para que se cambiara. Entrar sin acreditación en el Centro de Prensa Olímpica exigía un salvoconducto, y en 1992 no había mejor forma en España que el tricornio y los galones de la Benemérita. El charol negro del sombrero le rozaba el chichón todavía sensible. Frunció el ceño a propósito, asimilando el dolor como un protocolo más.

—No hay tiempo para pensar —dijo, y abrió la puerta.

El Centro de Prensa Olímpica ocupaba uno de los pabellones de Fira Barcelona, a los pies de Montjuïc. Un edificio clásico de tres plantas que, para los Juegos, se había convertido en un colmenar de cables, antenas y voces superpuestas docenas de idiomas. Afuera, el mes de julio apretaba con treinta grados. La aguja blanca de la Torre

de Comunicaciones de Calatrava se perfilaba contra el cielo azul, tendiendo cables de transmisión como venas.

Desde Montjuïc, el mundo entero miraba a Barcelona.

La entrada principal, con su arco metálico, estaba bloqueada por una fila de periodistas y atendida por voluntarios con chaleco naranja, desbordados por el flujo de cámaras y trípodes. A un lado, la seguridad privada vigilaba a la multitud. Más atrás, dos policías nacionales conversaban sin prisa.

A Diana no le preocupaban ellos. El verdadero punto de fricción era el control de acreditaciones: una mesa sencilla flanqueada por vallas, con listas manuscritas, sellos y un guardia civil de servicio.

Christian se quedó atrás, simulando buscar algo en los bolsillos, mezclado entre un grupo de reporteros suecos. Esperaría su señal.

Ella cruzó el vestíbulo con el uniforme impecable y paso firme. El guardia de la mesa era joven, con sombra de barba y expresión de aburrimiento crónico. Diana se colocó a la altura de la mesa y leyó la placa en su pecho: «ÓSCAR SÁEZ».

—Buenas —saludó ella.

El guardia se incorporó levemente.

—Buenas. ¿Qué tal el turno, compañera?

—El jaleo de siempre —respondió Diana con naturalidad—. Vengo de comandancia. Estoy escoltando a un acreditado de prensa extranjera. Ha montado un numerito en las oficinas del puerto y me han mandado a sacarlo de aquí antes de que algún mando con estrella en el hombro lo convierta en un informe diplomático.

Óscar frunció el ceño y acercó su portapapeles.

—¿Tiene acreditación?

—Ese es el problema: se la ha dejado dentro. Si hay que rellenar papeleo, lo relleno yo. Pero ahora mismo me interesa que esto llegue a Capitanía como un «incidente resuelto», no como una «brecha de seguridad».

Óscar la miró de arriba abajo, evaluando la guerrera, el tricornio y la determinación de la novata.

—Aquí no pasa nadie sin acreditación válida por el arco. Nadie. Son órdenes estrictas.

—Lo sé —concedió Diana—. Por eso entro yo con él. No se quedará dentro, solo a recoger sus papeles. Lo escolto a la salida y asunto zanjado.

Hubo un breve silencio.

—Bastante tengo con que luego venga algún jefe a decirme que me he saltado el protocolo.

Ella se inclinó un centímetro más hacia él.

—Si alguien pregunta, dices que estaba bajo mi responsabilidad directa. Apuntas mi número de placa y la hora, y así te cubres las espaldas. Cuanto antes me lo quite de encima y sin más alboroto, mejor para todos.

Óscar resopló, mirando por encima del hombro de Diana hacia la multitud.

—¿Es ese el problema? —preguntó, fijándose en Christian.

—Ese es el problema.

—Vale. Pero rápido. Y, si pita el arco, el cacheo lo haces tú.

—Perfecto.

Ella se giró e hizo un gesto con la barbilla a Christian para que la siguiera.

—Apunta hora de entrada y salida —le recordó Diana al guardia, ya en movimiento.

Christian cruzó el arco. El detector no pitó. Un voluntario levantó la cabeza, pero Diana sostuvo su mirada el tiempo justo para que comprendiera que contradecir a una guardia civil enfadada no le convenía.

Siguieron por el pasillo principal. Al doblar la esquina y perder de vista el control, Christian se aflojó el cuello de la camisa.

—¿Qué le has dicho? —preguntó en voz baja.

—Que eres un dolor de cabeza.

—Ah, claro. Con razón me miró como si yo fuera una multa de tráfico.

Diana se detuvo junto a unos paneles de corcho con horarios de competiciones.

—Date prisa. Ve a la sala de redacción, encuentra a alguien del *Evening Herald* y pregunta por O'Sullivan. Después, desaparece.

—¿Y tú?

Ella miró el constante flujo de extranjeros y el pasillo que se abría a otras salas.

—Es demasiado arriesgado movernos juntos por las oficinas; mi uniforme llama mucho la atención. Yo volveré al vestíbulo principal, pero no a la mesa. Me quedaré cerca de la salida, esperándote.

Christian la miró un instante. Estuvo a punto de decir, pero apretó los labios, asintió y se perdió entre un enjambre de fotógrafos estadounidenses.

Diana dio un rodeo por la galería lateral, buscando una posición cerca de las cristaleras que no la devolviera al arco de seguridad.

No llegó muy lejos.

—Valenti.

Reconoció la voz al instante y se quedó sin aliento. Se giró despacio, intentando formular una excusa, pero su mente se había quedado en blanco.

A tres metros de ella, el subteniente Morales la observaba con una mezcla de sorpresa y curiosidad.

—Mi subteniente... —murmuró ella, cuadrándose instintivamente.

—¿Qué hace usted aquí?

—Órdenes de comandancia —respondió. Fue lo primero que se le ocurrió, y el principio del desastre.

—¿Desde cuándo está asignada a este centro? —El hombre dio un paso hacia ella, acortando la distancia—. Espere un momento. Usted está de baja médica.

El corazón de Diana se detuvo y luego aceleró sin control, bombeando sangre furiosamente contra sus sienes. El subteniente no debería saber la situación médica de una guardia rasa de otra unidad, a menos que su nombre ya circulara por las emisoras. En ese maldito instante, Diana supo que Cifuentes había cumplido su amenaza: la estaban buscando.

Ya no había ninguna excusa que valiera.

—Acompáñeme —ordenó el subteniente.

Diana asintió una sola vez, rígida.

El mando la condujo por un pasillo secundario hasta una puerta sin rótulo. Sacó una llave, abrió y señaló el interior con un gesto tajante de la barbilla.

—Adentro.

El despacho era pequeño. Había una mesa metálica, dos sillas de plástico y un teléfono gris con el cable enrollado. En la pared, un plano del edificio marcaba con rotulador rojo las zonas de seguridad. A través de un ventanuco alto se veía la estructura futurista de la torre de Calatrava, pero dentro el único ruido era el traqueteo de un ventilador averiado que apenas movía el aire caliente.

—Está de baja médica —repitió el subteniente, esta vez como una acusación firme, cerrando la puerta a sus espaldas.

—Sí, mi subteniente.

—Y aun así, hoy se presenta de uniforme en el control de acceso del Centro de Prensa Olímpica inventando unas órdenes. ¿Quién la ha mandado aquí?

Diana mantuvo la mirada clavada en la pared desconchada. Cualquier nombre que dijera terminaría en una llamada telefónica que, inevitablemente, llegaría a Cifuentes, quien los aplastaría a ella y a Christian.

—¿No me lo va a decir, Valenti? —presionó el hombre.

Ella no respondió.

—¿Estoy detenida? —preguntó Diana, con la voz más firme de lo que se sentía por dentro.

—No. De momento es usted un expediente disciplinario con patas.

El subteniente se cruzó de brazos, irritado por su silencio.

—Si prefiere callarse, muy bien. Vendrá el capitán de Seguridad Olímpica y se lo explicará a él.

Se dio la vuelta, abrió la puerta y salió, echando la llave por fuera. El ruido de la cerradura sonó como un disparo en la pequeña habitación.

Diana se quedó sola. Apoyó los antebrazos en la mesa metálica, sintiendo la frialdad a través de la tela verde de la guerrera. Miró su reloj de pulsera. Christian llevaba allí siete minutos. Si el capitán de seguridad ordenaba revisar las cámaras y cotejar las listas de acceso, no tardarían ni cinco minutos en identificar a un extranjero rubio sin acreditación. De pronto, el inmenso colmenar de cristal

dejó de ser un refugio de prensa para convertirse en una trampa perfecta.

31

17:02

DECLAN SALIÓ de la antigua cámara frigorífica cerrando la pesada puerta con el giro exacto de muñeca sin hacer ruido. Había dejado al niño atado de nuevo, con nudos de cuerda náutica lo bastante sueltos para no cortar la circulación, pero seguros. El crío respiraba profundo en su colchón, todavía arrastrando la somnolencia del sedante.

Cruzó el salón polvoriento. Dejó sobre la mesa el arma corta, tapándola con el periódico del día. Se puso el chaleco multibolsillos y comprobó el peso: carretes de repuesto, filtros de rosca, un paño de microfibra.

La acreditación descansaba en la encimera de la cocina. La levantó por el cordón con los aros olímpicos. Llevaba el logo de Barcelona ’92 y un nombre impreso: *James O'Sullivan*. La foto pertenecía a un cadáver, pero los guardias de seguridad de primera línea buscaban códigos de barras y colores de acceso, no rasgos faciales exactos. Dos hombres blancos, norirlandeses, con pelo claro. Tenía que ser suficiente.

Se la colgó al cuello, dejando que la ancha correa de su cámara Nikon cayera justo por encima, tapando parte de la fotografía.

Recogió la pesada bolsa de lona del suelo. Dentro, mezcladas entre lentes grandes y un flash de antorcha, viajaban las tres

carcasas metálicas. Cerradas. Perfectamente camufladas como baterías externas de iluminación.

Salió al callejón. El sol ya castigaba el asfalto. Condujo el sedán robado hacia Montjuïc, evaluando las barreras de hormigón y los Land Rover de la Guardia Civil aparcados frente a los accesos principales.

Aparcó lejos del perímetro y caminó hasta el Centro Internacional de Prensa. En la entrada, dos voluntarios revisaban tarjetas con movimientos mecánicos.

—*Good afternoon. Accreditation, please.*

Declan le tendió el plástico sin detener el paso. El voluntario pasó el código de barras por el lector. Un pitido apagado. Luz verde. El chico miró la acreditación medio cubierta por la correa un cuarto de segundo y asintió.

—*You're in.* Sala de prensa a la izquierda. Fotógrafos al auditorio, por favor.

Siguió el flujo de chalecos naranjas. En el auditorio, un coordinador con camisa blanca agrupaba a la prensa gráfica frente a un plano proyectado en la pared.

—Escuchad, soy Pau —dijo el coordinador—. Los pases de nivel dos, como el vuestro, os permiten estar en fosos laterales y plataformas de grada en el Estadi. Pero escuchadme bien: el Palau Sant Jordi tiene una estructura de techo colgante muy delicada. Cero accesos a las pasarelas superiores. Repito: prohibido. Seguridad está muy encima de eso.

Hubo un murmullo general. Declan guardó silencio, sintiendo el peso de la lona contra su muslo. En su negocio, «prohibido» no significaba imposible; solo significaba que el objetivo causaría el mayor daño estructural posible.

Terminado el *briefing*, los subieron a un microbús que trepó hasta la cima de Montjuïc. Los dejaron en la zona oeste del Estadi Olímpic. El aire allí arriba era seco, y el sol rebotaba en las miles de butacas de plástico recién instaladas con un resplandor cegador.

Antes de entrar al túnel de prensa, pasaron el último control.

—Acreditación visible y abran las mochilas —pidió un guardia de seguridad joven.

Cuando llegó su turno, Declan abrió la cremallera de la lona con apatía calculada. Dejó a la vista el equipo y la gran caja metálica inferior que ocultaba las cargas en un doble fondo. El guardia metió la mano y palpó el metal duro de las «baterías».

Declan contuvo el aire.

—Transformadores de voltaje y baterías pesadas para el *flash* en ráfaga —improvisó, señalando la Nikon con aburrimiento.

El guardia la devolvió. Estaban revisando decenas de bolsas por minuto a veinticinco grados a la sombra.

—Vale, pase. No salgan de la zona acotada.

Declan asintió. Pero en cuanto el grupo embocó el foso de gradas, él giró sobre sus talones. Caminó en dirección contraria, moviéndose con la autoridad de un técnico de televisión que sabe exactamente a dónde va.

Llegó a un pasillo de servicio bajo la tribuna principal del Estadi. Se agachó junto a un registro de cableado eléctrico, lo abrió con una moneda, sacó el primer contenedor de la bolsa. Lo empotró en el hueco de hormigón, rodeado de mangueras de cables.

Pulsó el interruptor de seguridad. Un clic sordo. El circuito estaba vivo.

Primera colocada.

Avanzó por el túnel lateral hasta la rampa de evacuación exterior, donde dos voluntarios charlaban. Declan se detuvo a quince metros, se llevó la cámara a la cara y fingió enfocar el pebetero. Cuando uno de los voluntarios se giró, extrajo el segundo contenedor y lo deslizó por el sumidero de ventilación de la rampa, manteniéndolo oculto de las patrullas. Pulsó el interruptor de armado mientras un camión pasaba cerca, cubriendo el sonido.

Dos colocadas. Faltaba la joya de la corona: el Palau Sant Jordi.

Abandonó las entrañas del Estadi y cruzó la gran explanada blanca, dirigiéndose hacia la inmensa cúpula gris del pabellón diseñado por Isozaki. Entró por una puerta de servicio trasera, deslizándose de inmediato hacia las sombras bajo la grada retráctil.

El acceso al *catwalk* del techo estaba protegido por una pesada puerta metálica con cerradura de tarjeta. Justo delante, un operario

de sonido maldecía en voz baja mientras intentaba desenredar un grueso manojo de cables que bloqueaba el pasillo.

Declan se quedó petrificado tras una fila de contenedores de material. El peso de la bolsa de lona le castigaba el hombro, pero contuvo la respiración mientras evaluaba sus opciones. Un asesinato silencioso allí mismo resolvería el problema, pero dejaría un rastro biológico imposible de limpiar a tiempo. El técnico bufó, dejó caer los cables al suelo y se palpó los bolsillos del mono. Sacó un cigarrillo y, para evitar los sensores de humo, abrió la puerta metálica de acceso restringido y la calzó con una caja de herramientas para que no se cerrara de golpe. Luego dio dos pasos hacia la rampa exterior, y le dio la espalda al pasillo para encender el tabaco. Era una ventana de oportunidad de tres segundos. Declan se movió. No corrió; caminar en silencio con una carga tan pesada exigía un control absoluto del centro de gravedad. Deslizó las suelas de goma por el hormigón pulido, pasando a escasos centímetros de los cables esparcidos, y apretó su cuerpo contra el marco de la puerta entreabierta. Cruzó al otro extremo justo cuando el ruido de la inhalación y el olor a humo quemado llegaban a su posición. Ya a salvo en las entrañas del recinto técnico, ignoró el montacargas ruidoso y trepó por la escalerilla de servicio incrustada en el hormigón, peldaño a peldaño. Arriba, a veintiséis metros del suelo, el calor era asfixiante.

El techo del Sant Jordi era una inmensa malla espacial tridimensional. Un laberinto de metal gris suspendido sobre la pista.

Avanzó por la pasarela de rejilla con paso firme. Buscó el punto ciego perfecto, un nudo estructural clave oculto tras una enorme bandeja de cableado de alta tensión y focos de halógeno.

Sacó el tercer contenedor, el que llevaba la mayor carga de Semtex. Un sudor helado le recorrió la columna vertebral. Lo deslizó dentro de uno de los huecos de la estructura tubular del techo. Quedó invisible desde cualquier ángulo inferior.

Al presionar el temporizador, le tembló la mano. Él lo noto. Cuando el circuito parpadeó en rojo, cerró la cubierta y respiró hondo.

Lo había hecho.

Bajó con calma metódica. Salió a la explanada del Anillo Olímpico y caminó hacia la parada del autobús de regreso. Se detuvo un segundo y miró el recinto desde abajo con sonrisa de satisfacción. Se ajustó la correa de la bolsa vacía. La próxima vez que mirara ese lugar, el mundo entero lo estaría viendo arder por televisión. Se marchó sin mirar atrás. En sus escondites, los tres temporizadores ya corrían en silencio, como corazones enterrados esperando el momento preciso para latir.

32

17:08

CHRISTIAN AVANZÓ por el pasillo sin darse la vuelta, con la sensación absurda de que el aire acondicionado ya no enfriaba.

El Centro de Prensa de Montjuïc bullía de periodistas, técnicos y voluntarios. Si James O'Sullivan se había ausentado de su trabajo, alguien en el *Evening Herald* podría ayudarle a reconstruir los días previos a su desaparición, antes de que su ausencia se hiciera pública y su nombre se relacionara con el cadáver hallado en la furgoneta.

Llegó a una mesa alta donde una mujer, con el pelo recogido y las gafas en la punta de la nariz, manejaba una lista impresa de varias páginas. Le indicó que el periódico irlandés estaba al final del pasillo.

Atravesó un bosque de teléfonos sonando y voces superpuestas en inglés, francés, español, alemán y otros idiomas que no se molestó en identificar. Se fijó en las cámaras de seguridad instaladas en las esquinas. Eran de lente ancha, pero de resolución baja. Supuso que el circuito cerrado enviaba la señal a algún cuarto de control lleno de monitores de tubo. Se echó hacia un lado y siguió caminando. Si alguna lente lo captaba, no sería más que una sombra pixelada entre la multitud.

Además, localizó dos ascensores al fondo, escaleras de emergencia a la izquierda, señalizadas con letras blancas sobre fondo rojo, y una puerta lateral cerca de la recepción. Había un guardia civil en la entrada y otro junto a los ascensores. También comprobó la presencia de seguridad privada en la puerta lateral, así como varios voluntarios que no parecían tener entrenamiento táctico alguno.

Esquivó a un chico de camiseta blanca y a una mujer que, con una carpeta azul, se cruzó apresuradamente en su camino. Se alejó del ruido principal hasta llegar al área reservada a la prensa escrita.

Los periódicos extranjeros ocupaban cubículos idénticos, alineados como celdas. Tomó una libreta y un bolígrafo del mostrador de un puesto vacío y siguió caminando.

El puesto del *Evening Herald* se hallaba al fondo.

El escritorio principal estaba vacío, pero sobre él había una máquina de escribir Olivetti, un cenicero rebosante de colillas idénticas, papeles dispersos con notas garabateadas y telegramas con números de extensión en tinta borrosa.

—¿Buscas algo en particular?

Christian se giró y encontró a una mujer de unos veintitantos años, con el pelo rojo recogido en una cola de caballo, pecas en las mejillas y un fuerte acento irlandés al hablar inglés.

—¿Eres del *Evening Herald*? —preguntó Christian, fingiendo un acento alemán.

—¿Quién lo pregunta?

—Busco a James O'Sullivan.

—¿Para?

Él levantó la mano para estrecharla, pero la dejó a medio camino ante la frialdad de la mujer.

—Soy fotógrafo de la agencia DPA. Me pidieron contactar con él para coordinar la cobertura de atletismo.

—¿Quién te lo pidió?

—Mi director de fotografía.

—¿Nombre?

Christian no pestañeó.

—Markus Weber.

La pelirroja dejó caer una carpeta sobre el escritorio con más fuerza de la necesaria.

—Mi jefe en Dublín cree que soy la secretaria personal de James.

—¿Dónde está?

—Eso es lo que yo quisiera saber —se quejó la mujer mientras se recostaba—. Hace dos días que no aparece. Previamente, desapareció toda una noche y volvió a las cuatro de la mañana con la ropa desgarrada, afirmando haber tenido un altercado en un bar. Luego volvió a desaparecer, esta vez regresó con una herida en el brazo, un «accidente de trabajo», supuestamente.

—Podría haberle pasado algo grave.

—¿Sabes qué pasó? James descubrió que Barcelona tiene bares y que en ellos sirven alcohol muy barato.

Christian escuchó sin interrumpir. En su oficio, sabía que las personas sueltan la verdad más rápido cuando creen que están hablando con alguien sin importancia.

—Ya se lo dije al director antes de venir. James O'Sullivan era un excelente periodista. Ahora es un excelente bebedor.

—¿Sabes por dónde suele parar?

—No soy su madre.

Él dio un paso atrás, bajando los hombros como si aceptara la derrota. Luego se detuvo.

—Debe de ser frustrante: él con sus problemas y tú lidiando con su desastre.

Ella lo miró. Su actitud defensiva cedió una fracción de milímetro.

—¿Por qué te importa tanto?

—Tengo una coordinación programada. Si la cobertura falla, quedo como un incompetente ante mi jefe en Berlín. Y créeme —Christian sonrió sin humor—, él ya tiene suficientes razones para creer que lo soy.

Hubo una pausa. Un momento de cálculo en los ojos de la mujer. Luego cogió un bolígrafo y escribió rápido en un papel arrugado.

—Encontrarás un *pub* irlandés en la parte vieja, cerca de la plaza de la Mercè. Se llama Finnegans.

—Gracias.

—Cuando lo veas, dile que, si regresa, será solo para recoger sus cosas y marcharse a Dublín. La central ya está preparando los papeles del despido.

—Se lo diré.

—¿Tienes nombre, al menos?

—Chris... topher. Me llamo Christopher. De Alemania.

Ella anotó algo en su libreta.

—Pues si lo ves, Christopher, dile que llame para dar señales de vida.

Él asintió.

—Lo haré.

Se dio la vuelta y bajó las escaleras. Buscó a Diana con la mirada entre la multitud del vestíbulo, pero no la encontró. A lo lejos, vio al guardia civil con el que ella había estado hablando, quien seguía en su puesto de acreditaciones.

Cogió una caja de folios al azar de un carro de suministros y cruzó el control de salida llevándola en brazos, fingiendo ser el «guiri» problemático que Diana había escoltado para recoger sus cosas y marcharse.

Cuando el guardia civil lo identificó, movió la cabeza en desaprobación, apuntó algo en una hoja de registro y le señaló la puerta con la barbilla, indicándole que no volviera a entrar.

Estaba a dos metros de las puertas de cristal cuando oyó que alguien lo llamaba.

Christian no se giró. Siguió caminando un paso más, pero la voz insistió a sus espaldas. Entendió que si seguía ignorándola, provocaría una persecución. Se detuvo y se giró despacio.

—*Yes?*

—Acreditación, por favor —le pidió en inglés uno de los voluntarios del arco de entrada.

El guardia civil gritó algo en español y el voluntario bajó la mano.

Barcelona bullía bajo treinta grados de calor espeso. No estaba acostumbrado a ese nivel de humedad y sintió una sed repentina, arenosa. Le diría a Diana que pararan a comprar agua por el camino antes de llegar al Barrio Gótico.

Dejó la caja junto a una papelera y, al no verla, se dirigió hacia la zona de aparcamiento. Tenía la pista que buscaba. Para cuando la policía relacionara el cadáver de la furgoneta con la silla vacía del periódico, la pelirroja ya les habría hablado de un fotógrafo alemán llamado Christopher. Una vía muerta.

Llegó a la fila de coches y paró en seco.

El Seat Panda estaba vacío.

Se quedó de pie bajo el sol implacable, mirando a través de la ventanilla. La garganta se le secó del todo. Las puertas estaban cerradas con el seguro echado y no había rastro de ella por los alrededores. La ausencia de Diana, que le había prometido esperar en la puerta, solo podía significar una cosa: la habían pillado.

Y si la habían descubierto, el riesgo era demasiado alto para quedarse allí inmóvil esperando a que una patrulla saliera a buscar al extranjero sin acreditación.

Sacó del bolsillo del pantalón la servilleta de papel en la que, un par de horas antes, había anotado la matrícula de la furgoneta de alquiler. Le dio la vuelta y, con el bolígrafo que había cogido del cubículo de prensa, la apoyó contra el capó recalentado del coche. Escribió con letra rápida:

«Finnegans. Plaça de la Mercè. Chris.»

Dobló la servilleta hasta formar un pequeño cuadrado y la encajó a presión bajo la escobilla del limpiaparabrisas del lado del conductor.

Echó un último vistazo al edificio del Centro de Prensa, se dio la vuelta y echó a andar hacia la avenida principal para buscar un taxi.

33

17:30

DIANA LLEVABA quince minutos sentada en aquella silla metálica cuando oyó pasos firmes al otro lado de la puerta. La cerradura giró. Entró un capitán con el uniforme impecable, galones relucientes y un olor espeso a colonia. No saludó al entrar. Cerró la puerta a sus espaldas y miró a Diana el tiempo suficiente para que ella sintiera que el aire de la habitación se agotaba.

Por fin habló:

—Agente Valenti.

Diana se puso en pie de un salto, cuadrándose.

—Mi capitán.

—Está de baja médica. Sin embargo, hoy estaba en un control de accesos olímpico sin autorización de servicio, inventando órdenes. ¿Por qué?

—Orden verbal, mi capitán.

—¿De quién?

Diana sentía cada segundo como una cuenta atrás en su cabeza.

—No se identificó. Me localizaron en mi domicilio.

El capitán entrecerró los ojos.

—No se identificó. ¿Y usted vino, estando de baja, a un control de máxima seguridad porque una voz anónima se lo dijo? —Se

acercó a la mesa, acortando el espacio—. No me haga perder el tiempo, Valenti. No se lo voy a repetir.

Ella sintió el impulso ciego de decirlo todo: el secuestro, el niño, la furgoneta, el cadáver. Apretó los puños a los costados. Estaba agotada de nadar contracorriente. Se había metido en la Guardia Civil creyendo en el uniforme y en la cadena de mando. Si le contaba la verdad a un oficial superior, el sistema tendría que reaccionar. Buscarían al niño y desenmascararían a Cifuentes, y ella dejaría de estar sola en aquella pesadilla.

Abrió la boca, dispuesta a confesar y a poner el peso de la vida de Daniel en manos de la institución.

—Mi capitán, yo..., la verdad es que...

—La verdad es que usted no está en condiciones de distinguir una orden real de una fantasía propia —la cortó, apoyando dos dedos sobre la mesa metálica, mirándola con una mezcla de lástima y desprecio.

Diana cerró la boca de golpe.

El capitán continuó:

—Esto no es un cuartel de pueblo. Esto es seguridad olímpica. Faltan un día para los Juegos. ¿Me entiende?

Diana lo miró a los ojos. Todo el alivio que había sentido un segundo antes, la esperanza de ayuda de un superior, se evaporó. Bajó la barbilla en un gesto de confirmación.

—Perfecto. Así que déjese de tonterías y dígame qué hace usted aquí.

Diana tragó saliva.

—Mi capitán... He venido... por un problema personal.

El capitán soltó un «ya» apenas audible. En su boca, ese «ya» lo explicaba y perdonaba todo.

—¿Un hombre?

Diana ni lo confirmó ni lo negó. Dejó que los prejuicios del mando sacaran sus propias conclusiones sobre el motivo irracional de una joven al intentar colarse en el recinto.

—¿Usted se ha saltado una orden médica, se ha puesto el uniforme y ha intentado colarse aquí para... arreglar un asunto sentimental?

Ella asintió una sola vez, sintiendo que sus mejillas ardían de frustración.

—Fue una estupidez. Lo sé. No quería...

—Claro que fue una estupidez.

—No quería que nadie lo supiera en la comandancia...

El capitán suspiró, negando con la cabeza.

—Mire, Valenti, escúcheme bien. —La señaló con el dedo—. Se va a ir a su casa ahora mismo y se va a quedar allí tranquila mientras dure la baja médica.

Diana asintió, dócil.

—Si vuelve a aparecer por mi zona operativa sin una orden escrita, la saco yo mismo del cuerpo. ¿Me entiende?

—Sí, mi capitán.

—Y ahora lárguese y déjese de sentimentalismos con el uniforme puesto, agente. Esto es un trabajo de hombres. Usted... descanse. Piense las cosas. Y ya se le pasará.

Diana salió al pasillo. Notó la guerrera empapada de sudor contra su espalda. Sentía el orgullo pisoteado y destrozado. Pero sentía algo más: una certeza pura y cristalina. El capitán le había permitido salir porque, para él, una mujer de uniforme que actuaba movida por un hombre era predecible. Era débil. Un problema emocional, no una amenaza para la seguridad del Estado.

Cruzó el vestíbulo principal a paso ligero. Sorteó a los voluntarios y salió por las puertas de cristal. El calor de Barcelona la golpeó como un puñetazo, pero ella ni siquiera parpadeó. Echó un vistazo rápido al cordón de seguridad, a las aceras y a la parada de taxis, pero no había rastro de Christian. Había desaparecido. Se quedó quieta bajo el sol abrasador, sintiendo cómo el eco de su propia soledad se asentaba en su pecho. ¿La había usado y la había dejado atrás en cuanto consiguió lo que quería?

34

17:59

Diez minutos más tarde, Christian salió de la estación de Jaume I con la camisa empapada y pegada a la espalda.

El Barrio Gótico escupía calor y ruido. Banderas de todos los países colgaban de los balcones de hierro forjado. Siguió las indicaciones que le había garabateado la periodista pelirroja, esquivando grupos de turistas que avanzaban en bloque, mirando hacia arriba como patos mareados. Pasó junto a una terraza a medio recoger, donde un camarero discutía con un británico borracho por la cuenta. Torció por una callejuela estrecha cerca de la plaza de la Mercè y lo encontró.

A mitad de la calle, el letrero verde con letras doradas apenas se distinguía entre las sombras: «Finnegans».

El cartel de madera colgado del cristal rezaba «CERRADO» en letras negras, pero dentro había luz.

Christian empujó la puerta.

El interior olía a cerveza rancia y madera vieja. Las paredes estaban cubiertas de fotografías en blanco y negro: boxeadores sin nombre, equipos de rugby de otra época y una foto descolorida de un bombardeo en Londres.

Christian se acercó a la barra. Detrás, un hombre de unos sesenta años secaba vasos con un trapo gris que probablemente no

había visto jabón en semanas. Tenía el pelo canoso, corto como un cepillo, y una expresión de aburrimiento crónico, como si llevara décadas esperando a que el mundo terminara para poder cerrar.

—Una *Guinness* —pidió Christian en inglés.

El camarero miró el reloj de pared.

—Abrimos en un rato.

—La puerta estaba abierta. ¿Tengo que esperar en la calle?

El camarero suspiró sin decir nada. Cogió una jarra y tiró de la palanca. El líquido negro fluía denso, formando una espuma cremosa.

Dos hombres más entraron desde la trastienda. Christian los observó de reojo a través del espejo manchado detrás de las botellas. Se movían con la familiaridad de quien entra en el salón de su casa. Uno de ellos, el más grande, tenía el pelo rojizo cortado a tijeretazos y la cara salpicada de marcas de acné. El otro, más joven, lucía tatuajes descoloridos por el exceso de sol en la playa.

—Tom, ponnos lo de siempre —dijo en inglés el más grande, frotándose la cara.

El camarero asintió mientras dejaba la *Guinness* frente a Christian.

Dio un sorbo largo, dejando que el frío le refrescara el cuerpo, y dejó unas monedas sobre la barra.

—Estoy buscando a un irlandés —dijo Christian—. James O'Sullivan.

El trapo de Tom se detuvo en seco.

—¿Para qué?

Christian sostuvo la mirada un segundo y escogió la mentira más sencilla.

—Trabajo para la prensa. Dijeron que solía venir aquí.

El camarero resopló y volvió a secar el vaso, ahora con más fuerza.

—Por aquí pasa mucha gente. No me quedo con todos los nombres.

—Este dejaba huella —insistió—. Una pelirroja de la prensa en Montjuïc me mandó aquí. Dijo que, si quería encontrarlo, empezara por esta barra.

El camarero dejó caer el trapo sobre el mostrador.

—Ese imbécil me debe dinero.

Christian bebió otro trago, tomándose un segundo.

—¿Cuánto?

—Cuatro mil pesetas en pintas y una llamada internacional de veinte minutos —dijo, señalando un teléfono de monedas al fondo del pasillo—. Bebía, contaba historias de guerra y luego desaparecía cuando tocaba pagar.

Christian sacó un billete de cinco mil pesetas y lo dejó sobre la madera gastada.

—Quédese el cambio.

El hombre miró el billete como si pudiera morderle.

—No hace falta que se haga el santo.

—No es caridad. Llámelo un traspaso de deuda. A partir de ahora, su deuda es con alguien de Londres. Y a mí me interesa que me siga debiendo cosas.

El camarero dudó. Luego cogió el billete y lo guardó bajo la caja.

—Vino borracho como una cuba. Le negué otra ronda hasta que pagara. Se puso chulo.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres noches.

Se agachó, abrió un cajón y sacó una llave suelta, sin llavero. La dejó sobre la barra.

—Me dejó esto como prenda. Dijo que era la llave de la entrada de atrás del antiguo Restaurante Magalhães. Me juró que ahora dormía allí y que, sin la llave, no tendría techo, así que volvería a pagar seguro. Pobre diablo. Estaba tan ciego que se creía que me dejaba las llaves del Ritz.

Christian inclinó la cabeza.

—¿Dónde queda eso?

—En el Poble-sec. Un local cerrado hace años.

Christian memorizó el nombre y la zona. El camarero volvió a guardar la llave.

—¿Y por qué cree que no ha vuelto?

—Es obvio, ¿no? Ha encontrado a alguien con quien quedarse o en otro bar donde gorronear. —El camarero miró unos segundos a la

nada—. Me daba pena, la verdad...

Christian asintió despacio.

—Eh, tú.

La voz llegó a sus espaldas.

Se giró. Era el hombre de pelo rojizo y marcas de acné en la cara. Olía a *whisky* barato. Los ojos, de un azul aguado endurecido por demasiadas noches en bares como aquel, se entrecerraron un poco más.

—Tú no eres James —dijo—. Y por tu acento, desde luego no eres de los nuestros.

Christian sostuvo su mirada. Ya tenía lo que había venido a buscar.

—Tranquilo. Ya me iba.

El hombre dio un paso más e invadió su espacio personal.

—Pero sí te interesa O'Sullivan.

—Me mandaron a localizarlo. Nada más.

El camarero intervino, incómodo.

—Mick, déjalo. Ya se va.

—Tom, cierra el pico —lo cortó Mick, sin apartar los ojos de Christian—. Este esconde algo. Te equivocas de tipo, colega. No puedes ocultar ese acento de rata de Londres.

—Trabajo para un periódico, no para el Parlamento.

Se levantó de la silla con la intención de irse. El irlandés le bloqueó el paso con el pecho.

—Un soplón de Londres —escupió.

Alguien en la mesa del fondo soltó una risita nerviosa y luego calló de golpe, como si hubiera dicho algo que no debía.

Christian notó cómo se le tensaba la mandíbula. Le dio un empujón con el hombro a Mick, lo desequilibró, y atravesó el *pub* a grandes zancadas hasta la puerta. Detrás de él, oyó la silla del joven tatuado arrastrarse por el suelo.

Salió a la calle y giró por un callejón lateral, estrecho y aislado.

Los pasos a su espalda se multiplicaron.

—¡Eh, princesa! —La voz de Mick rebotó entre las paredes de piedra—. Se te ha olvidado la propina.

Christian se detuvo en mitad del callejón y giró despacio. Vio al irlandés avanzar hacia él con una navaja en la mano, seguido de cerca por el chico de los tatuajes.

Midió las distancias. Buscó el ángulo.

—Ya te he dicho que no tengo nada que ver con eso...

El joven fue el primero en lanzarse.

El puñetazo llegó sin aviso. Christian giró el cuerpo para esquivarlo, pero la hoja de la navaja le abrió un tajo profundo en el hombro izquierdo y lo lanzó contra la pared de ladrillo. El impacto le sacó el aire de los pulmones.

—¿Eres duro de oído, inglés? —escupió el chico.

Mick ya estaba encima. El filo de una hoja corta destelló un instante.

Christian giró el torso en el último momento por puro instinto de supervivencia. Levantó el brazo izquierdo para cubrirse el pecho.

El corte fue rápido y limpio.

Una línea de fuego de unos ocho centímetros le abrió la piel en la parte externa del antebrazo, desde el codo hasta la muñeca. La hoja no había llegado a los tendones, pero la sangre brotó de inmediato, tibia y espesa, empapando la tela de la camisa. Los dedos le temblaron por la descarga de adrenalina, pero respondieron. Intentó cerrar el puño, sin conseguirlo del todo.

El dolor llegó un segundo después, como una oleada de calor húmedo.

—Joder... —gruñó entre dientes.

Mick lo agarró por la solapa, acercando su cara a la de Christian hasta que le olió el tabaco rancio en el aliento.

—La próxima vez no apuntaré al brazo, princesita —susurró el irlandés.

Christian apretó la mandíbula, tragándose el gemido. Se inclinó hacia delante, como si fuera a ceder por el dolor. Fingió un susurro para atraerlo y, cuando ambas cabezas estuvieron a pocos centímetros, golpeó con la frente el puente de la nariz de Mick con todo el impulso de su cuerpo.

El crujido fue sordo, como madera rompiéndose bajo el agua.

Una explosión de dolor le estalló en el cráneo. La visión se le nubló un segundo. Mick retrocedió, tapándose la cara con las manos y soltando un aullido ahogado.

Christian parpadeó, aturdido, pero no se detuvo: levantó la pierna y le clavó una patada brutal en la entrepierna.

Mick se desplomó de rodillas, vomitando en el suelo.

El joven tatuado se quedó quieto a un metro de distancia, estupefacto.

Christian jadeaba, con la espalda aún pegada a la pared. Clavó la mirada en aquel chico, con la sangre goteando de su brazo. El joven dudó un segundo antes de dar media vuelta y salir corriendo hacia la calle principal.

—Liam. Ve a buscar a Seamus.

Christian se agachó y agarró a Mick por el pelo, obligándolo a levantar la mirada con la nariz rota y la cara ensuciada por la sangre.

—Si me vuelves a seguir, te mato —le dijo, con una calma glacial.

Lo soltó, y Mick cayó de costado, gimiendo y abrazándose el estómago.

Christian se incorporó, tapándose el brazo con la mano sana, y echó a andar hacia la entrada trasera del *pub* antes de que llegara alguien más. La herida no era profunda, pero sangraba a pulsos y le provocaba un hormigueo eléctrico en los dedos. Necesitaba limpiarla y vendarla antes de ir a Poble-sec.

Empujó la puerta trasera del local con el hombro, tambaleándose.

El *pub* seguía vacío, excepto por un grupo de asiáticos con camisetas de Cobi, la mascota de los Juegos Olímpicos, que acababan de ocupar una mesa cerca de la entrada.

El camarero estaba preparando unas bebidas cuando su expresión se congeló.

—¡Cristo bendito! —exclamó Tom al ver la camisa roja de Christian y la sangre goteando sobre el suelo de madera—. ¡Salga de aquí!

Christian avanzó hasta apoyarse en la barra. Respiraba por la boca y sudaba frío.

—Un botiquín. Rápido.

—Voy a llamar a emergencias.

Christian alargó la mano manchada y agarró la muñeca del camarero antes de que tocara el teléfono.

—Si la policía llega, precinta el local entero durante los Juegos, con esos turistas ahí dentro. Se acabó el negocio. Deme el puñetero botiquín. Me limpio en su baño, me largo por la puerta de atrás y usted sigue sirviendo pintas como si nada de esto hubiera pasado.

Los asiáticos de la mesa del fondo dejaron de reír de golpe, congelados con las cervezas a medio camino, observando la escena.

Tom miró la sangre, luego a los turistas, y soltó un gruñido. Se zafó del agarre, se agachó y sacó una caja blanca de chapa.

—Le doy cinco minutos —dijo el camarero, señalando el baño con la barbilla—. Tiene cinco puñeteros minutos antes de que llame a emergencias.

Christian cogió el botiquín, agarró una botella abierta de *Smirnoff* de la barra y se encerró en el baño.

Puso el brazo bajo el grifo. El agua fría arrastró la sangre fresca y reveló la carne abierta. Abrió el botiquín, que contenía gasas amarillentas, esparadrapo viejo y una botellita de alcohol. Empapó una gasa con el vodka —ardía menos que el alcohol medicinal y limpiaba igual— y la presionó contra los bordes del corte.

Se le escapó un siseo sordo; el dolor le subía por el cuello como una descarga.

Presionó con una gasa limpia hasta que el sangrado se ralentizó a un goteo manejable. Cortó tiras largas de esparadrapo con los dientes y las cruzó sobre la gasa, apretando los bordes de la herida para juntar la piel.

El vendaje quedó tirante. Probó a cerrar el puño y, aunque los dedos respondieron con un leve retraso, obedecieron. Era suficiente.

Al salir del baño, evitó la barra y enfiló hacia la salida de emergencia del almacén.

Atravesó las cajas de cerveza vacías y emergió en un callejón sin nombre, de apenas un metro de ancho, que apestaba a orines y basura.

Avanzó por el callejón durante veinte metros. La adrenalina se desvanecía en sus venas, y el brazo le latía como un hierro al rojo

vivo, al compás del corazón.

Por un instante, la fiebre del dolor le trajo un recuerdo: la mano de su madre cerrándose sobre la suya en las butacas del Prince Edward Theatre de Londres. Habían ido a ver Evita, en aquella época irreal en la que ella huía de la tristeza a través de los musicales del West End. Cuando el telón cayó, ella no aplaudió. Solo le apretó los dedos y le dijo: «Lo único peor que equivocarse de escenario, Christian, es no saber cuándo bajarse de él.» Meses después, la encerraron en una clínica psiquiátrica.

Parpadeó. El recuerdo no se disolvió. Se quedó clavado en el pecho, advirtiéndole que él tampoco sabía cómo bajarse de aquel escenario.

Podía elegir: volver a su hotel en paseo de Gracia, contactar con McCabe y dejar de jugar al agente de campo suicida.

O ir directo a Poble-sec, a un local cerrado llamado Magalhães.

Al otro lado de esa decisión había un niño secuestrado. Y ahora sabía que aquel secuestro era solo la punta de algo mucho más grande.

Se sacó unos pañuelos de papel del bolsillo y se los metió bajo el vendaje para absorber la humedad restante. Se irguió, encajó el dolor en algún rincón oscuro de su cerebro y aceleró el paso hacia la avenida principal.

No había tiempo para curar heridas, ni las físicas ni las otras.

35

18:15

El Seat Panda estaba vacío.

Una megafonía lejana resonaba en el recinto. Diana Miró la hora: había sido retenida al menos una hora. Christian podía haberse ido durante ese lapso.

Pero, ¿a dónde?

La idea la irritó más que el calor asfixiante.

—No me has esperado... —murmuró.

Abrió la puerta del conductor y se sentó. Depositó el tricornio en el asiento contiguo. La guerrera se le pegaba a la espalda y el chichón le martilleaba la frente al ritmo de su pulso.

¿Y si le han pillado a él?

La idea entró como una astilla.

Christian era su único aliado para encontrar al niño. Apretó el volante, caliente por el sol. Volvió a mirar el asiento del copiloto y suspiró.

Pero, a través del cristal, algo llamó su atención. Había un cuadrado de papel blanco encajado bajo la escobilla del limpiaparabrisas.

Salió del coche a cogerlo. Al desdoblarlo, su corazón palpitó más rápido. Era la misma servilleta de cafetería en la que había apuntado

la matrícula de la furgoneta. En el reverso, con letra rápida y emborronada, leyó:

«FINNEGANS. Plaça de la Mercè. Chris»

Diana leyó la nota dos veces. Sostuvo el papel un instante en su puño, mientras el sudor humedecía sus bordes.

Volvió al coche y arrancó el motor. Metió primera y el Panda salió del aparcamiento con rapidez, lanzándose hacia la ciudad, esquivando taxis, autobuses olímpicos y peatones acalorados. Conducía con una mano; con la otra, apretaba la palanca de cambios como si pudiera forzar al tiempo a retroceder.

Aparcó mal al final de la Vía Laietana, subiendo medio coche a la acera, en un vado de carga y descarga, y dejó su placa oficial bien visible en el salpicadero. Aparcar cerca de la plaza era misión imposible.

Bajó del coche y avanzó rápidamente por los callejones adoquinados.

El letrero del Finnegans apareció en una pequeña calle. Diana empujó la pesada puerta de madera y el golpe de aire acondicionado la asaltó al instante. El local estaba vacío, excepto en una mesa cercana a la entrada. Un hombre pelirrojo miraba al techo mientras un joven tatuado le presionaba la nariz destrozada con una toalla empapada en sangre.

Sintió un vuelco en el estómago. Se acercó a la barra. Un viejo camarero sostenía un teléfono de baquelita negra, con el dedo índice a punto de marcar. Al ver a Diana acercarse con el uniforme verde oliva, el hombre abrió los ojos de par en par y dijo en inglés:

—Ni siquiera he llamado y ya están aquí.

—*Hello* —dijo Diana, examinando el lugar—. ¿Qué ha pasado?

—Una puta carnicería, y ahora mi local tiene que pagar las consecuencias.

El joven de los tatuajes dio un paso al frente, envalentonado al ver que era una mujer sola y no una patrulla de antidisturbios.

—¡Ese cabrón inglés casi lo mata! —gritó, señalando hacia la puerta—. ¡Le ha partido la cara! ¡Tiene que llamar a una ambulancia!

Se giró muy despacio hacia ellos. Clavó la mirada en el joven tatuado hasta que este, incómodo, la bajó.

—Siéntate —dijo Diana. No fue una sugerencia—. Yo me ocupo.

El chico dudó, miró a su amigo desangrándose y acabó obedeciendo.

Ella volvió a centrarse en el camarero. Su corazón latía a mil por hora, temiendo lo peor, pero su rostro era una máscara de piedra.

—¿Quién ha sido?

—Rubio, alto...

—¿Camisa blanca, acento de Londres?

—Joder... ¿Cómo lo sabe?

El estómago de Diana se tensó dolorosamente.

—Suelte el teléfono —ordenó, más por instinto de supervivencia que por lógica policial.

—Iba a llamar al 091. O a una ambulancia —dijo, nervioso—. Mick le ha abierto el brazo en canal con una navaja allí fuera. Y el puto inglés ha entrado aquí, me ha manchado el local de sangre, me ha cogido el botiquín y se ha curado en mi baño. No quiero problemas. No quiero muertos en mi puerta.

Mick le ha abierto el brazo.

Diana cogió el auricular de las manos del camarero.

—Yo me encargo. Cuéntemelo a mí primero. ¿A qué había venido ese hombre?

—Estaba buscando a James. James O'Sullivan. Un periodista borracho que lleva varios días sin pasar por aquí.

El nudo en la garganta de Diana se apretó. El periodista de la furgoneta. Christian no mentía: las piezas encajaban a toda velocidad.

—¿Y adónde lo mandó usted?

—A Poble-sec. Pero en sus condiciones... Iba perdiendo mucha sangre, agente.

—¿Tiene la dirección?

—Sí, claro. Calle Magalhães. Un local cerrado desde hace años. Pero oiga, ¿va a hacer esa llamada o no?

Diana no se había dado cuenta de que estaba apretando el auricular del teléfono con tanta fuerza que los nudillos se le habían

puesto blancos.

—Sí. Yo me hago cargo.

Se llevó el auricular al oído.

Conocía el protocolo al dedillo: marcar el 062, identificarse, pedir una ambulancia por arma blanca, acordonar el bar y solicitar patrullas de apoyo para asaltar la calle Magalhães.

Si lo hacía, Christian sobreviviría, pero sería detenido. Las pruebas desaparecerían en un sumario clasificado. Y ella... acabaría expulsada del cuerpo por el capitán, acusada de encubrimiento y el niño moriría en alguna parte.

Miró al camarero, que la observaba expectante.

El dedo de Diana se posó sobre la horquilla del teléfono. La apretó disimuladamente, cortando el tono, pero mantuvo el auricular pegado a la oreja.

Empezó a hablar a un teléfono muerto.

—Central, aquí indicativo dos-ocho-nueve-cero. —Hizo una pausa táctica, fingiendo escuchar—. Afirmativo. Tengo al sujeto implicado en una reyerta en el Barrio Gótico. Se dirige a la zona de Poble-sec. Negativo, anulen el requerimiento —dijo, usando su tono más tajante e institucional—. No envíen indicativos de uniforme. Repito: retiren patrullas y ambulancia. Yo procedo al seguimiento. Quedo a la espera.

Colgó el teléfono con un golpe seco.

Sentía el pulso reventándole en las yemas de los dedos. Acababa de hacerlo. Acababa de usar el uniforme que tanto había respetado para mentir y proteger a un prófugo.

—Está resuelto —le dijo al camarero—. Nosotros nos ocupamos. ¿Entendido?

Se giró hacia la mesa del fondo. Mick seguía gimiendo bajo la toalla empapada. El joven tatuado la miraba, esperando instrucciones, paralizado por el miedo a la autoridad.

—El aviso a emergencias está dado —mintió Diana con frialdad —. Pero con el tráfico olímpico y los cortes en la Vía Laietana, una ambulancia tardará al menos media hora en llegar a esta puerta.

El joven tatuado abrió los ojos como platos.

—¿Media hora?

Diana señaló hacia la salida con la barbilla.

—El dispensario médico de Peracamps está al final de la avenida Drassanes, a menos de diez minutos a pie.

Se acercó a la mesa, invadiendo el espacio vital de los dos hombres, obligándolos a reaccionar.

—Si yo fuera tú, me lo llevaría andando ahora mismo. Llegaréis antes de que la central asigne el vehículo. A menos que prefieras que se desangre aquí esperando y yo tenga que pedirte los antecedentes penales.

El chico asintió frenéticamente. Tiró del brazo de Mick, obligándolo a ponerse en pie. El pelirrojo se tambaleó, manchando el suelo con gotas frescas.

—Vamos, Mick. Vamos. Tiene razón.

Salieron del bar arrastrando los pies, el joven sosteniendo al herido y dejando tras de sí un rastro de olor a óxido y murmullos de dolor.

Diana vio cómo la puerta se cerraba tras ellos. El silencio volvió a instalarse en el local.

El camarero la miró, pálido, todavía con el trapo en la mano.

—Oiga, agente... Ese chico inglés... iba muy jodido. De verdad.

Diana sintió el peso de su decisión caerle sobre los hombros como una losa de plomo. Había despejado el tablero. Había fingido una llamada a la central y enviado a los agresores lejos para que no hubiera atestados ni testigos.

—Llegará —dijo Diana, más para convencerse a sí misma que a él—. Tiene que llegar.

Salió a la calle cegada por el sol y corrió hacia el Seat Panda, sabiendo que si él moría en Poble-sec, la sangre también mancharía su uniforme.

36

19:22

CHRISTIAN LLEGÓ a Poble-sec tras caminar veinte minutos desde el Finnegans, subiendo por Nou de la Rambla y cruzando el Paralelo.

Carrer de Magalhães, 27.

La parte trasera del restaurante abandonado estaba oculta por contenedores verdes rebosantes de basura. Era el lugar perfecto, invisible desde la calle principal.

Se apoyó un momento contra la pared de ladrillo. El mundo se inclinaba peligrosamente hacia la izquierda, como la cubierta de un barco en medio de una tormenta. Su brazo herido ya no le dolía, y eso era lo malo. El dolor agudo había dado paso a un entumecimiento frío y a un tamborileo húmedo bajo la tela de la camisa, empapada de sangre hasta el codo.

La puerta metálica trasera tenía un pasador viejo, del que colgaba un candado nuevo de acero pulido, contraste con el restaurante en ruinas.

Christian miró a su alrededor. Se acercó a los contenedores rebosantes y, con la mano derecha, apartó cajas de cartón y bolsas rotas. El olor a fruta podrida y cerveza le revolvió el estómago vacío hasta que encontró lo que buscaba: una percha de alambre oxidada tirada junto a un palé. La pisó con el zapato y tiró del gancho con la mano derecha hasta que el metal cedió y se partió, obteniendo un

trozo recto. Se lo metió entre los dientes y lo dobló, sintiendo el sabor a hierro y óxido en la lengua. Volvió a la puerta e intentó introducir el alambre en la cerradura del candado. Su brazo izquierdo colgaba inútil a su costado. Con la derecha, temblorosa por la pérdida de sangre y la falta de oxígeno, el metal se le resbaló una y otra vez dentro del cilindro. No tenía la sensibilidad para sentir los pernos, ni un tensor para girar el tambor.

El candado ni se inmutó.

Christian golpeó la puerta con la frente, frustrado y mareado. Se dejó caer, apoyando la espalda contra la pared.

—Mierda... —susurró, cerrando los ojos. El callejón daba vueltas.

Entonces, sintió una presencia a sus espaldas. Un golpe de adrenalina lo recorrió; apretó el puño, dispuesto a defenderse. Giró sobre sus talones y una figura emergió de las sombras.

Diana, la agente de la Guardia Civil, estaba allí, rígida, con la mano sobre la funda de su arma.

Christian exhaló, bajando el puño.

—¿Recibiste mi nota?

—El camarero del *pub* te manda saludos —dijo ella, mirando fijamente su brazo, envuelto en tela y esparadrapo—. Le has dejado la barra hecha un asco. ¿Cómo estás?

Él hizo una mueca que apenas era una sonrisa.

—He estado mejor. Un desacuerdo cultural con unos irlandeses.

Diana se acercó. Le agarró la muñeca y examinó el vendaje improvisado.

—Nada grave —justificó él—. Un corte. Veo que la curiosidad ha podido más que el reglamento, agente Valenti.

—Veo que la pérdida de sangre no te quita el sarcasmo.

—Se me pasará. Es superficial.

—Christian, estás blanco como el papel.

—Es mi tono natural de Londres. No he tenido tiempo de ir a la playa.

Ella escrutó su rostro en silencio. La sonrisa torcida de Christian se borró.

—Unos ocho centímetros de largo —admitió él—. No ha tocado tendón, pero no paraba de sangrar.

—Necesitas puntos de sutura de urgencia —confirmó ella.

—Puedo aguantar.

Diana evaluó la puerta y el candado nuevo.

—¿Está ahí dentro?

—Creo que sí.

—Llamaré a la central.

—Sabes que los refuerzos llegan tarde, hacen ruido y te exigirán explicaciones.

—Christian, no sabemos quién ni cuántos hay ahí.

—Ellos tampoco saben que estamos aquí fuera. Llevas un arma, ¿no?

Diana tragó saliva, bajando la vista a su cadera.

Él se despegó de la pared, acercándose a ella.

—Nunca la has disparado fuera de la galería de tiro.

—No.

—Pues si quieres salvar a ese niño, hoy es el día. Apunta al pecho y no lo pienses.

Diana apartó la vista de él y sacó una pequeña linterna de su cinturón.

—Está cerrado.

—Tú tienes el arma, yo el ingenio. ¿Te importaría? —preguntó él, señalando las horquillas con las que Diana se sujetaba el pelo.

—¿Sabes abrir un candado con unas horquillas? No, no me lo digas. Lo sabes porque te gusta la lectura.

Se quitó varias horquillas y su melena mediterránea cayó en cascada.

Christian dobló una de las horquillas en ángulo recto para usarla como tensor y la otra como rastrillo.

—Alúmbrame la cerradura —ordenó.

Ella encendió la linterna y tapó el haz de luz con los dedos para crear un foco estrecho sobre el metal. Guiado por la luz, Christian introdujo el tensor. Para estabilizar el temblor, esta vez apoyó la muñeca contra la rodilla, introdujo la segunda horquilla y tanteó el mecanismo.

Clic.

El cilindro cedió. Christian retiró el candado despacio para que no sonara.

Diana sacó su arma y empujó la puerta metálica lentamente.

El haz de luz de la linterna se coló por la rendija.

—¡Quieta! —Christian le agarró el antebrazo con la mano sana.

Diana paró al instante.

—¿Qué?

Christian señaló la base de la puerta. Justo en el ángulo muerto de la apertura, el cristal de una botella de cerveza vacía reflejaba la luz de la linterna. Se mantenía en equilibrio milimétrico contra la hoja de metal. Si Diana hubiera abierto cinco centímetros más, habría caído y estallado contra el cemento.

—Trampa sonora táctica —susurró él.

Se agachó lentamente y retiró la botella con cuidado.

Asintieron y entraron.

Se encontraron con un fregadero de acero oxidado, armarios desencajados y un olor a grasa rancia y polvo.

—Cocina despejada —murmuró Diana, barriendo la estancia con la luz y el cañón del arma.

Iba delante, revisando las esquinas. Christian la seguía, cubriendo la retaguardia.

La sala principal del restaurante tenía mesas apiladas y sillas rotas. La luz naranja de las farolas de la calle se filtraba por las rendijas de la persiana metálica cerrada, dibujando en el aire rayas de polvo, como los barrotes de una celda inmensa.

No había nadie.

—Está vacío —susurró Diana, bajando el arma un centímetro.

—No. Busca una entrada a un nivel inferior. Bodega, despensa, lo que sea.

Diana enfocó las baldosas detrás de la barra de roble.

—Ahí.

Apartaron unas cajas de plástico vacías y apareció el tirador de una trampilla de madera incrustada en el suelo. Christian se arrodilló, ignorando el dolor en el brazo. Tanteó el borde de la madera con la yema de los dedos.

—Otro vaso —avisó.

Retiró un vaso de cristal, colocado justo sobre la bisagra. Era una segunda trampa.

Se miraron de nuevo en silencio.

Levantaron la trampilla. Un agujero negro se abría ante ellos, del que subía un aire fresco y viciado, junto al leve murmullo de un ventilador eléctrico conectado en alguna parte.

—Hay alguien abajo —susurró Christian.

Diana asintió. Levantó el arma y comenzó a bajar los peldaños de madera muy lentamente, apuntando a la oscuridad. Él la siguió de cerca.

El sótano se reveló ante ellos a la luz brillante de la linterna. Era un espacio rectangular de cemento desnudo, dividido en dos áreas. A la izquierda, una mesa de trabajo metálica llena de objetos, cables y herramientas. A la derecha, al fondo, empotrada en la pared, una pesada puerta de acero inoxidable que resulto ser la antigua cámara frigorífica del restaurante.

Christian fue directo a la puerta del fondo. La llave estaba puesta en la cerradura por fuera.

—Cúbreme el pasillo —susurró.

Diana apuntó al centro de la sala.

Él giró la llave, bajó el pomo de acero y abrió la pesada puerta de un tirón.

—¡Guardia Civil! ¡Quieto todo el mundo! —gritó Diana en español, irrumpiendo en la cámara con el arma por delante.

El eco rebotó contra los azulejos blancos y murió.

Nadie disparó. Nadie gritó.

La cámara frigorífica, con la refrigeración apagada, estaba en silencio. Solo había un colchón sucio en el suelo; un cubo de plástico en una esquina con un fuerte olor a orina reciente; y, en la pared, una tubería de desagüe con restos de cinta americana plateada, cortada con mucha prisa.

En el suelo de baldosas industriales, junto a una silla de tijera volcada, había una mochila escolar pequeña. Era de Spiderman. Estaba abierta, dejando ver unos cuadernos de matemáticas y un estuche de lápices de colores.

Christian avanzó, se agachó y puso la mano plana sobre el centro del colchón.

—Caliente —dijo. Levantó la cara hacia Diana, con el rostro endurecido—. Se lo han llevado hace poco.

Diana bajó el arma, recorriendo las paredes de azulejos blancos con puro horror.

—¿Por qué moverlo ahora?

Christian se rascó la barbilla, procesando la logística.

—Tenían prisa. Y eso solo puede significar que están de camino al intercambio con la familia.

—Entonces llegamos tarde...

Christian salió de la cámara frigorífica y estudió la otra mitad del sótano, en concreto, la mesa de trabajo.

El aire allí fuera olía extraño. No era el hedor a humedad o a cerrado, sino un olor químico, denso y picante, como una mezcla sintética con un regusto lejano a almendras amargas y disolvente industrial.

A Christian se le erizó el vello de la nuca. Conocía ese olor.

—Estuvo aquí... —dijo Diana a sus espaldas, todavía concentrada en la mochila de Spiderman, desde la puerta de la cámara.

Christian ya no prestaba atención a la mochila. Avanzó paso a paso hacia la mesa de metal, iluminada solo por el reflejo de la linterna de Diana, hipnotizado por lo que había sobre ella.

37

19:26

En el apartamento de Jordi, dos maletines de cuero negro estaban abiertos en la mesa del salón. A su lado, tres cajas de cartón marrón con doscientos millones de pesetas en billetes usados.

Había tardado tres semanas en reunirlo. Tres semanas de ingeniería financiera en la sombra, desviando liquidez de las cuentas de la empresa de Patrick a través de tres sociedades pantalla, retirando el efectivo en pequeñas fracciones para no activar las alarmas del Banco de España y guardándolo provisionalmente en una caja de seguridad privada en la avenida Diagonal hasta aquella misma tarde, cuando lo subió todo al apartamento para preparar los maletines.

Nadie en la compañía lo sabía. Ni siquiera Patrick entendía cómo su abogado había conseguido desviar y blanquear los últimos fondos reales de la empresa para fingir el pago del rescate. El plan original era sencillo: entregar esos doscientos millones como señuelo a los secuestradores y, una vez cerrado el trato, recuperarlos reclamando la indemnización a la aseguradora para salvar el negocio de la quiebra.

Pero Jordi tenía otros planes para ese dinero.

Descolgó el teléfono e hizo una llamada. Esperó dos tonos.

—*Hello Jordi Casals. How are you?*

La misma voz tranquila y letal de la madrugada sonó en la línea, tan nítida como si el irlandés estuviera sentado a su lado.

—*I have the money* —dijo Jordi sin rodeos, cambiando al inglés —. Doscientos millones de pesetas. Tal y como acordamos.

Hubo una pausa breve.

—Perfecto. ¿Y la familia?

—En casa. Esperando tu llamada. Pero yo haré la entrega.

Otra pausa.

—¿Y el padre?

—No va a hacer el intercambio. Si se pone nervioso, si comete un error, todo falla y te quedas sin tu dinero. Iremos sobre seguro.

Jordi esperó. Sabía que el secuestrador estaba evaluando la lógica de la situación. Y la lógica era impecable.

—¿Dónde? —aceptó Declan.

Jordi miró el reloj de pared.

—Turó de la Rovira —dijo—. ¿Conoces la zona? El mirador, en la parte alta del barrio del Carmel. Los antiguos cañones antiaéreos.

—Lo encontraré.

—Subes por la carretera de acceso. Arriba hay un rellano de tierra, una especie de explanada donde aparcan los coches. Desde allí se ve toda la ciudad. No hay árboles que tapen nada —explicó Jordi—. Quiero verte llegar. Quiero que tú me veas a mí.

No mencionó que, desde allí, cualquier movimiento extraño se vería a cien metros de distancia, y que si alguien más venía con el irlandés, o si la policía cometía la imprudencia de seguirlos, él mismo lo sabría antes incluso de bajar del coche y abortaría la misión.

—¿Hora? —preguntó la voz.

—A las doce de la noche. No habrá nadie a esa hora.

Jordi sostuvo el auricular con los dedos apretados, notando cómo le sudaba la palma.

—Bien —dijo el secuestrador—. A las doce. Yo te esperaré en la explanada con Daniel. Tú llegarás solo, y yo decidiré cómo hacemos el acercamiento. Sin trampas.

—Llegaré en un Mercedes blanco con las placas visibles. Aparcaré a cien metros de ti. Caminaré con los dos maletines. Tú tendrás a Daniel a la vista —impuso Jordi—. No quiero verlo de rodillas en la

tierra. No quiero verlo con una bolsa en la cabeza. Quiero verlo de pie.

—Tú no pones las normas de seguridad, Casals.

—Estoy en la única posición que te garantiza el cobro —respondió Jordi—. Patrick no llamará a la policía hasta una hora después de tener a su hijo en casa.

—¿Y qué sabes tú lo que hará el padre cuando tenga al niño?

—Si no confías en mi control sobre la familia, no confías en el dinero.

Lo dejó ahí.

—¿Has reunido todo el efectivo? —preguntó el irlandés.

—Acabo de contarlo. Son dos maletines idénticos, con cien millones en cada uno. Ciento veinte millones para ti y ochenta para mí. Billetes usados, sin series consecutivas, sin marcas del banco.

—¿Cómo sé que no mientes?

—Porque si miento, el secuestro se alarga y Patrick me denunciará —dijo Jordi—. Me denunciará a la aseguradora, al banco, a la policía. Perderé el título de abogado, el despacho, lo perderé todo. Mi vida entera depende de que te lleves ese dinero y nos dejes en paz. No puedo mentirte con esto.

Era una verdad a medias, que sonaba mucho más convincente y desesperada que la verdad completa. Si fallaba, perdería algo más que el despacho y el dinero; perdería a Montse.

—Doce en punto —repitió la voz.

—Doce en punto —confirmó Jordi.

Colgó despacio con la vista puesta en la nada y tuvo dudas por primera vez. Tuvo la absurda sensación de esperar un milagro: que el teléfono sonara de inmediato, con la llamada de alguien que dijera que todo era una locura, que la Guardia Civil ya había encontrado al niño y que él podía devolver el dinero al banco y fingir que nada había pasado.

El teléfono no sonó.

Solo entonces notó la camisa pegada a la espalda por el sudor. Se aflojó la corbata, fue a la cocina y se sirvió un vaso de agua del grifo. Lo dejó sin beber sobre la encimera. El estómago le pedía otra cosa, algo más fuerte, pero no podía permitirse perder el pulso.

Volvió al comedor y se detuvo delante de la estantería. Entre expedientes encuadernados y libros de derecho civil, descansaba la foto enmarcada de un niño de once años en bañador, salpicado de arena y riéndose a carcajadas en la playa de Begur.

Era Daniel. Su ahijado. El hijo de Patrick.

Apartó la vista de la foto. Tenía el dinero. Tenía el lugar. Tenía la hora. Lo único que no tenía era margen de error. Abrió la primera caja de cartón. Comenzó con lo que sabía que tendría que justificar ante el banco si un perito preguntaba: formó una capa de billetes reales de diez mil pesetas en la base, bien alineados, sumando un millón entero a la vista.

Luego tomó un fajo del periódico de la mañana, *La Vanguardia*, lo dobló en bloques de cien páginas y lo colocó encima de los billetes, apretando con las palmas para compactar el papel. Volvió a colocar otro millón real encima. Repitió el patrón: dinero, papel, dinero. Hasta sumar cinco millones en billetes mezclados con papel de periódico prensado. Y continuó con el mismo proceso.

El peso seguía siendo razonable. No exacto, pero creíble. Si el secuestrador no abría los maletines para comprobar el fondo allí mismo, en medio de la explanada y con la tensión del rescate, vería fajos, contaría las bandas superficiales y asumiría el resto.

Guardó esa primera pila en el maletín de la izquierda. Completó los huecos laterales con más periódico, bien comprimido, sin dejar cámaras de aire que delataran el truco al caminar.

Miró el reloj de pared. 20:47.

Se permitió encender un cigarrillo rubio junto a la ventana apenas entreabierta. Observó los coches avanzar por el paseo de Gràcia, ordenados y ajenos, como si la vida de la ciudad fluyera sobre raíles inalterables.

Pensó en Patrick, caminando de un lado a otro en el salón de su mansión, mirando el teléfono fijo como si pudiera obligarlo a sonar. Y pensó en Montse, que aquella misma mañana no le había dado la mano al despedirse; había apoyado la suya sobre el marco de la puerta, exhausta, exactamente igual que aquel invierno en Dublín en que lo dejó bajo la lluvia diez minutos antes de entrar al *pub*.

Volvió a la mesa.

Abrió el segundo maletín. Repitió la operación con más billetes reales y más periódico, esta vez siendo un poco menos generoso con el efectivo intercalado. Al final, tenía dos maletines que pesaban lo bastante para parecer llenos de la fortuna prometida y que, abiertos con prisa, mostrarían una primera capa de fajos reales lo bastante abundante como para parecer una porción creíble de los doscientos millones. Si el irlandés decidía pasar cuentas, el Carmel acabaría en un baño de sangre. Si no, el margen y la libertad serían suyos.

Metió los últimos fajos de billetes en el maletín de la derecha y cerró los broches con dos chasquidos metálicos. Probó cada asa por separado, alternando el peso de una mano a otra, memorizando la sensación y el balanceo.

Fue al baño y se lavó las manos frotando con fuerza el jabón, como si pudiera quitarse de la piel algo más que el olor a tabaco, a tinta de periódico y a billetes viejos. Volvió al salón y marcó el número de la casa de los O'Connor.

Patrick contestó al primer timbrazo, arrebatando el auricular de la base.

—¿Sí? —Su voz sonaba ronca, al borde del colapso.

—Patrick, soy Jordi. Ya tengo el dinero. Voy de camino a tu casa ahora mismo. No hagas nada hasta que yo llegue.

Y colgó.

Miró los dos maletines sobre la mesa. Por un instante, bajo la luz del salón, tuvo la absurda y terrorífica sensación de que alguno de los dos bultos de cuero negro respiraba. Luego cogió las llaves del Mercedes y salió al rellano.

38

22:55

EL SILENCIO en el salón de los O'Connor se podía cortar con un cuchillo.

Montse estaba sentada en el borde del sofá de piel, con los ojos clavados en el teléfono fijo como si fuera una bomba a punto de estallar. Patrick caminaba de un lado a otro frente al ventanal con una copa de *whisky* en la mano. El hielo se había derretido hacía un rato, convirtiendo la bebida en un líquido pálido y aguado.

—Ya estoy aquí —anunció Jordi desde el umbral.

Montse levantó la cabeza. Tenía los ojos hinchados, rojos y secos. Ya no le quedaban lágrimas.

—¿Has traído el dinero? —preguntó.

—Está en el maletero.

Patrick se giró en seco.

—Son las diez y diez. Habían dicho a las diez.

—Llamarán. Es parte del juego, Patrick. Quieren que sudemos. Quieren ablandaros.

—¿Y si no llaman? —susurró Montse.

—Llamarán porque quieren el dinero.

Jordi se aflojó el nudo de la corbata, entró en el despacho anexo al salón y se acercó a la mesa de caoba. Miró su reloj.

Las diez y cuarto.

Declan había dicho a las doce. El retraso era una pequeña tortura psicológica de manual, pero a Jordi le irritaba.

—¿Por qué no llaman? —repitió Montse desde el sofá.

—Llamarán —aseguró Jordi, dejándose caer en la silla de cuero del despacho—. No ganan nada si no lo hacen.

El silencio, denso, volvió a caer sobre la sala. Jordi oía la respiración irregular de Montse desde la habitación contigua.

Repasó mentalmente el plan acordado con Declan a espaldas de la familia. El Turó de la Rovira. El mirador, en lo alto del Carmel. Una explanada donde solían aparcar coches de noche, con perfecta visibilidad para maniobrar y la oscuridad suficiente para pasar desapercibidos. Sencillo. Limpio. Él entregaría los maletines y se llevaría su porcentaje en secreto. La familia recuperaría al niño y la compañía de seguros absorbería el golpe. Todos seguirían con sus vidas.

El teléfono sonó y el timbrazo rasgó el aire. Montse dio un respingo violento y se tapó la boca con ambas manos para ahogar un grito. Patrick se abalanzó hacia el aparato, pero Jordi fue más rápido. Se interpuso, levantando una palma autoritaria.

—Dejadme a mí —ordenó.

Esperó al tercer tono y descolgó.

—*Yes?*

—¿Lo tienes?

Era la voz áspera de Declan.

—Sí —respondió Jordi, clavando la mirada en los padres—. El paquete está listo.

—Bien. Escucha con atención. No voy a repetirlo.

—Antes de seguir, la familia exige una prueba de vida.

—No estás en posición de exigir nada.

—La madre necesita oírlo.

Vamos, Declan, dame algo. No seas imbécil.

Al otro lado de la línea hubo un silencio metálico. Luego, un suspiro irritado.

—El chico duerme. No voy a despertarlo para que llore.

Montse había escuchado la negativa en el tono de Jordi. Corrió hacia el escritorio y se agarró a su brazo, clavándole las uñas a

través de la camisa.

—¡Quiero hablar con él! ¡Déjame oír a mi hijo! ¡Por favor!

Jordi dio un paso a un lado, cubriendo el micrófono con la mano.

—Montse, por favor, siéntate.

—¡Dile que se ponga! ¡DANIEL!

Él apartó a Montse hacia atrás, quizá con demasiada brusquedad. Patrick intervino de inmediato, sujetando a su esposa por los hombros y reteniéndola contra su pecho mientras ella soltaba un llanto roto y animal que llenó el despacho.

—¡Cállala! —siseó Declan al oído de Jordi—. O cuelgo ahora mismo y no volvéis a ver al niño.

—Escucha. La familia está al límite. Si no hay prueba, no hay dinero.

Era un farol peligroso, pero necesitaba mantener su credibilidad como negociador frente a los padres.

—Tú sabrás lo que haces —dijo Declan—. Si cuelgo, no vuelvo a llamar.

Jordi se giró, dándole la espalda al matrimonio. Una gota helada le perló la nuca.

—Está bien —cedió rápidamente—. Aceptamos. Danos las instrucciones.

A su espalda, Patrick seguía intentando calmar a Montse. Jordi se obligó a ignorar el llanto. Tenía que concentrarse en cerrar el trato.

—Tú solo —ordenó Declan—. Nada de policía. Si veo una sola luz azul, el trato se cancela y desaparecemos.

—Por supuesto. —Jordi cogió su pluma de oro, listo para anotar *Turó de la Rovira* en el bloc—. ¿Dónde hacemos el intercambio?

—Puerto de Barcelona. Muelle del Contradique. Final del espigón.

La mano de Jordi se congeló sobre el papel.

—¿Cómo? —preguntó.

La pluma quedó suspendida en el aire. Por un segundo, su mente cuadriculada se quedó en blanco. *¿Qué?* Ese no era el plan. Turó de la Rovira ofrecía múltiples salidas hacia la montaña.

—Repite eso —dijo Jordi, con la voz estrangulada.

—Muelle del Contradique. Tienes treinta minutos.

El suelo de parqué pareció abrirse bajo sus zapatos de diseño. Declan había cambiado la ubicación sin avisarle, enviándolo a un lugar sin salida, cercado por el agua.

Patrick y Montse lo observaban, pendientes de cada uno de sus gestos.

—Es... —Jordi titubeó, consciente de que no podía decir «ese no era el trato» delante de los padres—. Es un lugar muy expuesto. ¿Estás seguro?

—Mucho. —Hubo un rastro de burla en el tono de Declan.

—Quiero garantías de seguridad para el niño —improvisó Jordi, intentando ganar tiempo para entender por qué demonios lo enviaba al puerto.

—La única garantía es que llegues en treinta minutos. Veintinueve ahora.

La línea murió con un clic seco.

Jordi se quedó con el auricular pegado a la oreja.

—¿Qué? —preguntó Patrick, soltando a Montse—. ¿Qué ha dicho? ¿Dónde es?

Jordi colgó despacio. Tuvo que recomponerse: tragar el pánico de la traición y adoptar la gravedad de un abogado en misión de rescate.

—En el puerto —dijo, con una voz que sonaba ajena a sí mismo —. En el muelle del Contradique.

—¿El puerto? —Patrick frunció el ceño—. ¿A estas horas? Eso está completamente desierto.

—Es lo que han ordenado. —Jordi arrancó la hoja del bloc de notas, la arrugó con violencia y se la metió en el bolsillo de la chaqueta. Necesitaba salir de allí, necesitaba aire para discernir si se trataba de una entrega de dinero o de una emboscada para quitarle su parte—. Quieren un lugar abierto. Para vernos llegar desde lejos.

—Voy contigo.

—¡No! Lo ha dejado muy claro, Patrick. Voy yo solo. Si ven a dos personas en el coche, abortan. No voy a jugar a los héroes con la vida de Daniel.

Se enderezó, ajustándose la camisa. El peso de los millones en efectivo que guardaba en el maletero pareció tirar de él hacia el

suelo.

—Jordi —Montse le agarró de la manga—. Tráemelo. Prométemelo.

Él la miró. Sus ojos eran dos pozos negros. Quería decirle el consabido «todo saldrá bien», pero las palabras se le atascaron en la garganta.

—Haré lo que sea necesario —dijo finalmente.

Salió al pasillo sin mirar atrás, mientras el llanto ahogado de Montse le perseguía hasta la puerta principal.

Abrió el maletero de su Mercedes en la entrada de grava. Miró los dos maletines de cuero negro dispuestos al fondo. Se apoyó un instante en la chapa, respirando hondo el aire húmedo de la madrugada de Pedralbes para calmar el temblor de sus manos antes de coger el volante.

—Espera.

La voz de Patrick a su espalda le hizo dar un salto.

—Toma —dijo en voz baja, tendiéndole un objeto pesado y oscuro envuelto en un paño de cocina.

La tela se abrió lo justo para revelar el cañón y la empuñadura ajedrezada de un arma pequeña.

—¿Qué haces? —susurró Jordi, retrocediendo un paso como si le hubieran ofrecido una víbora.

—Por si acaso. —Le empujó el arma hacia el pecho—. No sabemos quiénes son. Si algo sale mal... tienes que protegerte. Y proteger el dinero.

—No voy a coger eso, Patrick. Yo firmo contratos, no pego tiros.

—Jordi, por favor. Eres lo único que tenemos entre esos salvajes y nosotros.

—Es una locura. Si llevo un arma encima y me registran, matarán al niño. Guárdala.

Patrick bajó la mano milímetro a milímetro, ocultando el arma de nuevo en el paño. Se acercó un paso más y le puso una mano en el hombro. Sus dedos se clavaron en la tela italiana de la chaqueta.

—Está bien. Tienes razón. Tú sabes cómo manejar esto mejor que yo. Gracias. De verdad.

—Hago lo que puedo.

—No, no lo entiendes. —Patrick miró hacia la ventana donde se recortaba la silueta derrotada de su mujer, y luego volvió a mirar a Jordi con una intensidad febril—. Sin esto..., sin ese dinero de la póliza de la aseguradora..., la empresa se hundirá el mes que viene. Lo sabes, ¿verdad?

Jordi se quedó de piedra, con la llave del Mercedes a medio camino de la cerradura.

—Patrick... —empezó a decir, pero no supo cómo terminar.

—Recupera a mi hijo —le cortó el empresario, con una sonrisa triste y torcida que no le llegaba a los ojos—. Y asegúrate de que el resto del trato con la aseguradora salga bien. Necesito limpiar esas deudas. Necesito que esto funcione. Por todos nosotros.

Patrick le dio una última palmada en el brazo, se dio la vuelta y caminó de regreso a la casa, ocultando el arma contra su costado.

Jordi se quedó solo. Miró la puerta cerrada de la casa, luego el maletero y por último el camino sin tráfico hacia la ciudad.

Sintió asco.

No era un rescate. Era una transacción comercial. Patrick había vendido el trauma de su propio hijo para orquestar el secuestro y cobrar los doscientos millones de la póliza del seguro. Era la única forma de salvar su negocio en quiebra. Y él, Jordi, creyéndose el gran cerebro de la estafa con el irlandés, no era más que el contable útil de otra persona.

Subió al coche y arrancó el motor. Las manos le temblaban tanto que le costó meter primera. Iba hacia una ratonera en el puerto, enviado por un cómplice que no se fiaba de él, para salvar al hijo de un padre al que le importaba más el saldo bancario que la sangre.

Pisó el acelerador a fondo. Si iba a ir al infierno, mejor no llegar tarde.

39

23:30

Jordi detuvo el Mercedes al doblar la esquina, dejando atrás la verja de los Miró. El aire acondicionado estaba al máximo y le golpeaba la cara con una brisa helada que contrastaba violentamente con la tensión febril de su cuerpo. En el asiento del copiloto, un teléfono Motorola descansaba sobre el cuero negro. Su luz roja de encendido parpadeaba rítmicamente en la penumbra.

Miró por el retrovisor. Nadie.

Extendió la mano y marcó la memoria 1. No necesitó mirar el teclado.

Un tono. Dos.

—Diga. —La voz del sargento Cifuentes sonó rasposa al otro lado de la línea.

—Cambio de planes —soltó Jordi sin preámbulos, manteniendo la vista fija en el asfalto vacío—. Olvide Turó de la Rovira.

—¿Qué dice? —El sargento cambió el tono al instante. Se oyó el ruido de una silla arrastrándose—. No me cambie el dispositivo sobre la marcha.

—Es en el puerto.

—¿El puerto? —Cifuentes guardó silencio un segundo, procesando la táctica—. ¿Dónde exactamente?

—Muelle del Contradique. Final del espigón.

—Joder. —El gruñido de Cifuentes saturó el altavoz—. Eso es una ratonera. Un solo carril, agua a ambos lados. Si entro ahí, me verá a un kilómetro.

—Exacto. Por eso no va a entrar.

—Ni hablar —replicó Cifuentes—. Si le alteran la zona de entrega, se queda sin cobertura táctica.

—Un movimiento extraño y el niño muere. ¿Me oye? Y usted se quedas sin nada.

—O te matan a ti y se llevan los maletines, abogado.

—Es el riesgo que tengo que correr.

Hubo una pausa tensa en la línea. Podía imaginar a Cifuentes en su despacho, mordiendo la punta de un cigarro, sopesando qué pesaba más: el riesgo de perder el botín o el de exponerse demasiado pronto.

—Haga su parte y no me obligue a improvisar —advirtió Cifuentes—. Si va por libre y pierde el dinero...

—No voy a perder nada —le cortó Jordi—. Bloquee la salida del puerto, si quiere, pero hágalo en la rotonda principal, a dos kilómetros. Nadie pisa el muelle hasta que yo tenga al chico en el coche.

—Eso no me garantiza que el irlandés no tenga una lancha esperando.

—Si tiene una lancha, ya hemos perdido. Pero si ven un coche patrulla, perdemos seguro.

Jordi levantó la vista. A lo lejos, divisó las grúas del puerto recortándose contra el cielo contaminado de Barcelona.

—No intente nada raro —dijo Cifuentes—. Haga la entrega y apártese.

La frase quedó colgando en el aire. Jordi apretó la mandíbula. Estaba trabajando con un guardia civil que era peor que los secuestradores.

—Confíe en mí, sargento. Quiero cerrar esto tanto como usted.

Jordi colgó antes de que el sargento pudiera añadir nada más. El silencio volvió a llenar el coche.

Arrancó de nuevo y se dirigió al puerto.

Minutos más tarde, a su derecha, el mar negro lamía los bloques de hormigón. A su izquierda, montañas de contenedores formaban pasillos oscuros, laberintos perfectos para una emboscada. Redujo la velocidad. El muelle del Contradique se extendía frente a él como una lengua de tierra desolada bajo la luz amarillenta de las farolas de vapor de sodio. Al final del espigón, a unos quinientos metros, había un único vehículo aparcado con las luces apagadas.

Jordi respiró hondo. El olor a salitre y gasoil se colaba por las rejillas del Mercedes. Palpó el bolsillo interior de su chaqueta por instinto, rozando el vacío donde Patrick había intentado ponerle el arma. *Mejor así*, pensó. Las armas complicaban las negociaciones. Esa noche, Jordi no podía permitirse que lo vieran como una amenaza física. Solo era el hombre del dinero.

Miró el coche al final del muelle.

Estaba solo.

Pisó el acelerador, deslizando el Mercedes hacia la boca del lobo, mientras se preguntaba si Cifuentes cumpliría su palabra de esperar en la rotonda o si ya había decidido sacrificarlo para cerrar el caso a su manera.

—Vamos allá —susurró para sí mismo.

Avanzó hacia las sombras, sabiendo que, pasara lo que pasara en los siguientes diez minutos, ya no había vuelta atrás.

40

23:42

El aire acondicionado de la Comandancia de la Travesera de Gràcia golpeó a Diana como un muro sólido, secándole el sudor que le bajaba por la espalda. Ignoró el control de entrada, deslizando la placa por el mostrador sin detenerse, con la urgencia de quien transporta una granada sin anilla. Necesitaba encontrar a Cifuentes. Ahora. El hallazgo de la calle Magalhães le quemaba en la memoria: los cables, el olor a almendra amarga del Semtex y la mochila vacía de Spiderman.

—¿Dónde está el sargento? —interceptó a Rivas en el pasillo.

El agente, con una carpeta bajo el brazo, frenó en seco, sorprendido por su aspecto.

—Valenti, ¿qué haces aquí tan tarde? Estás de baja. Si te ve el teniente...

—¡Me importa poco el teniente! —le cortó, bajando la voz al notar las miradas de dos oficiales con uniforme de gala—. Necesito a Cifuentes.

—No está, Valenti. Y tú tampoco deberías estar aquí. Estás de baja.

—Es urgente. ¿Ha subido a Jefatura? ¿Está con el teniente?

—No está en el edificio —dijo Rivas, intentando rodearla—. Salió hace diez minutos, a toda prisa.

Diana sintió un frío repentino bajo la camisa pegada a la espalda. Cifuentes nunca salía sin avisar a la central, y menos en alerta preolímpica.

—¿Adónde?

—Dijo que era personal.

—Esa excusa no cuadra con Cifuentes.

Rivas se encogió de hombros.

Diana se apartó antes de decir algo peor y bajó las escaleras hasta la entrada, esquivando a un par de compañeros que traían a un detenido. En el mostrador, el agente de guardia, un chaval joven al que había ayudado con los informes meses atrás, la miró con preocupación.

—Valenti, tienes mala cara. Deberías estar en casa.

Ella se apoyó en el mostrador y, bajando la voz, preguntó:

—Javi, necesito un favor. ¿Sabes dónde puedo localizar al sargento? Es urgente.

El chico dudó. Miró a los lados para asegurarse de que el cabo de guardia no escuchaba.

—No lo has oído de mí —susurró, inclinándose—. Le escuché hablar por teléfono desde su despacho justo antes de salir. Mencionó el muelle del Contradique.

Diana alzó la cabeza.

—¿El puerto?

—Sí. Dijo que lo perdería si esperaba refuerzos. No sé a qué se refería, pero se fue blanco como el papel. ¿Sabes qué pasa?

La cara de Cifuentes le vino a la memoria. «*Órdenes de arriba, Diana. No muevas un dedo*». La insistencia en que la familia negociara en privado. La negativa a investigar la matrícula.

Sintió que algo encajaba demasiado tarde.

—No —mintió—. No sé nada. Y si alguien pregunta, no me has visto.

Salió de la comandancia.

La noche seguía pegajosa, cargada de humedad. Unos metros más allá de la entrada, oculto en la sombra de un quiosco cerrado, el Seat Panda celeste esperaba con el motor detenido.

La puerta del copiloto se abrió antes de que ella llegara.

Christian estaba pálido, con una capa de sudor brillante en la frente. Se sujetaba el brazo izquierdo contra el cuerpo de forma antinatural, con la manga manchada de sangre seca y fresca, pues la herida se había reabierto.

—Diste la voz de alarma.

El pulso de Diana tembló al introducir la llave en el contacto.

—No. Nadie sabe nada oficial. Cifuentes salió hace quince minutos, él solo.

Christian se tensó. El dolor le cruzó la cara como un relámpago, pero no se quejó.

—¿Sabes adónde?

Ella asintió.

—Al muelle del Contradique. Un espigón abierto con visibilidad desde lejos.

Christian se quedó inmóvil un segundo.

—Sabe lo del niño, lo de la familia O'Connor... y ahora se va solo. ¿Sigues confiando en él?

Diana agarró el volante con más fuerza.

—Ahora mismo no pongo la mano en el fuego por nadie.

Él la miró un instante. Luego bajó la vista al arma en la cintura de Diana.

—¿La llevas?

Ella asintió.

—Sí. Pero tú estás herido. Deberías quedarte.

Él negó con la cabeza.

—No.

—Christian...

—La vida de un niño está en juego —dijo él—. Y los documentos también.

Diana lo miró, percibiendo la sangre en la manga, el agotamiento en su postura y la obstinación suicida en sus ojos.

La misma que sentía ella.

—Arranca —dijo Christian.

Diana metió primera y el Panda salió disparado hacia el tráfico nocturno, buscando la bajada más rápida hacia el puerto.

41

23:48

DECLAN LLEGÓ al muelle doce minutos antes de la hora pactada. Aparcó a setenta metros del punto de encuentro, con el morro del coche apuntando hacia la salida. El calor nocturno envolvía el hormigón, del que emanaba un olor a salitre y brea. Apagó el motor. Desde allí, tenía una visión completa de doscientos metros de asfalto roto, una caseta de control en desuso y dos embarcaciones menores cabeceando a la derecha.

La caseta tenía el cristal superior roto, la puerta cerrada y una mirilla de ventilación inferior intacta, orientada hacia el centro del muelle.

Lo registró, pero lo archivó como irrelevante. Miró por el retrovisor. En el suelo de la parte trasera, oculto entre los asientos, el niño seguía hecho un ovillo. No había dejado de sollozar desde que Declan lo sacó del sótano del Poble-sec, apenas un par de horas antes.

La primera fase de la noche había sido perfecta. Las bombas ya descansaban en sus objetivos, ocultas en las instalaciones olímpicas, esperando como depredadores dormidos. El regreso a la madriguera para recoger al crío había sido rápido: abrir la cámara frigorífica, atarle las muñecas con cinta americana y arrojarlo al suelo del coche entre sollozos.

—*Stop* —dijo Declan en voz baja, sin girarse, al oír otro gemido.

El niño no paró, pero su resistencia era inútil. Declan se había asegurado de dejarle algo de holgura bajo la cinta. Necesitaba que llegara entero al muelle. Una vez cobrado el rescate, volvería a las Olimpiadas para presenciar la culminación de su plan.

Comprobó el arma en el bolsillo derecho. A las 00:00, los faros del Mercedes de Casals barrieron la curva de acceso.

Salió del coche. Abrió la puerta trasera, agarró al niño por el cuello de la camiseta y lo sacó a tirones, obligándole a mirar al asfalto.

—*Walk* —ordenó.

Fijó los ojos en el abogado. Luego paseó la vista por el resto del muelle. Todo tranquilo. La caseta, las grúas, los contenedores, el agua negra. Nadie más.

Casals bajó con los dos maletines y los dejó en el suelo, a medio camino entre ambos. Luego dio un paso atrás.

—Trae al niño —dijo Jordi.

—Los maletines primero.

Una pausa breve. Casals miró hacia atrás, hacia su coche. Declan pudo oler su miedo.

—Ya están ahí.

—Ábrelos.

Jordi se agachó y desabrochó los cierres del primero. La tapa subió. Declan vio el bloque superior de billetes ordenados y del color correcto. El peso de los maletines, al dejarlos Jordi en el asfalto, también había parecido auténtico.

Estaba a punto de soltar el cuello del niño cuando algo en la postura del abogado le hizo dudar.

—El segundo.

Jordi dudó un instante antes de obedecer, agachó la cabeza y levantó la tapa.

Cuando Jordi dio un paso hacia atrás, Declan se acercó y escarbó bajo la primera capa de billetes, descubriendo, para su sorpresa, papel de periódico prensado. Le dio una patada al maletín y apretó con más fuerza la nuca del niño, que gimió de dolor. Miró a Jordi, pero este no dijo nada. Solo retrocedió muy despacio. Declan

entendió entonces que nunca pensaron pagar. Lo habían utilizado como cebo para llegar hasta allí.

En ese milisegundo, la mirilla de ventilación volvió a su mente. La puerta de la caseta. El cristal roto. Un detalle que un operativo como él había descartado tras dieciocho horas sin dormir. Un error que estaba a punto de costarle la vida.

Todo pasó muy rápido.

Sacó el arma con la izquierda, metió el antebrazo bajo la barbilla del niño y le apoyó el cañón en la sien. Con un movimiento fluido, giró el cuerpo para usar al niño como escudo frente a la caseta.

La puerta de chapa se abrió de una patada.

Alguien salió con el arma extendida a dos manos.

—¡Sargento Ramón Cifuentes, Guardia Civil!

Declan no necesitaba entender español para captar el mensaje de aquel corpulento policía que le gritaba desde veinte metros.

No soltó el arma.

Tenía tres puntos de presión: Casals, a cinco metros a su derecha; el gordo, al frente; y el niño, que temblaba contra su pecho. El muelle era un campo de tiro abierto, sin cobertura.

Casals retrocedió hacia su Mercedes, dándole la espalda al sargento, que era un blanco claro.

El sargento avanzaba con paso cauteloso.

Declan empujó al niño y este trastabilló y cayó de rodillas sobre el asfalto, aplastando el periódico.

El gordo cometió su primer y último error: bajó la vista hacia el niño durante dos segundos. Instintivamente, el cañón de su arma descendió un palmo. Fue suficiente.

Declan disparó dos veces. El sonido rebotó contra los contenedores metálicos. El sargento cayó hacia atrás con el impacto del primer disparo. El segundo no era necesario, pero en este negocio no se dejan cabos sueltos.

El silencio que siguió no era ausencia de ruido, sino la presencia de un punto de no retorno.

Declan observó al sargento caer al suelo y luego al niño paralizado. Su mirada se posó en Jordi, cuya mano ya aferraba la

manilla de su Mercedes. Tiraba de ella, pero el terror a un balazo por la espalda le impedía abrir.

La operación había terminado. Declan se encontró en un callejón sin salida, con un muerto y un abogado miserable que acababa de firmar la sentencia de muerte del niño.

Avanzó hacia él. Lo levantó en vilo por la camiseta, apoyando el arma contra su nuca y con el acero apretado contra el hueso. Clavó la mirada en Jordi.

Ya no había negociación. Solo había un mensaje.

Jordi tenía los ojos desorbitados, fijos en el arma. Abrió la boca, quizás para suplicar, pero no salió ningún sonido.

—Desaparece.

La cobardía se impuso. Jordi abrió la puerta de un tirón, se dejó caer en el asiento del conductor y arrancó. El motor rugió con estruendo. Los neumáticos patinaron sobre el asfalto y el Mercedes salió disparado hacia la salida del muelle, abandonando el dinero falso y al niño.

Declan se quedó solo en el extremo del espigón, con el peso del arma y el ruido del agua golpeando los pilones.

Esperó dos segundos, viendo los faros rojos alejarse en la oscuridad del puerto. Levantó el arma y apretó el gatillo. El tercer disparo sonó seco. Único.

Declan vio el coche dar un volantazo por el pánico, a punto de chocar contra un contenedor, pero el abogado logró enderezarlo y desapareció a toda velocidad en las sombras.

Bajó el arma. El mensaje llegaría a los padres alto y claro.

42

SÁBADO, 25 DE JULIO DE 1992

00:09

Jordi Casals dio un volantazo por puro pánico, rozando la valla metálica del puerto, pero logró enderezar el coche antes de perder el control. Condujo los primeros doscientos metros encogido, con el pecho pegado al volante. Tenía las palmas tan empapadas en sudor que le resbalaban sobre el cuero. Giró a la izquierda en la primera bocacalle, luego a la derecha, alejándose de la zona portuaria. Solo cuando el viento nocturno se coló por el cristal y, al sentirse ya a tres calles de distancia, dejó que el aire saliera despacio por la nariz.

Piensa.

Todo se había ido a la mierda. Un sargento de la Guardia Civil muerto. Su ahijado, ejecutado. La culpa intentó abrirse paso desde el estómago, pero Jordi cerró esa puerta mental de golpe. Lo único que lo ataba legalmente a esa carnicería era el rastro del rescate falso y la cinta de casete.

Aceleró hacia el centro.

Vivía en un octavo piso del Eixample, a dos minutos a pie del paseo de Gràcia. Aparcó en el garaje subterráneo. El portero de noche no estaba en su puesto. El ascensor de rejas tardó siglos en subir. Cuando por fin entró en su piso, cerró la puerta con llave,

echó el cerrojo, apoyó la espalda en la madera maciza y permaneció inmóvil en la oscuridad durante once segundos contados.

Once.

Luego encendió la luz de la entrada y fue directo al despacho. En el cajón inferior del escritorio, bajo una carpeta de escrituras de compraventa que llevaba meses sin moverse, estaba el pequeño magnetófono de bolsillo Sony. Lo había comprado para dictar notas en el coche, pero últimamente lo había usado como seguro: para registrar sus conversaciones con Cifuentes. Sacó la diminuta cinta y, con la punta de un bolígrafo Bic, la desenrolló hasta vaciar los dos carretes. Cogió unas tijeras, cortó la cinta en una docena de pedazos, fue al baño y tiró de la cadena. Vio desaparecer en el remolino la única prueba física de que él había obligado a la Guardia Civil a mantenerse a dos kilómetros del muelle. Cadena de custodia destruida.

Después fue al dormitorio.

Se quitó la chaqueta y la camisa y las inspeccionó bajo la luz de la mesilla: nada visible, ningún salpicón de sangre. Bien. Pero si se mantuvo lo bastante cerca como para oler la pólvora del arma de aquel irlandés, los residuos invisibles se habrían pegado al tejido. Echó la ropa al cesto del baño y vació medio bote de detergente líquido con amoníaco sobre ella para destrozar cualquier rastro químico. Hizo lo mismo con los pantalones.

Se metió en la ducha. Puso el agua casi hirviendo y se quedó bajo el chorro durante varios minutos, frotándose los brazos y el cuello hasta enrojecerse la piel, intentando arrancarse el olor a gasóleo, salitre y pólvora.

Cuando salió, el espejo estaba empañado por el vapor y ya no podía verse la cara. Mejor.

El dinero era otro asunto.

Bajo la ropa de invierno del armario empotrado del cuarto de invitados seguían las dos cajas de cartón y una tercera medio vacía. Dentro quedaban ciento ochenta y ocho millones de pesetas en billetes usados de diez mil.

Lo que nunca había llegado de verdad al muelle. Su verdadero plan.

Eran ciento ochenta y ocho fajos de un millón. Casi veinte kilos de papel viejo y ruina futura. Demasiado dinero para dejarlo una hora más en casa si un juez instructor firmaba una orden de registro rápido antes del amanecer. Jordi sacó dos maletas rígidas del altillo, repartió los fajos con movimientos automáticos y las cerró. Tenía llaves del despacho del notario con quien compartía planta en la Diagonal. Dejaría allí el dinero antes de ir a Pedralbes.

Frente al espejo del baño, ya limpio, vestido con un traje gris carbón impecable, Jordi practicó su declaración.

No era algo que pudiera improvisarse. Tenía que ser un testimonio blindado frente a cualquier contrainterrogatorio, y él mismo debía creer en él.

—Llegué al muelle con los maletines, tal como acordamos en la última llamada. Todo parecía en orden. Y entonces el sargento apareció sin avisar, rompiendo el perímetro. Todo se descontroló: hubo gritos y oí disparos. Vi a Daniel caer. Me disparó mientras huía para salvar mi vida.

Lo repitió tres veces en voz alta. En la segunda repetición, la voz le tembló de verdad al pronunciar «vi a Daniel caer». Se permitió sentir el horror de la imagen del niño arrodillado sobre el periódico, canalizándolo y envasándolo al vacío para usarlo ante el juez. En la tercera repetición, la voz sonó perfecta. Rota, creíble, profesionalmente devastada. La historia estaba lista. El dinero, asegurado. La premeditación, borrada en las tuberías de Barcelona. Solo quedaba ir a casa de los O'Connor, sentarse con Montse y Patrick, y guiarlos a través del duelo para convencerlos de que Cifuentes había provocado la tragedia.

Cogió las llaves del otro coche de la consola del recibidor y, cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta principal, sonó el telefonillo de la calle. Un zumbido largo y áspero en medio de la madrugada.

Se quedó quieto, con los dedos rígidos sobre el pomo de bronce. Miró el reloj. Nadie llamaba a su bloque a esas horas.

El zumbido se repitió.

En el silencio posterior, escuchó su pulso retumbar detrás de sus ojos. Apretó el botón de audio del interfono de pared, pero mantuvo

la respiración, negándose a hablar.

—Abre la puerta, Jordi —dijo la voz de Patrick O'Connor a través del pequeño altavoz.

Miró hacia el pasillo oscuro del piso, buscando una salida que no existía. Respiró hondo, activando su personaje de superviviente, y pulsó el botón de apertura.

Quince segundos después, golpearon la madera de su puerta.

—Jordi.

Era Patrick exigiéndole que abriera.

Él giró el pestillo y abrió despacio.

Patrick, su amigo y cliente, estaba al otro lado, invadiendo su espacio personal. Llevaba la camisa de lino mal abotonada y arrugada, respirando con dificultad en el rellano. Tenía los ojos inyectados en sangre y la mandíbula encajada en una tensión asesina.

Sin bajar la mirada, notó el peso metálico del arma en la mano derecha de Patrick, la que le había ofrecido horas atrás como protección. El cañón apuntaba hacia el suelo. De momento. Sintió que perdía la estabilidad bajo sus zapatos italianos.

—Patrick... —empezó con voz ensayada—. Ha sido un desastre...

—Ese malnacido ha llamado a casa. Ha llamado para contárnoslo todo... —La voz le salió ronca, gastada, como si ya la hubiera agotado de tanto gritar—. Quiero que me mires a los ojos, Jordi. Quiero que me lo digas a la cara.

Dio un paso adelante y cruzó el umbral. El cañón del arma subió con precisión militar hasta apuntar al estómago del abogado, y este dejó de respirar. El peso de sus propias mentiras le cayó encima, aplastándole los pulmones. La máscara de abogado brillante se le hizo añicos en la garganta.

Patrick empujó el cañón contra el estómago.

—¿¡Qué has hecho, hijo de la gran puta!? —El rugido le estalló en la cara, empapado en lágrimas y locura.

El dedo de Patrick se tensó sobre el gatillo.

43

00:42

El Seat Panda avanzó por el muelle del Contradique, con sus luces cortando la oscuridad y el motor jadeando. Diana conducía con el pecho casi pegado al volante. El viento caliente que entraba por las ventanillas no aliviaba la tensión, arrastrando consigo un olor áspero a alquitrán, gasoil y agua estancada, tan típico de los puertos nocturnos. A su lado, Christian, con la cabeza apoyada en el respaldo, sujetaba el brazo izquierdo contra el pecho y luchaba contra un espeso mareo. Una fina capa de sudor frío, fruto de la pérdida de sangre, le cubría la frente.

—Tiene que estar aquí —murmuró Diana con voz tensa—. Tiene que estar.

Él abrió un ojo.

—Si el canje era aquí, ya lo han hecho.

Avanzaron a baja velocidad por el espigón. Las farolas del puerto proyectaban una luz amarilla y sucia sobre el asfalto roto. A la derecha, dos embarcaciones menores crujían contra los pilones. Más adelante, apareció la silueta de una caseta de control en desuso.

Entonces, los faros del Panda iluminaron el asfalto.

Diana pisó el freno de golpe. El coche se detuvo con un chirrido seco, a solo tres metros del cuerpo.

El sargento Cifuentes yacía boca arriba con el cuerpo ligeramente ladeado, con una gran mancha oscura de sangre en el pecho. Su arma reglamentaria yacía a un metro de su mano derecha. A pocos pasos, yacían dos maletines abiertos.

Diana apagó el motor, pero no se movió.

Christian vio sus hombros paralizarse y sus nudillos palidecer sobre el volante.

—No... —susurró ella.

Él abrió la puerta y salió al aire húmedo, ignorando el pinchazo agónico en su brazo. Su instinto de supervivencia arrinconó a la empatía en un segundo. Se agachó junto a Cifuentes. Miró los ojos del sargento, fijos en el límpido cielo de julio. Presionó dos dedos sanos contra el grueso cuello del guardia civil.

Nada.

—Está muerto —confirmó.

Diana había salido del coche y se tapó la boca con el dorso de la mano.

Christian no se quedó mirando el cadáver; su cerebro ya procesaba la escena. Observó la postura de Cifuentes, caído de espaldas. Su arma yacía en el suelo. Luego analizó el espacio vacío frente al sargento. No había rastro de sangre del tirador ni casquillos cercanos. Los disparos habían sido limpios, efectuados desde varios metros. Se acercó a los maletines. En su interior, había fajos de billetes. La brisa del puerto había levantado la primera capa del segundo maletín, revelando debajo el borde irregular de una hoja de periódico.

Sacó uno de los billetes de la capa superior. Lo frotó.

—No era un rescate —dijo Christian, tirando el billete falso al asfalto—. Esto es teatro.

—¿Qué? —la voz de Diana sonó frágil, lejana.

—Papel de periódico. Nunca pensaron pagar. Mandaron a tu sargento al matadero para ahorrarse doscientos millones.

Diana miró los maletines, aturdida.

—Pero si el secuestrador disparó y descubrió el engaño..., ¿por qué Cifuentes no le disparó a él?

—Porque Cifuentes no apuntaba al secuestrador —dijo Christian, mientras observaba las huellas de neumáticos en el polvo del asfalto, justo detrás de los maletines—. Apuntaba al mensajero. Alguien trajo este dinero falso, tu sargento salió a detenerlo, y el secuestrador lo ejecutó, ya fuera para protegerse… o para castigar. El que trajo los maletines huyó.

Christian recordó los cristales rotos que los faros del Panda habían iluminado cerca de la salida del muelle, cien metros atrás.

—Huyó bajo fuego —añadió.

Diana miró el cuerpo de su superior.

—Tengo que llamar a Jefatura. Hay un teléfono en el control de entrada...

Christian se incorporó con un gemido sordo.

—Si llamas a Jefatura, este muelle se llena de patrullas en diez minutos. Tú serás arrestada por saltarte la baja y yo acabaré en un calabozo sin poder evitar que esas bombas estallen en la ciudad.

—¡Es un sargento de la Guardia Civil! —explotó ella.

—¡Y nosotros acabamos de encontrar un arsenal en Magalhães! —replicó Christian, dando un paso implacable hacia ella—. Esto no lo planeó un secuestrador aislado. La familia orquestó este fraude.

Ella apretó la mandíbula. El viento le alborotaba el pelo. Miró el cadáver de Cifuentes y la fragilidad desapareció de su rostro, dejando paso a una frialdad pétrea.

—No voy a dejarlo tirado aquí como a un perro.

—Pararemos en la primera cabina telefónica que encontremos al salir del puerto —concedió Christian, midiendo sus palabras—. Darás la voz de alarma de forma anónima, y luego nos largamos a Pedralbes.

—¿A Pedralbes?

—A la casa de los O'Connor. El padre es irlandés, Diana. Igual que James. Igual que el Semtex. Todo está conectado, y esa familia tiene las putas respuestas.

Diana miró una última vez a Cifuentes. Asintió, un movimiento seco y cortante. Se giró y abrió la puerta del conductor. Christian rodeó el morro del coche, se dejó caer en el asiento del copiloto y se

agarró el hombro izquierdo, presionando la herida palpitante contra las costillas.

Diana encendió el motor. Metió primera con un golpe brusco y aceleró, dejando el muelle y al sargento atrás.

—Si esto sale mal... —empezó ella, mirando el retrovisor mientras las luces rojas del puerto se alejaban.

Christian cerró los ojos, engullido por el mareo.

—Ya ha salido mal. Conduce.

44

01:05

El Seat Panda de Diana frenó bruscamente frente a la verja de la casa de los O'Connor en Pedralbes. Christian abrió la puerta del copiloto antes de que el motor se detuviera por completo y salió al aire húmedo de la madrugada. Un dolor punzante le atravesó el hombro izquierdo al apoyarse para salir. Apretó los dientes, tragándose el gemido. La herida sangraba de nuevo, dejando la tela de su camisa pegajosa, empapada en sudor y sangre fresca.

Diana lo miró, pero no dijo nada.

Avanzaron a zancadas por el camino de piedra del jardín. La puerta principal estaba abierta de par en par.

—¡Montse! —llamó Diana, cruzando el umbral con la mano sobre la culata de su arma.

Christian entró detrás de ella, analizando el vestíbulo. Su respiración era superficial. El dolor latía al ritmo de su pulso, pero su mente arrinconó y bloqueó la agonía física. Con Semtex en Barcelona, un sargento muerto y un niño secuestrado, no había tiempo para desangrarse.

Encontraron a Montse en el salón. Estaba derrumbada en el sofá con la pierna escayolada en un ángulo incómodo. Sostenía el auricular del teléfono contra el pecho con ambas manos, temblando

de pies a cabeza. Tenía la mirada vacía, clavada en algún punto inexistente de la alfombra.

—Montse, ¿qué ha pasado? —Diana corrió hacia ella y se arrodilló a su lado—. ¿Dónde está Patrick?

La mujer tardó largos segundos en parpadear.

—Llamaron... —susurró, y un espasmo violento le sacudió los hombros—. El secuestrador dijo que Jordi lo había engañado. Dijo que... que Daniel está muerto.

Diana soltó un jadeo sordo y se tapó la boca con la mano.

Christian se mantuvo a dos metros de distancia, en la penumbra del salón. Se apretó el hombro con la mano sana, sintiendo la humedad caliente traspasar la tela. Algo no cuadraba. Los terroristas del IRA no hacían llamadas para dar el pésame. Si el niño estuviera muerto, simplemente desaparecerían.

—¿Dónde está Patrick? —preguntó Christian.

—Salió... —Montse rompió a llorar con un sonido gutural, desgarrador—. Salió corriendo como un loco. Dijo que todo era culpa de Jordi, el encargado de entregar el dinero.

—¿A dónde ha ido?

—¡Ha ido a matarlo! —El grito de Montse llenó el gran salón como un eco asfixiante—. ¡Se ha llevado un arma!

Diana se levantó de golpe. Christian dio un paso al frente hacia la luz de la lámpara, revelando la mancha escarlata que le cubría la mitad de la camisa.

—Mírame, Montse —cortó Christian, implacable.

—Christian, por el amor de Dios... —intentó frenarlo Diana.

—No tenemos tiempo, Diana —replicó él—. Montse, mírame a los ojos. Si de verdad hubieran matado a tu hijo, no habrían llamado.

Esa llamada tiene un propósito. Quieren que Patrick cometa una locura para eliminar cabos sueltos. Y tu marido está haciendo justo lo que el secuestrador quiere.

Montse dejó escapar un sollozo ahogado, aferrándose al borde del sofá con los nudillos blancos.

—La dirección de Jordi —exigió él.

—Calle Muntaner... —tartamudeó ella, superada por la lógica aplastante de aquel desconocido ensangrentado—. Número ciento

ochenta. El ático...

Christian asintió con un gesto seco. Se enderezó de inmediato, sofocando un gruñido mientras la tela se pegaba a los bordes de la herida abierta.

—Diana, al coche. Ya.

Giró hacia la puerta principal. Diana dedicó una última mirada de disculpa a Montse antes de salir corriendo tras él.

Mientras salían al jardín, Christian apretó el puño izquierdo repetidamente para forzar la circulación y mantenerse consciente. Si llegaban tarde y Patrick le volaba la cabeza a Jordi, la única conexión con el Semtex desaparecería en un charco de sangre.

Se metieron en el Panda.

—¿Cuánto tiempo tardaremos en llegar a Muntaner? —preguntó Christian mientras cerraba la puerta de golpe.

—Diez minutos —respondió Diana, arrancando el motor y metiendo primera con violencia.

—Déjalos en cinco —dijo Christian—. O llegaremos para recoger dos cadáveres.

45

01:23

El motor del Panda aulló cuando Diana pisó a fondo el acelerador, subiendo la calle Muntaner, desafiando la física y la prudencia.

En el asiento del copiloto, Christian se hundía contra la puerta. Su mano derecha presionaba con fuerza desesperada el hombro izquierdo. Tenía los ojos medio cerrados y la mandíbula encajada. Cada bache, cada giro brusco le arrancaba un latigazo de agonía que él se tragaba, transformándolo en un siseo sordo entre los dientes.

—Aguanta —dijo Diana—. Estamos a dos minutos.

Él no respondió. Su mente compartimentaba el dolor, encerrándolo en una caja fuerte para más tarde.

—Tenemos que llegar antes que él —murmuró ella, mirando la numeración de los portales—. Si le vuela la cabeza a Jordi, habremos perdido la única conexión con el terrorista.

Las ruedas del Panda chillaron contra el asfalto, dejando una marca negra frente a un edificio señorial del Eixample de fachada gris. Apagó el motor y saltó del coche aún en movimiento. Christian hizo lo mismo, pero al apoyar el peso sobre las piernas, el mundo se tambaleó y tuvo que apoyarse en el capó, jadeando.

—¿Puedes caminar? —preguntó ella, ya con el arma desenfundada.

—Sube —mintió él, despegándose de la chapa con un esfuerzo hercúleo.

Entraron en el vestíbulo y subieron a un ascensor que parecía una jaula de caoba y latón. Al llegar al penúltimo piso, un sonido partió el silencio de la escalera en dos.

¡PUM!

Un chasquido seco provino de lo alto del hueco de la escalera. No era el eco sordo de un arma pesada, sino el ladrido metálico de un calibre corto.

El arma de Patrick.

Diana y Christian cruzaron una mirada.

Al salir del ascensor al rellano del octavo piso, encontraron la puerta del ático abierta de par en par. La luz cálida del interior se derramaba sobre el suelo de terrazo.

Ella se pegó al marco, asomando el arma antes que la cabeza. Entró pivotando sobre sus talones, y Christian la siguió, cubriendo el ángulo muerto.

El ático era el reflejo de un hombre que se creía intocable: diseño italiano, inmensos ventanales y estanterías rebosantes de libros. Sin embargo, el lugar había sido brutalmente profanado. El olor a pólvora quemada era denso. Metálico. Sobre un escritorio de cristal, yacía Jordi Casals. La pechera de su camisa blanca era ahora una laguna roja que se expandía rápidamente. Tenía los ojos abiertos de par en par, fijos en el techo, vacíos de la arrogancia que lo había caracterizado toda su vida. La sangre goteaba desde el borde del cristal hacia el parqué de madera.

Frente a él, en el centro de una alfombra persa, Patrick O'Connor permanecía de espaldas a la puerta, los hombros hundidos. Su brazo colgaba flácido, el arma en la mano. Todo su cuerpo vibraba con el temblor espasmódico de un hombre roto.

—¡Guardia Civil! —Su voz cortó el aire—. ¡Suelte el arma, Patrick! ¡Tírela al suelo!

Patrick no pareció escucharla. Un sollozo ahogado se escapó de su garganta, seguido de una risa vacía y desquiciada.

—Se acabó... —murmuró.

Christian, desde el umbral, escaneó la escena. Vio un portadocumentos de piel negra sobre una de las sillas, vomitando fajos de billetes de diez mil pesetas. Dinero real.

El cuadro completo se armó en su cabeza en una fracción de segundo.

—¿De quién fue la idea, Patrick? —preguntó Christian, dando un paso hacia el interior—. ¿Tuya o del abogado?

Patrick giró apenas la cabeza, mirándolo de reojo.

—La empresa se hundía —su voz era un susurro árido—. Jordi lo organizó todo. Vaciamos nuestras cuentas para pagar a los secuestradores y luego recuperar los doscientos millones a través de la póliza de secuestro... Jordi dijo que conocía a la gente adecuada, un tal Declan… Irlandés… que nadie saldría herido...

Levantó la mano libre y señaló el portadocumentos con el dinero real.

—Pero nunca les pagó su parte. Se quedó con nuestro dinero y mandó a mi hijo al matadero con maletines llenos de papel de periódico... —Le faltó el aire—. Ha matado a mi niño. Se ha hecho justicia.

—No, no se ha hecho justicia —intervino Diana, dando un paso lateral y manteniéndose en la periferia de Patrick—. Ha matado a un hombre. Tire el arma. Aún podemos encontrar al hombre que tiene a Daniel.

Pero Christian vio algo en los ojos de aquel padre atormentado que le congeló la sangre.

—Mi hijo está muerto —susurró Patrick—. Y la culpa es mía. Yo se lo entregué.

—Patrick, por favor... —suplicó Diana, bajando el cañón de su arma—. No lo hagas. Suelta el arma.

—Diana, no te acerques —advirtió Christian.

—Daniel, perdóname —dijo Patrick al vacío.

—¡NO! —gritó Diana, lanzándose hacia adelante.

¡PUM!

El disparo reventó la cristalera del mueble bar a su espalda. Una roseta de sangre espesa salpicó los lomos de los libros. El cuerpo de Patrick se quedó rígido una fracción de segundo, como si un rayo lo

hubiera atravesado, y se desplomó de bruces sobre la alfombra persa, a dos metros de las botas de Diana.

Ella se quedó paralizada. El cañón de su arma apuntaba ahora al vacío.

El pitido sordo del disparo zumbaba en los oídos de Christian. Olía a cobre y a muerte.

Se acercó a ella.

—Diana.

Ella no respondió. Tenía la mirada anclada en el charco oscuro que se expandía bajo la cabeza de Patrick.

—¡Diana, mírame! —ladró él, agarrándola del hombro con la mano sana—. Tenemos que irnos.

—Se ha matado... —balbuceó—. Yo... yo lo tenía a dos metros.

—No podías hacer nada. La farsa de la póliza les ha explotado en la cara —sentenció, implacable, señalando el portadocumentos—. Pero ese Declan sigue suelto. Su misión no ha terminado. —Se acercó más a ella—. Y la nuestra tampoco.

—Poble-sec... —los ojos de Diana recuperaron el foco.

—Exacto. Tenemos que evitar que esas bombas lleguen al estadio.

—Vamos a Poble-sec —sentenció ella, recuperando la firmeza policial—. Vamos a cazar a ese hijo de puta.

Christian asintió e intentó enderezarse para seguirla, pero sus rodillas cedieron. Cayó jadeando, sujetándose el hombro herido. La sangre fresca goteaba ya sobre el parqué, mezclándose con la de Jordi.

—¡Christian! —Diana se arrodilló a su lado.

—Estoy bien... —mintió él, sin aire—. Solo necesito... un minuto.

—Estás blanco como el papel y dejas un puto reguero.

El dolor era paralizante.

—Bien —cedió—. Hay un kit médico en mi equipaje, en el Majestic: material hemostático militar y suturas de Belfast. Cosas que no conseguirás en una farmacia ahora mismo.

Ella sopesó la decisión.

—Perderemos tiempo.

—Y si no vamos, perderás la guerra —la desafió él, mirándola a los ojos—. Diez minutos en el hotel. Y luego iremos a Poble-sec.

Diana observó por última vez la habitación destrozada como un monumento a la avaricia y la culpa. Asintió, dura.

—Apóyate en mí —dijo, pasándose el brazo derecho de Christian por los hombros para ayudarle a levantarse—. Diez minutos. Ni un segundo más.

46

01:47

CASI A LAS DOS de la madrugada, el majestuoso vestíbulo del Hotel Majestic estaba vacío. Solo un recepcionista somnoliento lo custodiaba, apenas levantando la vista del periódico cuando cruzaron las puertas.

Christian caminaba apoyando gran parte de su peso en Diana. La adrenalina del ático de Muntaner se había disipado, dejando un dolor punzante y constante en su hombro izquierdo. Mantuvo la cabeza baja, ocultando el rostro y la sangre bajo la chaqueta de cuero que Diana le había echado por los hombros en el coche.

Llegaron a la habitación 512 en silencio.

—Siéntate en el borde de la bañera —ordenó Diana, cerrando la puerta con el pie y echando la cadena de seguridad—. Trae tu botiquín.

Christian no discutió. Sus fuerzas estaban al límite. Caminó hacia el armario, ignorando el mareo que le nublaba la visión, y sacó su bolsa negra de nailon balístico. Entró en el baño. Al mirarse en el espejo, apenas se reconoció. Estaba tan pálido que sus cicatrices antiguas parecían tatuajes en la piel. Su postura, encorvada y vulnerable, revelaba el estrés. Odiaba sentirse vulnerable.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Diana desde la habitación.

—No —respondió él, apretando los dientes—. Busca una toalla oscura y limpia el suelo de la entrada, por favor. Si la camarera de pisos ve las gotas mañana, llamará a la policía.

No era una mentira, sino una distracción táctica. Quería mantenerla ocupada para que no viera el contendido del kit médico avanzado. Abrió el grifo del lavabo al máximo para que el ruido del agua enmascarara cualquier otro sonido. Desabrochó la cremallera de la bolsa negra. Desechó rápidamente las gasas estándar. Sacó un sobre de polvo coagulante de uso militar, diseñado para sellar heridas de metralla en el campo de batalla, y un apósito de compresión de las fuerzas especiales. No podía dejar que ella viera el material. Un civil, por muchos conflictos que hubiera cubierto para la prensa, no llevaba material quirúrgico del Ministerio de Defensa británico.

Se quitó la chaqueta y la camisa ensangrentada. La herida era fea: un corte profundo y rasgado que volvía a supurar sangre oscura. Rasgó el sobre de coagulante con los dientes, apoyó el brazo en el mármol y vertió el polvo granulado sobre la herida abierta.

El ardor fue instantáneo, como si le hubieran aplicado un hierro al rojo vivo.

Christian ahogó un grito, que se transformó en un gemido ronco que se estrelló contra el espejo. Cerró los ojos con tanta fuerza que vio destellos de luz. Contó hasta diez en danés, su mecanismo de defensa infantil para no perder la cordura, mientras sentía cómo el polvo químico reaccionaba con la sangre, sellando los capilares con fuerza.

Terminó de aplicar el apósito de compresión. La herida latía con furia, pero la hemorragia se había detenido. Su pulso también empezaba a estabilizarse. Se enjuagó la cara con agua fría, borrando todo rastro de vulnerabilidad. Apagó el grifo y el silencio que siguió fue distinto.

—¿Diana?

Sintió un escalofrío en la nuca. Abrió la puerta del baño despacio, secando su mano sana con una toalla pequeña. Salió a la habitación con el torso aún desnudo.

—Ya estoy listo —dijo.

Dio un paso y se detuvo.

Diana no estaba arrodillada limpiando el suelo. Estaba de pie frente al armario abierto, donde colgaba su chaqueta de uniforme de tripulante de cabina, con un pasaporte de color verde oscuro en la mano.

Christian reconoció el color antes de ver el arpa celta dorada impresa en la cubierta. Era el pasaporte de la República de Irlanda.

El estómago se le encogió.

Ella se volvió. Su postura era de absoluta rigidez militar con los pies separados a la anchura de los hombros y en su mano izquierda aún tenía el pasaporte verde, abierto por la página de la fotografía. En la mano derecha, con el pulso firme y el martillo percutor hacia atrás, Diana sostenía su arma reglamentaria. El cañón de nueve milímetros apuntaba al centro del pecho de Christian.

Los ojos de la guardia civil estaban inyectados en una mezcla de furia y de absoluta decepción.

—Es él —dijo Diana y su voz era hielo puro—. El cadáver de la furgoneta. Le robaste la identificación antes de que yo llegara aquella noche, allí en Mas Blau. Me has mentido desde el primer segundo.

Él levantó las manos con cautela, mostrando las palmas vacías.

—Diana, escucha...

—¡Cállate! —le cortó ella, dando un paso al frente y acortando la distancia con el arma—. Lo has tenido tú todo este tiempo. Sabías quién era. Sabías de qué iba todo esto mientras yo me jugaba la placa y la vida por ti.

Le tiró el pasaporte con fuerza al pecho y cayó al suelo. Apretó ambas manos sobre la empuñadura del arma.

Christian no respiró.

47

02:11

El cañón del arma apuntaba al centro del pecho de Christian.

Diana notaba el peso del arma como una extensión de su propio brazo. La culata encajada en la palma, el dedo descansando sobre el guardamonte y la muñeca bloqueada. Era la postura que había ensayado decenas de veces en la galería de tiro de la academia, pero nunca la había sentido tan fría como en aquel hotel a las dos de la madrugada, delante del hombre en el que había confiado.

Christian se detuvo al borde de la moqueta, aún con el torso desnudo y el vendaje blanco asomando por debajo del hombro. La toalla que llevaba en la mano cayó al suelo sin ruido.

Sus ojos se posaron un segundo en el pasaporte verde tirado en el suelo y luego volvieron a encontrar los de ella.

—Le robaste la identidad en Mas Blau —dijo Diana—. Me has mentido desde el primer momento.

—Diana, baja el arma. Puedo explicarlo.

Conocía ese tono de voz. Siempre tenía una respuesta para todo. Y ella había sido tan idiota de creerle. Era más fácil pensar que estaba de su lado que admitir que la había utilizado como un perro rastreador.

Apretó el arma con más fuerza.

—¿Y ese uniforme de tripulante de cabina? ¿Otra tapadera? ¿Quién coño eres en realidad? ¿Inteligencia? ¿Del IRA?

—No soy uno de ellos.

Diana apretó la mandíbula. El recuerdo del cadáver de su sargento en el puerto le cruzó la mente como un latigazo.

—Estabas en la furgoneta al lado de un hombre asesinado y manipulaste la escena. Ocultaste una prueba de un homicidio.

—Te estás equivocando.

Decidió no darle esa ventaja. Sin bajar el arma, retrocedió un paso hasta la mesita de noche y descolgó el auricular con la mano izquierda.

Marcó. El corazón le golpeaba tan fuerte que sentía el latido en la yema de los dedos.

—Recepción —contestó una voz adormilada.

—Línea exterior. Guardia Civil, Comandancia de Barcelona.

Hubo un clic y, luego, el tono de llamada.

—Diana, si involucras a tus superiores ahora, esto se acaba —advirtió él, dando medio paso—. No solo para mí. Para las miles de personas que irán a ese estadio en unas horas.

—Ya se ha acabado para demasiada gente —replicó ella, manteniendo el auricular pegado a la oreja.

La línea se conectó.

—Guardia Civil, Comandancia de Barcelona, ¿dígame?

Diana tragó saliva.

—Agente Valenti. Necesito hablar con el teniente al mando. Es un código rojo.

—Un momento.

El silencio se hizo espeso. Christian se había quedado inmóvil, evaluando las distancias.

—¿Valenti?

—Estoy en el hotel Majestic, habitación 512. Necesito...

No llegó a terminar. El auricular saltó de su mano antes de que entendiera qué estaba pasando.

Christian cruzó en dos zancadas el espacio que los separaba. Antes de que Diana pudiera alinear el arma, él agarró el cañón con la mano izquierda, empujándolo hacia el techo y desviando la línea

de tiro. Al mismo tiempo, giró la cadera y lanzó el peso de su hombro vendado contra el pecho de ella.

El impacto le cortó la respiración. Diana tropezó y su espalda se estrelló contra la pared. El arma se resbaló de sus dedos y cayó sorda sobre la alfombra.

Intentó golpearlo en las costillas con el codo, pero él esquivó el golpe por reflejo, como si hubiera anticipado la coreografía. Le atrapó la muñeca en el aire y, en un movimiento continuo y brutalmente fluido, la obligó a rotar sobre sí misma hasta quedar de cara a la pared. Le retorció el brazo contra la espalda, empujándolo hacia arriba hasta el límite donde el dolor advertía una fractura inminente.

—No quiero hacerte daño.

—Llegas tarde —escupió ella.

Diana intentó usar la bota para hacerle un barrido, pero Christian ya tenía la cadera firmemente pegada a ella. Bloqueó la pierna de Diana metiendo la suya por detrás de la corva, anulando por completo su centro de gravedad.

—Relaja la mano. Si te resistes, te dislocarás la muñeca.

Diana supo que no era una amenaza vacía. Sabía dónde apretar, dónde torcer. Era un profesional.

Se resistió igual, empujando hacia atrás con pura rabia. Notó el pinchazo agudo en el pulgar cuando el tendón protestó. Apretó los dientes, tragándose el quejido.

Inmovilizándola con su peso, Christian buscó en la parte baja de su espalda. Encontró la funda de cuero en el cinturón y sacó las esposas reglamentarias.

El clic del primer brazalete al cerrarse en su muñeca derecha fue un detonador que reventó su orgullo.

—No —gimió ella—. Christian, ni se te ocurra...

Él la empujó hacia el suelo, obligándola a sentarse contra el pesado cabecero de caoba de la cama. Pasó el segundo aro metálico por detrás de uno de los barrotes macizos del mueble y aseguró su muñeca izquierda.

Un clic definitivo.

Diana estaba sentada en la moqueta, con los brazos rodeando el grueso poste de madera a su espalda, esposada a la estructura de la cama.

Probó la resistencia con un tirón salvaje. El metal de las esposas le mordió la piel y la caoba crujió bajo la presión, pero no cedió. Estaba anclada.

Se giró hacia él, respirando entrecortadamente.

—Te va a matar y lo sabes —le advirtió.

Él no dijo nada. Se agachó frente a la mesita y arrancó el cable del teléfono de la pared de un tirón seco, dejándola incomunicada.

—¿Vas a dejarme aquí atada como a un perro?

—No pienso dejar que me sigas. Me retrasarías y yo necesito ir más rápido que él.

—Eres un hijo de puta.

Él se incorporó despacio y se puso una camisa limpia que sacó de la bolsa.

La miró desde arriba. Durante un momento, en sus ojos no hubo ironía, ni el brillo sarcástico con el que se protegía del mundo. Solo había un cansancio mortal y algo que se parecía a la culpa.

—Lo sé —dijo—. Puedes ponerlo luego en tu informe oficial.

Se agachó y recogió el arma de Diana de la alfombra. Sacó el cargador, comprobó los cartuchos y lo reinsertó con un gesto mecánico. Se guardó el arma en la parte trasera de su pantalón.

Luego cogió el pasaporte verde del suelo y se lo guardó junto al suyo propio en el bolsillo interior de la americana de lino.

Diana lo siguió con la mirada, pero esta vez no dijo nada. Guardaba aire y medía el grosor de la madera a su espalda.

Christian caminó hacia la salida. Se detuvo en el umbral, con la mano en el picaporte.

—Diana...

Su nombre quedó flotando en la habitación.

Ella apartó la mirada hacia la pared. Sobraban las palabras.

La puerta se cerró con un clic sordo. El sonido del pestillo asegurándose desde fuera resonó en el cuarto. Diana se quedó a oscuras, escuchando sus propios latidos, el ronroneo aséptico del

aire acondicionado y el crujido de la caoba al tensar las muñecas contra la madera.

48

02:28

El barrio de Poble-sec, encajado contra la falda de Montjuïc, parecía contener la respiración a esas horas de la madrugada.

Christian le pagó al taxista dos calles antes de Magalhães. Esperó a que el vehículo desapareciera por la esquina antes de moverse. Cada paso le producía una punzada rítmica, caliente y profunda en el hombro izquierdo. Habían pasado muy pocas horas desde la última vez que estuvo allí. Demasiada muerte en un solo día.

Bordeó el bloque de pisos y se coló por el callejón oscuro que llevaba a la puerta trasera. La última vez había usado una horquilla de Diana para abrir el candado. Esperaba encontrarla cerrada de nuevo. Pero no había candado. La anilla estaba rota y la puerta metálica entreabierta apenas unos milímetros.

Christian desconfió. Un operativo como Declan no cometía esos descuidos. Pasó la yema del dedo por el hueco entre la jamba y el suelo. Tocó algo fino: hilo de pescar transparente, tensado y anclado a un clavo en el zócalo. Una trampa de sonido casera, táctica básica de Belfast. Si abría la puerta de un empujón, el hilo tiraría de una pila de escombros en el interior y el crujido alertaría a cualquiera que estuviera dentro.

Buscó a tientas entre la basura y encontró la tapa afilada de una lata de conservas. La usó como cuchillo para seccionar el hilo y lo

dejó caer sin ruido.

Respiró hondo, sacó el arma de Diana, le quitó el seguro con un clic mínimo y empujó la puerta de metal. Cruzó la antigua cocina a oscuras, respirando el mismo tufo a grasa muerta y polvo, y se detuvo en seco justo antes de entrar en la sala principal del restaurante.

A medio palmo del suelo, cruzando el vano de la puerta que separaba ambas estancias, brilló un hilo de pescar de nailon translúcido. Declan había reorganizado sus defensas.

Christian pasó por encima del hilo con cuidado quirúrgico. Sorteó las mesas apiladas y llegó hasta la barra de roble. Al asomarse, vio que la trampilla de madera estaba abierta de par en par. La taza de cristal que servía de alarma ya no estaba. En su lugar, desde el fondo del sótano subían una luz mortecina y el olor químico inconfundible del Semtex.

Bajó los doce escalones de madera despacio, pegando la espalda a la pared, con el arma sujeta a la altura del pecho. Al llegar abajo, examinó la primera estancia, la que albergaba la mesa de trabajo cubierta por la lona. Vacía.

Luego miró hacia el fondo, hacia la cámara frigorífica. La pesada puerta estaba abierta, pero ya no parecía ser la prisión principal.

El pánico golpeó la nuca de Christian. Las cargas ya se habían activado. Estaba a punto de retroceder para buscar un teléfono cuando escuchó un quejido muy suave y acompasado. Giró el arma y apuntó hacia el fondo del sótano, detrás de unos estantes metálicos ladeados. Avanzó dos pasos y vio, tenuemente iluminado por una bombilla, un bulto envuelto en una sábana sobre un catre improvisado con cajas de cartón.

Se acercó y con la mano derecha apartó la manta. Allí estaba Daniel O'Connor. El niño tenía la cara sucia y marcas de la cinta americana en las muñecas, pero su pecho subía y bajaba con una respiración profunda. Estaba sedado, en un sueño profundo. Declan lo había sacado de la cámara aislada y lo había sedado, probablemente para facilitar su inminente traslado. Daniel respiraba de forma lenta y pesada, ajeno a la bomba de relojería que se ensamblaba a pocos metros de él.

Vivo.

Christian se quedó mirándolo y, por un instante, el blindaje de acero del agente de Equilibrium se agrietó. Alargó la mano temblorosa para tocar la frente del niño y asegurarse de que no era un espejismo por la pérdida de sangre.

—Soy un soldado, no un monstruo —una voz áspera surgió de la oscuridad de las escaleras, a sus espaldas.

Christian giró rápidamente sobre sus talones, levantando el arma y apuntando al hombre que acababa de materializarse en el umbral.

El irlandés estaba apoyado tranquilamente contra el marco de la puerta. Sostenía en la mano derecha un dispositivo negro de radiofrecuencia, del tamaño de un mando de aeromodelismo, con una antena corta y una luz roja que parpadeaba rítmicamente.

Christian evaluó el espacio en segundos: tres metros de distancia, la escalera a su espalda y el pulgar de ese irlandés rozando el botón rojo del mando.

—Baja eso —dijo Christian. El eco de su voz rebotó en la piedra del sótano—. No voy a dudar.

Declan esbozó media sonrisa.

—Si no dudaras, ya habrías disparado.

Levantó el dispositivo negro un par de centímetros. La luz roja parpadeó, reflejándose en el cañón del arma de Christian.

—Las bombas ya no están aquí —dedujo, buscando ganar tiempo mientras calculaba si podía meterle una bala entre ceja y ceja antes de que el pulgar de Declan se contrajera sobre el botón.

—Llegas tarde. Las cargas ya salieron hacia el estadio mucho antes de que el imbécil del abogado y el guardia civil gordo intentaran comprarme con dinero falso en el muelle. —escupió en el suelo—. Solo había regresado aquí para limpiar el rastro y hacer tiempo hasta que mi transporte me sacara de la ciudad. ¡Pero dinero falso! ¿Te lo puedes creer? Me tratan como a un ratero de barrio. ¿Creyeron que el IRA negociaba con chatarra?

—Operas por libre. Eres un disidente. Cuando descubriste que James O'Sullivan había conseguido todas las pruebas, lo mataste.

—James era un traidor. Dudé de su lealtad cuando aceptó secuestrar al mocoso, pero ya era demasiado tarde. Le había pillado

la libreta. Nunca confié en él del todo, y no me equivoqué.

Christian miró de reojo al niño dormido en el catre.

—El niño sigue vivo.

La mirada de Declan se suavizó una fracción de segundo antes de volver a helarse.

—Prometimos que el chico no sufriría si no había contratiempos. La familia no pagó. Debería haberle volado la cabeza, como hice con aquel estúpido guardia civil gordo, pero el crío no tiene la culpa de que sus mayores sean unos arrogantes de mierda. Así que decidí cambiar la factura. —Avanzó unos pasos—. Si no nos financian la guerra, les arruinamos la fiesta. El mundo entero tiene los ojos puestos en su jodida Barcelona. Cuando esta luz pase a verde y envíe la señal, el Estadio Olímpico se convertirá en el cráter más caro de Europa.

Christian apretó el agarre de la culata. La herida le palpitaba al ritmo del corazón.

—No tienes código de anulación. Es un farol.

—Oh, sí, tengo un temporizador. Faltan horas para que detone por sí solo. Pero estos dispositivos modificados tienen un alcance increíble. Con este mando, basta con introducir la frecuencia exacta de diez dígitos para enviar un tono de anulación al receptor de las bombas y detener la cuenta atrás. —dijo acariciando el teclado numérico de la parte superior del aparato con el pulgar—. O, si aprieto este botón rojo y salgo a la calle ganando algo de altitud..., lo detono todo ahora mismo. —Lo miró con absoluta superioridad táctica—. Aquí está el trato, inglés: baja el arma, agarra al crío, llévatelo al hospital y cuélgate la medalla. A mí déjame subir por esa escalera y llegar al aeropuerto. Cuando aterrice en Argelia, llamaré desde una cabina y daré la frecuencia y el código para desactivar los juguetes.

—Mientes. En cuanto estés a salvo, no llamarás a nadie.

—Te doy mi palabra como oficial del IRA. El terror ya habrá cundido cuando encuentren el Semtex. No necesito la masacre si escapo. —No apartaba la vista de Christian—. Pero si me apuntas un segundo más..., si intentas hacerte el héroe..., aprieto este botón,

vuelo el estadio con todo el dispositivo de seguridad dentro y, después, te mato a hostias. Tú eliges.

Christian miró el cañón de su arma, al niño y luego al dedo del irlandés. No iba a negociar. No perdonaría a la ciudad. Así que fingió un suspiro de derrota y bajó el arma unos centímetros.

—De acuerdo.

Declan sonrió, satisfecho por haber ganado el pulso. En ese microsegundo de triunfo, Christian disparó. El tiro no fue al pecho ni a la cabeza. Apuntó a lo único que importaba: la mano derecha del disidente.

La detonación ensordeció el sótano; el eco sacudió el polvo del techo y el olor a pólvora llenó la estancia. Christian vio el proyectil destrozar la carcasa de plástico negro del mando en una lluvia de sangre, chispas y circuitos. El irlandés aulló. El detonador saltó por los aires, chocó contra la pared y cayó al suelo, inútil.

Había eliminado la detonación inmediata. Ahora debía arrancarle el código del temporizador principal de la garganta a ese hijo de puta. Avanzó como un ariete, a pesar del temblor de sus piernas. Lanzó todo su peso hacia delante y clavó el codo derecho sano en la mandíbula del irlandés antes de que este asimilara el dolor de su mano reventada.

El impacto sonó a hueso crujiendo, y Christian sintió la vibración recorrerle el hombro. Vio a Declan trastabillar y desplomarse contra una de las mesas de trabajo. Pero el irlandés no cedió. Con la izquierda, agarró a Christian por el cuello de la chaqueta.

Él sintió el tirón brusco. Su propio impulso lo traicionó, el suelo desapareció bajo sus pies y cayeron rodando. El golpe le sacó el aire de los pulmones. El arma se le resbaló de la mano sudada y desapareció bajo los muebles.

—¡Hijo de puta! —bramó Declan, escupiendo sangre.

Christian intentó revolverse para ponerse encima de él y buscarle la tráquea, pero entonces sintió algo peor. El irlandés había detectado el vendaje bajo la camisa abierta, y sintió los dedos intactos de Declan hundirse como garfios en la herida abierta de su hombro izquierdo.

El dolor lo cegó. Soltó un grito áspero y agónico. El brazo izquierdo le quedó inerte, colgando del costado como un peso muerto de carne y tendones. Aprovechando su parálisis, Declan lo pateó en el pecho con una fuerza brutal.

Christian rodó sobre la espalda. Tosió, buscando aire, obligando a su cerebro a no desmayarse. A través de su visión borrosa, vio a Declan levantarse. La mano derecha del irlandés goteaba a borbotones sobre el suelo. Pero con la izquierda, se giró hacia el panel de herramientas de la pared y arrancó un destornillador industrial largo, de punta plana.

Tenía que levantarse e inmovilizarlo. Entonces escuchó un lamento: Daniel O'Connor se removía en el catre, alterado por el estruendo de la pelea. Vio las botas de Declan pivotar hacia la esquina donde estaba el niño. El irlandés iba a eliminar a su único testigo y a usar al niño como venganza final.

Por puro instinto, se impulsó del suelo y se lanzó hacia el catre. Se interpuso entre el niño y el terrorista justo cuando el peso de Declan caía sobre él. El irlandés hundió el destornillador. Christian sintió la hoja de acero rasgarle el costado, resbalando sobre las costillas en un corte ardiente. Su sangre empezó a empaparle la camisa.

Gruñó, apretando la mandíbula. Declan preparó el destornillador para asestar un segundo golpe, esta vez directo a su cuello. Con la pura fuerza de la desesperación, Christian atrapó la muñeca izquierda de Declan en el aire con su mano derecha, frenándola a escasos centímetros de su yugular.

El acero de la punta temblaba ante sus ojos. Declan empujaba con todo su cuerpo, con los dientes manchados de sangre en una mueca bestial.

—¡Vais a arder todos! —escupió el irlandés.

Christian sabía que no podría resistir la fuerza bruta del terrorista ni dos segundos. Si lo soltaba para intentar desarmarlo, le clavaría el destornillador en el cuello y luego mataría al niño. Solo le quedaba una opción para detenerlo antes de que bajara el brazo.

Una opción letal.

Christian dejó de resistir el empuje. Tiró de la muñeca de Declan hacia un lado con violencia, desequilibrándolo, y, con su mano derecha rígida como una tabla, lanzó un golpe seco y brutal de canto directo a la garganta de Declan.

El impacto trituró el cartílago tiroides del irlandés haciendo soltar el destornillador al instante. Se llevó las manos al cuello, con los ojos desorbitados, retrocediendo dos pasos mientras, desesperado, intentaba tomar aire a través de su tráquea colapsada.

Chocó contra la vieja mesa de soldadura y cayó de rodillas. Su rostro se amoratá en segundos. Sus pulmones se agitaban como un fuelle roto y emitía un silbido agudo, espantoso y húmedo.

Christian se arrastró a gatas, dejando un rastro de sangre por la herida de sus costillas. Alcanzó a Declan y lo agarró de las solapas de la chaqueta.

—¡El código! —rugió Christian, tosiendo, sacudiéndolo—. ¡Dime los putos números antes de ahogarte!

Pero Declan no podía hablar. La asfixia mecánica lo había doblegado por completo. Sus ojos se clavaron en Christian con una última mirada de odio puro y una sonrisa macabra se dibujó en su boca manchada de sangre. Había ganado.

El cuerpo del terrorista sufrió una última convulsión violenta y quedó inerte sobre la gravilla, con sus ojos azules fijos y vacíos bajo la luz amarillenta. Christian lo soltó. El cuerpo sin vida de Declan O'Connor rebotó contra el suelo mientras él se dejaba caer hacia atrás contra la pared húmeda.

Acababa de tomar la decisión. Lo había matado con sus propias manos para proteger a Daniel. Había salvado una vida, pero el precio era absoluto: el único hombre en todo el planeta que sabía cómo detener la cuenta atrás se había ahogado con su propia sangre.

Al abrir los ojos, su mirada se clavó en el cinturón de cuero del cadáver. Sujeto a la hebilla, había un pequeño dispositivo electrónico negro: un temporizador esclavo digital sincronizado por radiofrecuencia con las bombas.

La pantalla de cristal líquido brillaba pálida en la oscuridad del sótano.

04:32:23

Cuatro horas, treinta dos minutos y veintitrés segundos.

El instinto habría sido correr a un teléfono y alertar a la cadena de mando. Pero si llamaba a la policía ahora, perderían la primera hora interrogándolo como sospechoso principal, y la segunda verificando si la amenaza era real o una broma pesada de un loco en la víspera de los Juegos. Para cuando los perros rastreadores llegaran a las vigas del estadio, sería demasiado tarde.

A las siete de la mañana, Barcelona despertaría. Las instalaciones olímpicas ya estarían hirviendo de actividad: cientos de técnicos de televisión, equipos de limpieza, voluntarios de la organización y el gigantesco dispositivo de seguridad de la Guardia Civil y la Policía Nacional que blindaba el perímetro.

Si la bomba estallaba a esa hora, la carnicería humana sería espantosa.

No había tiempo para despachos, protocolos ni evacuaciones incompletas. La única forma de apagar ese temporizador antes de que el sol iluminara el Mediterráneo era introducir el código de anulación de diez dígitos.

Y el único hombre en todo el planeta que conocía esos dígitos acababa de ahogarse con su propia sangre.

La amarga verdad lo golpeó con la fuerza de un bloque de hormigón: había elegido proteger al niño y, con ello, acababa de asesinar la ciudad.

49

02:39

Diana tiró de sus muñecas esposadas hacia arriba con una fuerza nacida de la pura rabia. La madera de caoba del cabecero crujió, pero no cedió. Las anillas le mordieron la piel, y un quejido ronco resonó en la solitaria habitación.

—Te vas a enterar, hijo de puta —murmuró entre dientes, con el flequillo rizado pegado a la frente por el sudor.

Dejó de tirar. El maldito inglés sabía dónde anclarla. Estaba atada a un poste vertical de madera maciza, parte de la pesada estructura de la cama. Debía atacar el punto débil del mueble. Diana flexionó las piernas, apoyó las botas contra el somier y se dejó caer hacia atrás. Usando sus brazos atrapados como palanca, empujó en dirección contraria con la fuerza combinada de sus muslos y el peso de su cuerpo.

La cama chirrió sobre la moqueta. Volvió a empujar con las piernas, apretando los dientes e ignorando el roce del acero que ya le había desgarrado la piel de las muñecas. Repitió la acción tres veces más, empujando con toda la fuerza de sus cuádriceps hasta que la madera alcanzó su límite de torsión. Con un estallido seco, como un disparo sordo, el poste de caoba se fracturó por la base.

Cayó de espaldas contra la moqueta, liberada de la cama, arrastrando un trozo de madera astillada que aún pendía del aro

metálico de sus esposas. Sus manos seguían atadas a la espalda.

Se quitó las botas, se sentó en el suelo y encogió las rodillas al pecho. Con un esfuerzo agónico, forzó sus brazos hacia abajo, pasando las manos esposadas por debajo de los pies y raspándose los tobillos, hasta conseguir llevarlas al frente.

Se puso en pie tambaleándose, corrió hacia su chaqueta tirada en el suelo y rebuscó en los bolsillos. Encontró la pequeña llave plana de repuesto. Tardó un minuto agónico en encajarla, y el metal hizo clic. Se quitó los grilletes y el trozo de madera, frotándose las muñecas ensangrentadas. No perdió ni un segundo. Salió corriendo de la habitación, bajó por las escaleras de emergencia de dos en dos hasta el vestíbulo de servicio y encontró un teléfono de pared, gris y de disco, junto a las cocinas.

Descolgó el auricular y marcó el número directo de la Comandancia. Cuando el operador contestó, Diana no pidió permiso ni siguió protocolo alguno.

—Agente Valenti. Código rojo. Indicios de explosivos en el antiguo restaurante de la calle Magalhães, 27, en el Poble-sec. Envíen a los TEDAX y a todas las patrullas disponibles. ¡Ahora!

Hubo un segundo de silencio atónito al otro lado de la línea.

—¿Valenti? ¿La que está de baja? —La voz del operador sonó confusa. Se oyó un ruido estático, y alguien más arrebató el auricular en la sala de radio.

—Agente Valenti, al habla el sargento Martinez —dijo una voz tensa y cortante, con marcada autoridad militar—. El sargento Cifuentes no está. ¿Qué coño está diciendo de explosivos y menores? Tiene órdenes estrictas de Capitanía de mantenerse al margen de cualquier operativo. ¿Dónde está?

Diana cerró los ojos un instante. Las esposas le habían dejado surcos en carne viva, del mismo modo que el reglamento de aquel cuartel le había infligido cicatrices toda la semana.

—En un hotel. Pero ya voy hacia Magalhães.

—¡No va a ninguna parte, Valenti! Es una orden directa. ¡Quédese donde está y no se acerque a ese perímetro o le juro que le arranco el uniforme! ¿Me oye? ¡Mantenga la posición!

La voz del sargento resonaba por el auricular de plástico, pesada por la inercia institucional. La misma institución ciega que había ignorado la matrícula de la furgoneta cuando aún se podía rescatar al niño sin escándalo.

—No puedo hacer eso, mi sargento.

—¡Valenti, le ordeno que...!

Diana colgó el teléfono, cortando la orden a medias.

El silencio del pasillo de servicio cayó sobre ella. Acababa de cometer una insubordinación gravísima. Su carrera en la Guardia Civil probablemente había terminado en ese mismo instante. Y sin embargo, mientras soltaba el auricular, nunca se había sentido tan dueña de sí misma.

Salió a la avenida de madrugada y empezó a correr en busca de su Seat Panda. No pidió permiso. No esperó a nadie. Iba a llegar al Poble-sec antes que las sirenas.

50

02:51

En el sótano, tenuemente iluminado por cables pelados, Christian sentía que el suelo oscilaba bajo sus pies. Se había quitado la camisa desgarrada y la había apretado contra el tajo de sus costillas. El vendaje de su hombro izquierdo ya era una masa roja, pesada y húmeda.

Delante de él, Daniel O'Connor estaba sentado en el borde del catre, con los ojos muy abiertos y fijos en el suelo. El niño se hallaba en ese estado de trauma posterior a la sedación, donde el cerebro aún no procesa el terror, sino solo el letargo.

Christian se colocó frente a él, bloqueando su campo de visión. No quería que Daniel viera el cuerpo sin vida de Declan, con el cuello destrozado junto a la mesa metálica.

Señaló las escaleras con la cabeza.

—*We need to go, kid* —le dijo en voz ronca, instándole a levantarse y salir.

El niño no respondió. Solo parpadeó con pesadez, mirando la mano ensangrentada que Christian le tendía.

Sin esperar respuesta, se arrodilló frente a él.

—*It's over*, Daniel —le susurró que todo había terminado.

El niño dudó un segundo antes de aferrarse a los dedos ensangrentados de Christian. Sintió un vuelco en el estómago. No

recordaba la última vez que alguien le había cogido la mano buscando un refugio que no creía poseer. No supo qué decir. Simplemente apretó el agarre y no la soltó.

Avanzaron despacio. Cada uno de los doce escalones fue una pequeña victoria contra el dolor. Subieron en silencio, apoyándose mutuamente en la penumbra. Atravesaron la antigua cocina, donde el aire aún apestaba a químicos y a muerte, y Christian empujó la pesada puerta trasera con el hombro.

Salió del callejón oscuro con Daniel pegado a su lado y caminó hacia la acera de Magalhães. Al doblar la esquina y alcanzar la calle principal, las rodillas le fallaron. Se apoyó pesadamente contra la fachada de un edificio y se deslizó por la pared de ladrillo hasta quedar sentado en el suelo.

La visión se le nublaba por los bordes.

—Christian.

La voz sonó a unos metros de distancia. Levantó la cabeza, que le pesaba como plomo. Diana Valenti se erguía bajo la luz anaranjada de una farola. Tenía la respiración agitada, la chaqueta abierta y las muñecas marcadas con anillos en carne viva y sangre seca.

Pero estaba allí. Había llegado.

Su mirada bajó desde la cara pálida de Christian hasta el bulto que se escondía a su lado.

—¿Daniel? —dijo ella, dando un paso al frente.

El niño la miró, aferrándose a la mano de Christian.

Ella se dejó caer de rodillas frente al pequeño. Le tocó las mejillas con cuidado y comprobó que respiraba sin dificultad. Exhaló un largo y tembloroso suspiro que pareció quitarle diez años de encima.

Luego sus ojos oscuros se clavaron en Christian. Vio el reguero oscuro que empapaba los pantalones y la mano apretada contra las costillas.

—He llamado a la comandancia. Los TEDAX y las patrullas vienen de camino. ¿Dónde está el irlandés? ¿Y el Semtex?

Christian tragó saliva. El sabor a óxido era inconfundible. Se apoyó con más fuerza contra la pared para no volcarse.

—Está muerto.

Diana se quedó congelada, arrodillada en la acera.

—¿Y las bombas?

Él negó con la cabeza, cerrando los ojos un instante mientras un latigazo le atravesaba el abdomen.

—No están aquí. Están en el Anillo Olímpico. En la estructura del Palau Sant Jordi. El temporizador ya está corriendo.

—Joder... —Diana se puso de pie de un salto, pasándose una mano nerviosa por el pelo—. Tenemos que evacuar. Llamaré por radio...

—No servirá de nada —la interrumpió—. Tienen trampas de movimiento y de altitud. No podéis sacarlas de allí sin que exploten. Solo hay un código de radio que puede abortar la cuenta atrás.

A lo lejos, en el silencio de la noche que envolvía la montaña de Montjuïc, empezó a escucharse el aullido ascendente de las sirenas. Una, y luego otra. Se acercaban rápido.

Diana se agachó a su altura y lo agarró por los hombros.

—¿Y dónde está el código, Christian? —le exigió, zarandeándolo levemente—. ¿Dónde lo escondió?

Él abrió más los ojos. La luz de la farola se volvió un borrón brillante y deforme.

—Tuve que elegir, Diana —susurró, con una desesperación absoluta que ella nunca le había escuchado—. Iba a clavarle un destornillador al niño... y le partí el cuello. Nadie más lo sabe. Se ha llevado los números a la tumba.

Las sirenas ya sonaban en la avenida paralela. Las luces azules y rojas empezaron a rebotar contra las fachadas de los edificios de Poble-sec, proyectando sombras alargadas.

Diana se quedó mirándolo, con los labios entreabiertos, procesando la magnitud de la catástrofe mundial que se había abatido sobre ellos.

Christian intentó decir algo más. Intentó decirle que lo sentía. Pero sus pulmones se negaron a tomar aire.

El aullido ensordecedor de los coches patrulla lo cubrió todo, el suelo pareció inclinarse violentamente hacia un lado, y la oscuridad, por fin, se lo tragó por completo.

51

DOMINGO, 26 DE JULIO DE 1992

13:38

EL PITIDO rítmico de un monitor de constantes vitales fue lo primero que taladró el cerebro de Christian. El olor a antiséptico industrial y cloro le inundó las fosas nasales antes de abrir siquiera los ojos. Trató de tragar saliva, pero su garganta se sentía como papel de lija. Cuando por fin logró levantar los párpados, la intensa luz fluorescente lo obligó a entrecerrarlos de nuevo. Estaba tumbado en una cama de hospital, con una vía intravenosa clavada en el dorso de la mano y un vendaje compresivo que le oprimía las costillas como un corsé de acero. El pánico le trepó por la espina dorsal.

Me han pillado.

Trató de incorporarse, ignorando el brutal pinchazo de dolor en el abdomen. Su mente repasaba a toda velocidad el manual de contingencias de Equilibrium. Estaba en un hospital público español. Le habrían registrado la ropa y comprobado sus huellas. Su coartada como *fixer* no soportaría un escrutinio policial serio.

La puerta de la habitación se abrió con un leve chirrido de bisagras.

Christian se tensó, preparándose para ver entrar a dos agentes de la Policía Nacional con carpetas y preguntas.

Pero quien entró fue Diana Valenti. Iba vestida de paisano, con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con el logo de un grupo de música español «Héroes del silencio». Cerró la puerta a sus espaldas con cuidado y se acercó a los pies de la cama. Tenía un café de máquina en una mano y una expresión indescifrable.

Christian se dejó caer de nuevo contra la almohada, respirando con dificultad.

—Estás vivo —dijo ella, apoyándose en la barandilla metálica—. El cirujano dice que perdiste mucha sangre. Tuvieron que coserte el hombro y repararte la fisura del bazo.

—Diana... —murmuró, tosiendo levemente—. ¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Treinta y seis horas.

Christian cerró los ojos, desesperado. Treinta y seis horas era demasiado tiempo.

—¿Y las bombas? El irlandés loco había muerto y el código se perdió.

Diana esbozó una sonrisa torcida, llena de cansancio.

—No se perdió, Christian. Daniel nos lo dio. —Él abrió los ojos de golpe—. Cuando te desplomaste en la acera y los primeros coches patrulla nos rodearon, yo estaba paralizada —explicó Diana, sentándose en la silla de visitas—. Le gritaba al sargento al mando que movilizara a los artificieros hacia Montjuïc, diciéndole que era inútil, que no teníamos el código. Y entonces, el niño empezó a hablar.

Christian frunció el ceño. Por un segundo, el dolor de su costado pareció desaparecer.

—Pero si el crío no pronunció ni una sola palabra conmigo en todo el tiempo que estuve en el sótano. Pensé que estaba catatónico.

—No hablaba contigo, ni conmigo, porque ninguno de los dos caímos en la cuenta de algo básico —Diana se inclinó hacia delante —. El niño vive en un internado en Inglaterra. Entiende el inglés perfectamente y tiene facilidad para los números. Según su madre, los usa para concentrarse cuando está nervioso. Lo escuchó todo —continuó ella—. Cuando Declan montaba la matriz en el sótano,

repetía los números en alto, en inglés, para no equivocarse. *Four-seven-nine-two...* El niño los repitió en su cabeza como un ancla. Y cuando vio mi uniforme y me escuchó gritar sobre bombas, abrió la boca y empezó a soltar una retahíla de diez dígitos en inglés, una y otra vez, sin parar.

Christian se quedó sin respiración. La imagen de Daniel en el catre, mirándolo con aquellos ojos inmensos mientras él le tendía la mano ensangrentada y le decía *«We need to go, kid»*, se le agolpó en la mente. Daniel había sabido en todo momento que él era británico.

—Encontraron el Semtex camuflado en las pasarelas, introdujeron el código y el reloj se paró. Ese niño salvó él solo los Juegos Olímpicos.

Christian exhaló un suspiro largo, sintiendo cómo la tensión abandonaba su cuerpo.

—Joder —susurró—. Maldito crío listo. Supongo que el mundo entero lo estará celebrando en las noticias.

—No hay noticias —dijo Diana, con el ceño fruncido—. He estado escuchando la radio toda la mañana. Nada. El Gobierno Civil ha clasificado todo el incidente del secuestro y las bombas como secreto de Estado.

Christian comprendió las implicaciones.

—Es una maniobra clásica de inteligencia. Si el mundo se entera de que el anillo de seguridad olímpico fue penetrado por mercenarios internacionales, suspenden los Juegos hoy mismo. Seguramente usarán al enemigo habitual como chivo expiatorio para taparlo.

—Nadie sabrá nunca lo cerca que estuvo esta ciudad de arder —concluyó ella.

Christian asimiló que su rastro también habría sido convenientemente borrado por las altas esferas para evitar un escándalo internacional con los británicos.

—Vale... el mundo está a salvo —dijo él, mirándola con cautela—. ¿Y ahora qué, Diana? ¿Estás aquí para tomarme declaración?

Diana dejó su café sobre la mesilla y metió la mano en su bandolera de cuero. Sacó un par de pasaportes y los dejó caer sobre

las mantas.

Él los miró, estupefacto.

—Ayer de madrugada —dijo Diana—, cuando colapsaste en la calle, te registré antes de que los paramédicos te subieran a la camilla. Recuperé mi arma que me habías robado, y te quité tu pasaporte y el de James. ¿Supongo que querrás los dos? —preguntó con tono sarcástico.

Christian cogió su pasaporte y pensó en las palabras de su jefe McCabe, quien le había ordenado destruir por seguridad el pasaporte de la conexión.

—No, el pasaporte de James ya no lo quiero. Te lo puedes quedar.

Diana continuó:

—Ingresaste como un civil indocumentado, lo que ha retrasado tu identificación oficial. Pero la burocracia presiona. Hay una pareja de la Nacional tomando café en el pasillo. En cuanto terminen, vendrán a tomarte las huellas. Tienes cinco minutos.

—¿Por qué haces esto?

—Porque, en lugar de huir al aeropuerto y salvar tu propio cuello, fuiste a ese sótano y te dejaste destripar para salvar a ese niño —respondió ella—. Hiciste mi trabajo mejor que mi propio cuerpo de la Guardia Civil. Ahora levántate. Tengo el coche fuera. Te sacaré de aquí.

—Mi ropa... —murmuró él, intentando incorporarse. El dolor en el abdomen fue un latigazo que le cortó la respiración—. Joder...

—En esta bolsa tienes tu uniforme —dijo ella, lanzándole una funda de tintorería de plástico—. Fui a tu habitación del hotel antes del precinto judicial. ¿Tripulación de cabina para la British Airways? Me lo hubiera creído más que la historia esa de que eras un *fixer*... Venga, vístete rápido. Vigilaré la puerta.

Él bajó la mirada algo avergonzado.

Tres minutos después, Christian salió del baño. Se había puesto los pantalones del uniforme y la camisa blanca, aunque no se había abrochado los botones sobre el vendaje del pecho para no asfixiarse. Llevaba la chaqueta azul marino colgada del hombro sano para tapar la sangre que supuraba.

Estaba pálido y sudoroso, pero parecía un comandante de vuelo que había tenido una escala infernal.

Salieron al pasillo. Tuvieron que esquivar a una celadora y bajar por las escaleras de incendios para evitar el control de seguridad de la entrada principal.

El trayecto en el Seat Panda hasta el aeropuerto de El Prat fue tenso y silencioso. Ella conducía rápido, mirando constantemente por los espejos retrovisores. Christian iba en el asiento del copiloto con los ojos cerrados, concentrando toda su energía en no vomitar por el dolor.

Cuando el coche se detuvo en la zona de «Salidas» de la Terminal B, el sol de la tarde golpeaba los cristales.

Estaba en su terreno.

—Hasta aquí —dijo Diana, sin apagar el motor.

No lo miró. Tenía las manos apretadas sobre el volante.

—Te debo una, Diana —dijo él, abriendo la puerta y apoyándose en el marco para no caer—. Por cierto, ¿qué va a pasar con la madre y el niño? Jordi tenía escondido el dinero real de la estafa cuando todo saltó por los aires, pero la empresa seguía en quiebra.

Ella no apartó la vista del volante.

—Oficialmente, el secuestro del niño tuvo lugar y un terrorista estaba implicado. Por tanto, los doscientos millones de la póliza de seguros seguían siendo válidos. Delitos Financieros emitió una orden ayer por la mañana para retener el pago y destinarlo a los acreedores.

—Lógico.

—Sí. Pero el fax con la orden de retención se traspapeló y permaneció atascado en la bandeja de entrada de mi coronel durante tres horas —dijo ella encogiéndose de hombros—. Casualmente. El tiempo exacto para que la aseguradora transfiriera los fondos íntegros a un fideicomiso internacional intocable a nombre de Daniel. Tienen dinero para empezar de cero lejos de aquí.

Christian la miró en silencio, maravillado. La mujer que había estado dispuesta a sacrificar su carrera por cumplir el reglamento, acababa de cometer una grave infracción al ocultar un documento

oficial en las mismísimas narices de su coronel. Todo para salvar el futuro de un niño.

—Obligar a una funcionaria del Estado a saltarse la ley... —murmuró él con una sonrisa afilada.

—Yo tomé la decisión sola, Vinther. He aprendido que a veces la justicia y la ley viajan en direcciones opuestas —replicó ella, solemne—. Ahora lárgate. Y espero que no volvamos a vernos nunca. Por tu bien y por el mío.

Christian asintió con lentitud. Cerró la puerta y vio cómo el coche de Diana desaparecía hacia la autovía.

En cuanto entró en la zona climatizada de la terminal, buscó una cabina telefónica en una esquina discreta. Descolgó, metió una moneda y marcó un número seguro de Londres.

—Hable —una voz seca al otro lado, con el inconfundible acento americano de McCabe.

Christian apoyó la frente contra el cristal frío de la cabina.

—La misión ha terminado. Soy yo. Estoy fuera.

Hubo un silencio al otro lado.

—¿Situación? —preguntó su jefe.

—Neutralizada. El Semtex no llegó a detonar y Declan O'Connor está en la morgue. No hay cabos sueltos.

—¿Y la joven española? ¿La guardia civil?

Christian miró a través del cristal de la terminal, hacia la carretera llena de vehículos por donde Diana se había marchado. Ella sabía demasiado y podía ser un riesgo grande para la organización Equilibrium.

—La joven no sabe nada —mintió Christian con una naturalidad absoluta que lo sorprendió a sí mismo—. Ha sido relevada del caso por sus superiores. Fue solo un daño colateral logístico. Ya no es un factor de riesgo para nosotros.

—Bien. Vuelva a casa, Vinther. Tenemos mucho de que hablar.

Christian colgó el teléfono. Se giró, se mezcló entre la multitud de viajeros y, paso a paso, cojeando levemente bajo su uniforme de vuelo, se dirigió hacia la puerta de embarque para desaparecer del mapa.

52

18:27

La luz de la tarde, que entraba por el gran ventanal de la Comandancia en Travessera de Gràcia, se teñía con el polvo en suspensión, dándole al despacho del teniente coronel Salgado un aire sepia y denso.

Diana Valenti estaba sentada en la silla de visitas. Se había pasado por casa para cambiarse y ahora llevaba unos vaqueros limpios y una blusa blanca abotonada hasta el cuello. Tenía las muñecas aún enrojecidas por las bridas de la noche anterior, un detalle que intentaba ocultar al cruzar las manos sobre el regazo.

Frente a ella, el coronel Salgado tamborileaba una gruesa carpeta de cartón con la punta de un bolígrafo dorado.

Minutos antes, mientras aparcaba el coche fuera del cuartel, Diana había leído una copia a carbón de ese mismo expediente: un informe preliminar que el sargento Cifuentes redactó antes de morir.

En él se detallaba una «operación conjunta contra un comando de extorsión de ETA». Ni una mención al secuestro real ni al IRA. El Estado había borrado la verdad para mantener intacta la imagen de las Olimpiadas.

Y Diana por fin había entendido el papel de Cifuentes. El sargento corrupto la había destinado a vigilar sola ese aparcamiento para que ella, una novata, firmara sin saberlo el documento oficial

del «secuestro terrorista». La coartada perfecta para que Jordi Casals pudiera estafar a su propia aseguradora.

—Agente Valenti —empezó Salgado, carraspeando y sacándola de sus pensamientos—. Llevo veinte años en este cuerpo, he visto cosas que harían vomitar a un cura, y aun así, este expediente que tengo delante... —Dejó caer el bolígrafo sobre la mesa y se recostó en su sillón—. Es el mayor milagro operativo que he firmado en mi puta vida.

Diana no sonrió. Mantuvo la vista fija en el escudo de España que colgaba de la pared.

—Hice lo que creí necesario, mi coronel.

—Hizo usted lo que le dio la real gana, saltándose todas las normas —la corrigió él—. Investigar por su cuenta estando de baja, no solicitar refuerzos, irrumpir en una escena con rehenes... En cualquier otro momento de la historia de España, estaría usted vaciando taquillas en una prisión disciplinaria. —Salgado se inclinó hacia delante—. Pero el niño está a salvo. Y el cadáver que sacamos del sótano de Magalhães resulta ser un disidente del IRA.

Salgado se levantó, comprobó que la puerta estaba bien cerrada y volvió a sentarse, bajando la voz.

—Lo que le voy a decir ahora no figurará en ningún registro oficial de la historia de este país. ¿Me explico?

—Sí, señor.

—Ayer, el Gobierno Civil ordenó blindar el expediente. De cara a la galería, se informará a nuestros mandos que el intento de secuestro fue obra de un comando de extorsión de ETA para no asustar a los extranjeros. Y respecto a las bombas que ese irlandés preparaba... solo existirá una.

Diana sintió que el estómago se le encogía.

—¿Una bomba, señor?

—Los TEDAX la encontraron esta madrugada. Estaba camuflada en la estructura tubular del techo del Palau Sant Jordi, justo encima de las gradas de la zona VIP. Nitrato de amonio potenciado. Madrid está eufórica porque la detectamos a tiempo gracias a sus chivatazos sobre el irlandés. Quieren concederle la Cruz del Mérito, Valenti. Y yo, sinceramente, creo que se la merece.

—Gracias, mi coronel. Pero, si el terrorista estaba muerto en el sótano, ¿cómo detuvieron el reloj a tiempo?

Salgado sonrió, una mueca seca.

—El código de aborto. Alguien introdujo una frecuencia de diez dígitos en el receptor por el canal de emergencia y congeló el reloj. Inteligencia cree que los servicios secretos británicos tenían el código y lo enviaron por canales discretos cuando confirmaron que el irlandés estaba neutralizado. Así, los artificieros pudieron desactivar el Palau en silencio.

Diana asintió despacio y se dio cuenta de que nadie sabría que un niño de once años había salvado los Juegos Olímpicos. Y Christian tenía razón: el Gobierno había creado la tapadera perfecta usando a ETA y ocultando las demás cargas.

—¿Y la prensa, señor? Tuvieron que desalojar la zona para desactivarla.

—Intervino el Gobernador Civil —admitió Salgado con un suspiro —. Se «sugirió» firmemente a los directores de los periódicos que publicar la noticia de una bomba en el recinto olímpico provocaría un pánico internacional que hundiría la economía. Aceptaron el embargo por patriotismo y tampoco se filtró ninguna información a medios extranjeros. Quizás algún día alguien publique la historia de la bomba del Palau atribuida a ETA y ya nadie le dé importancia. Pero hoy, Barcelona es la ciudad más segura del mundo.

Salgado señaló una gran caja de cartón envuelta en papel marrón, que descansaba en el suelo junto a su escritorio.

—Esto es un presente de comandancia, Valenti. A título personal, y en memoria del sargento Cifuentes, que Dios lo tenga en su gloria. Él creía en usted, a su manera.

Diana miró la caja.

—Es el nuevo uniforme de servicio de corte femenino —explicó el coronel, con un tono casi paternal—. Ya no tendrá que llevar esa camisa de hombre que le queda grande. Viene con la nueva falda-pantalón y zapatos reglamentarios, hechos a medida. Cuando se reincorpore tras su baja médica, quiero verla llevarlo con orgullo.

Diana se quedó mirando el uniforme. Hacía unas semanas, esa caja habría significado el mundo para ella. Habría sido la validación

que buscaba desesperadamente: ser vista y respetada en una institución de hombres.

Pero la venda se le había caído de los ojos. Había visto a un sargento vender a un niño por dinero usando los atestados como escudo. Había visto a sus superiores encubrir la existencia de una bomba para proteger el turismo. Había comprendido que el Reglamento y la Justicia no siempre iban de la mano. Y ella había elegido la Justicia. Ya no necesitaba que la Guardia Civil le dijera cuánto valía.

Diana se puso en pie, metió la mano en la bandolera y depositó sobre la mesa de caoba su carnet profesional y su arma reglamentaria.

Salgado abrió más los ojos.

—Se lo agradezco enormemente, mi coronel —dijo Diana, sintiendo los hombros más ligeros que en años—. Pero no lo voy a necesitar.

—¿Perdón?

—Solicito mi baja voluntaria y definitiva del Cuerpo.

El coronel se quedó callado, asimilando la noticia, con las manos apoyadas sobre la mesa. Su rostro se endureció por una fracción de segundo, pero al mirar a los ojos oscuros de Diana, supo que no había margen para negociar. Solo asintió.

—Es una lástima, Diana.

Ella le dedicó una última sonrisa, la primera real y tranquila en mucho tiempo. Hizo una leve inclinación de cabeza —sin el saludo militar de rigor— y salió del despacho.

Caminó por el patio central de la comandancia bajo el sol de la tarde. Al llegar al control de salida, se cruzó con dos agentes veteranos. Por pura inercia, su impulso fue cuadrarse. Pero esta vez, los hombros de Diana permanecieron relajados. Mantuvo la barbilla alta, sosteniéndoles la mirada hasta que fueron ellos quienes apartaron los ojos.

Se detuvo un instante en la verja exterior y miró hacia atrás, hacia el imponente bloque de ladrillo. Allí se quedaba el uniforme a medida que tanto había ansiado desde que salió de la academia.

Pero al dar el paso hacia el bullicio libre de la calle, lo comprendió con una claridad absoluta. El traje de la institución no le venía grande. Era ella, y su inquebrantable sentido de la justicia, lo que se había hecho demasiado grande para seguir cabiendo en él.

53

SEMANAS MÁS TARDE…

11:35

EL VUELO BA412 de British Airways con destino a Cardiff había alcanzado su altitud de crucero sobre el Canal de Bristol.

Christian avanzaba por el pasillo central del Airbus A320 empujando el carrito de bebidas. Nadie en aquel avión habría adivinado que, bajo la impoluta tela del chaleco, ocultaba un grueso vendaje compresivo alrededor de las costillas y una cicatriz amoratada en el hombro izquierdo que le tiraba cada vez que levantaba una bandeja.

En las semanas posteriores a lo de Barcelona, Christian había soportado la reprimenda más brutal de su carrera. Desde Londres, McCabe le dejó claro que improvisar fuera de protocolo y comprometer la operación había estado a punto de costarle mucho más que el puesto. Aun así, cuando su jefe terminó de desahogarse, Christian no pudo ocultar el alivio de que la operación en Barcelona había sido un éxito.

—*Tea or coffee?* —preguntó a una pareja de ancianos en la fila catorce, sirviéndoles con una eficiencia automática.

Avanzó el carrito hasta la fila dieciocho y aseguró el freno con la punta del zapato.

En el asiento de la ventana, una anciana de pelo blanco y rostro surcado de arrugas miraba las nubes con profunda calma. A su lado, en el asiento del pasillo, se encontraba Diana Valenti.

Él la observó un instante antes de hablar. Llevaba un jersey fino, unos vaqueros y el pelo suelto con rizos oscuros que le caían por los hombros. No quedaba rastro de la rigidez militar. Incluso parecía más joven, más descansada.

Ella levantó la vista de la revista de vuelo. Al ver a Christian de pie frente a ella, con la jarra de café en la mano y su placa plateada en el pecho, parpadeó un par de veces. Una sonrisa incrédula le asomó a los labios.

—*Tea or coffee?* —ofreció él, con tono profesional.

—Supongo que tendré que empezar a creerme que trabajas de esto.

—Tiene sus ventajas —dijo él, con un guiño casi imperceptible—. Nadie te apunta con un arma si el café se enfría. ¿Qué te pongo?

—Té negro.

Mientras Christian le preparaba el té, ella miró de reojo a la anciana.

—Es un viaje largo para ella —confirmó él—. ¿Solo Cardiff o la llevas hasta su pueblo?

—Su pueblo natal —explicó Diana, mientras cogía el vaso caliente que él le tendía—. Era el momento de llevarla a casa. Y yo... digamos que la burocracia de la comandancia y mi camino se han separado definitivamente. Resulta que había un mundo entero fuera de aquel cuartel.

Christian asintió, apoyando una mano en el borde del carrito.

—A veces hace falta que el mundo casi se acabe para que uno se dé cuenta de que está vivo.

Permanecieron un instante en silencio, mirándose en medio del pasillo de aquel avión, unidos por el peso de un secreto que nadie más en aquel cielo compartía.

—No sabía que estabas asignado a este vuelo —dijo Diana, arqueando una ceja—. Pero imagino que tú sí sabías que yo iba en este avión con mi abuela.

Christian abrió la boca para justificarse, pero la cerró sin decir nada. Por un instante, su impulso automático de mentir chocó con una certeza: a Diana Valenti no se la podía engañar. Ella le había salvado la vida. Y él se había hecho asignar aquel vuelo solo para verla una vez más.

Un agudo timbre de llamada de servicio sonó en la parte delantera de la cabina. Él desactivó el freno del carrito. Metió la mano en el bolsillo del chaleco y sacó una servilleta de papel con el logotipo de la aerolínea. Con un bolígrafo azul, garabateó un número de teléfono. Dobló la servilleta y la dejó sobre la bandeja de plástico de Diana.

—Si te cansas de la tranquilidad galesa y quieres visitar Londres, llámame.

Diana miró la servilleta doblada en silencio, con una media sonrisa indescifrable.

—*Tea or coffee?* —preguntó Christian al pasajero de la fila diecinueve, recuperando su impecable máscara corporativa.

No miró atrás para ver si Diana guardaba el papel. No lo necesitaba. Mientras empujaba el carrito por el pasillo, supo que volvería a ver a aquella ex guardia civil de acento impecablemente inglés. Y no sería solo para tomar café.

NOTA DEL AUTOR:

Aunque los personajes y la trama central de *Operación Barcelona* son ficticios, la novela se inspira en un hecho real que España mantuvo oculto durante dos décadas.

En julio de 2012, pocos días antes del vigésimo aniversario de los Juegos Olímpicos de Barcelona '92, Rafael Vera, secretario de Estado para la Seguridad en 1992, reveló en una entrevista uno de los secretos mejor guardados de aquel acontecimiento: las Fuerzas de Seguridad españolas habían descubierto y desactivado un artefacto explosivo temporizado oculto en la estructura tubular del techo del Palau Sant Jordi.

Faltaban escasos días para la ceremonia de inauguración. La bomba nunca estalló y el Gobierno decidió no hacer público el hallazgo para evitar el pánico internacional y proteger uno de los acontecimientos deportivos, políticos y económicos más importantes de la España moderna.

Hasta la fecha, su autoría nunca se ha determinado públicamente. Las autoridades de la época apuntaron a ETA o a un grupo vinculado a la banda terrorista, aunque el atentado nunca fue reivindicado.

De este extraordinario y escalofriante suceso real nació la idea para este thriller.

QUERIDO LECTOR

Gracias por leer ***Operación Barcelona***.
Tu opinión cuenta.
Si has disfrutado con esta novela, la mejor manera de ayudarme es recomendarla.
Deja tu comentario AQUÍ o al final de este libro o en la página de compra de Amazon.
Tu opinión me ayuda a mejorar como escritor y a que otros lectores conozcan mi trabajo.

¿TE HA GUSTADO OPERACIÓN BARCELONA?

Si has disfrutado con esta historia, te animo a que leas ***La verdad hundida***, la tercera entrega de la serie *Christian Vinther*.



En el mundo del espionaje, obedecer una orden puede costar más que desobedecerla.
Una misión de vigilancia.
Un ferry en mitad de la noche.
Y una verdad que alguien quiere hundir para siempre.

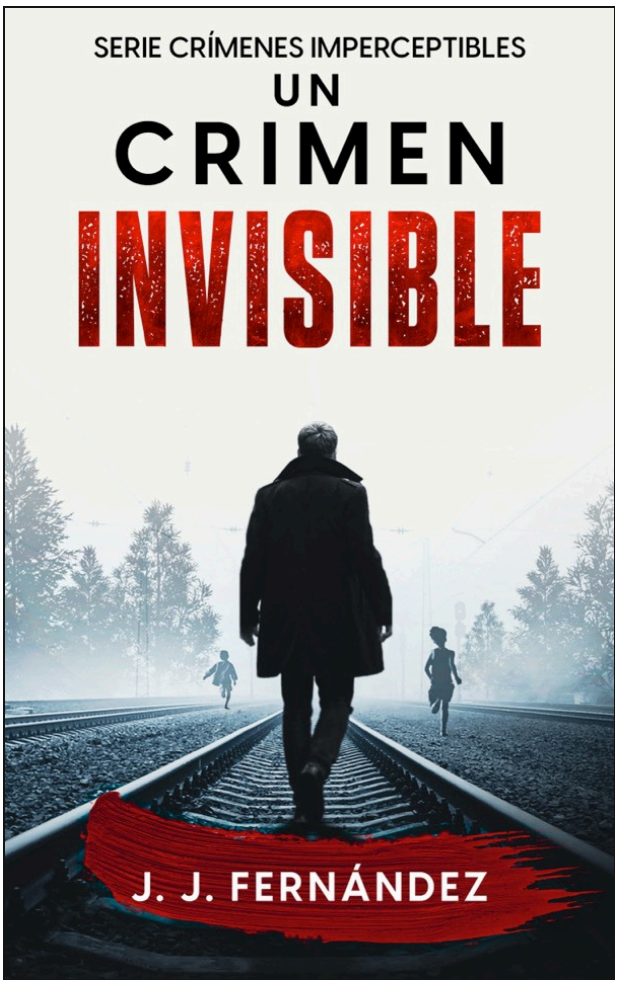
Christian acepta una nueva operación con una única orden: observar y no intervenir. Pero cuando la misión salta por los aires, descubre que ha entrado en un juego mucho más grande y más sucio de lo que imaginaba.
Mientras tanto, Diana Valenti sigue en solitario el rastro de una red internacional que conecta dinero, armas y poder. Lo que ambos encuentran los arrastra a una conspiración donde nadie está a salvo y donde la verdad puede costar la vida.
Un thriller absorbente de espionaje, traición y secretos de Estado.

HAZTE CON LA VERDAD HUNDIDA

Puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

Si has disfrutado con esta historia, te animo a que leas ***Un crimen invisible***, la primera entrega de la serie *Crímenes imperceptibles*.



Jerónimo aprendió demasiado pronto que las promesas siempre acaban manchadas de sangre.
Hace veintiocho años, tres niños hicieron una apuesta junto a unas vías de tren.
Uno murió.
Otro mintió.
El tercero desapareció...

Y la verdad quedó enterrada.
Hoy, Jerónimo es un traductor en paro que siempre intenta cumplir su palabra.
Hasta que una joven madre danesa desaparece en Valencia tras recoger a su hija de la guardería.
Su marido le pide ayuda.
Y lo que parece un simple trabajo de interpretación abre una grieta hacia el pasado que Jerónimo ha intentado olvidar.
Porque esta desaparición no es un caso cualquiera.
Es una deuda pendiente.
Y si Jerónimo sigue adelante, no solo puede perder su futuro...
Puede descubrir que el niño que fue nunca dijo toda la verdad.
Todos tienen un secreto, pero no todos están dispuestos a perdonar.

HAZTE CON UN CRIMEN INVISIBLE

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:

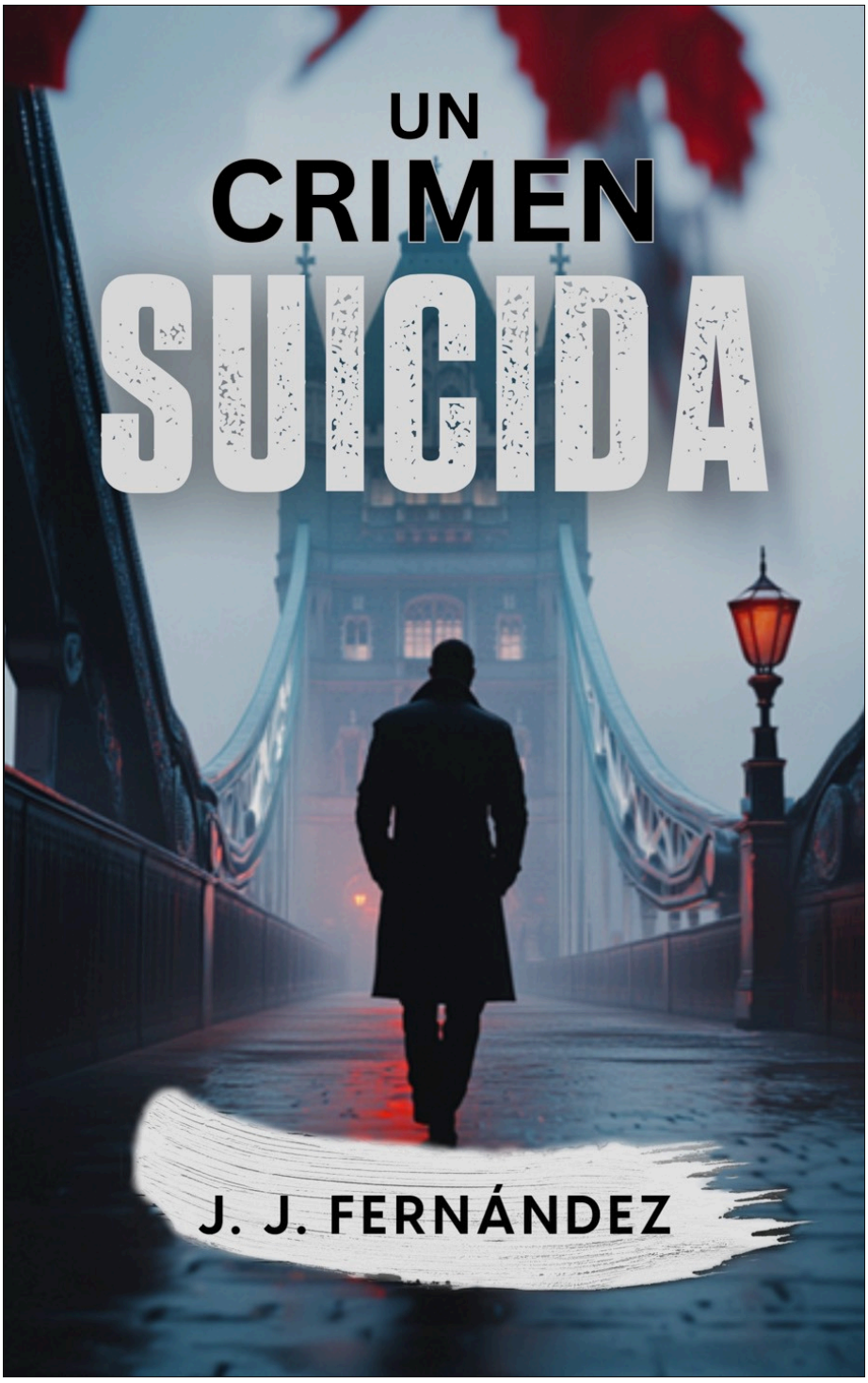
SUSCRÍBETE A MI LISTA

Suscríbete a mi lista de correo y recibe GRATIS la precuela ***Un crimen suicida*** de la serie *Crímenes imperceptibles*.

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

También puedes acceder escaneando este código con la cámara del móvil:





«Hay un día en la vida en el que descubres que hacer algo bueno, algo noble, como el acto de salvar a un desconocido, puede tener trágicas consecuencias».

DESCARGA UN CRIMEN SUICIDA

ACERCA DEL AUTOR

Te invito a que pases por mi página web para que conozca otras novelas y un poco más de mí.

www.jjfernandez.com

Si deseas enviarme alguna sugerencia, pregunta o comentario, puedes hacerlo a la siguiente dirección de correo electrónico: info@jjfernandez.com

Únete a mi grupo de lectores, comparte tus impresiones y mantente al tanto de promociones y futuros proyectos.

GRUPO DE LECTORES DE J. J. FERNÁNDEZ

O puedes seguirme a través de mis redes sociales:



OBRAS DE J. J. FERNÁNDEZ

SERIE CRÍMENES IMPERCEPTIBLES

0. Un crimen suicida (precuela, relato corto)
1. Un crimen invisible
2. Un crimen imaginado
3. Un crimen contratado
4. Un crimen pasional
5. Un crimen prescrito
6. Un crimen vengado

SERIE CHRISTIAN VINTHER

1. Secretos de Estado
2. Operación Barcelona
3. La verdad hundida

NOVELA INDEPENDIENTE

Una muerte imperfecta
